

Sophie Saint Rose

Solo mía

Contenido

Contenido

Sólo mía

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Sólo mía

Sophie Saint Rose

Hannah lleva toda su vida en una comunidad que sobrevive a duras penas después de la Tercera Guerra Mundial. Pero ahora ya no hay más opciones que salir y buscar ayuda. Encontrar alguien que les echara una mano, era primordial para salvar a los suyos y no pensaba detenerse ante nada. Salir de aquel agujero, iba a traer sus consecuencias. Ella estaba dispuesta a intentarlo, pero lo que se encontró en el exterior ...

Capítulo 1

Año 2231

— ¡Date prisa, Hannah! ¡Vamos a llegar tarde a la reunión!

Hannah se ató el lazo al final de su trenza, dejándola caer sobre su hombro. Su larga melena llegaba casi hasta la mitad del muslo y si no se recogía sus rizos morenos, al final de la tarde su pelo se parecería a un nido de cuervos. Sonrió a su amiga a través del viejo espejo del tocador y Laura se cruzó de brazos exasperada.

— ¿Quieres tranquilizarte? — preguntó a su amiga disimulando una sonrisa. Se volvió pasando sus manos por su túnica marrón — Llegaremos a tiempo... Además, siempre dicen lo mismo. — se acercó mirando a Laura con sus sonrientes ojos verdes— ¿O acaso crees que hay novedades después de ciento cincuenta años?

—Pero qué chistosa eres.

Hannah la cogió por los hombros volviéndola y quitó el lazo de su coleta soltándole su precioso cabello rubio — A Greg le gusta el pelo suelto. Te lo he dicho mil veces.

—Para el caso que me hace...

— ¿Estás molesta con Greg? — volvió al tocador y cogió su cepillo. Empezó a cepillarla con fuerza— Por Dios, ¿es que nunca te peinas?

—Ya no tengo peine. ¡Ya no tengo de nada! Estoy harta de vivir en esta cueva inmunda. — se volvió y cogió su muñeca tirando de ella hacia la puerta— Vamos a ver si por un milagro ha bajado la radiación y así podemos salir de este maldito sitio.

Hannah tiró el peine sobre la cama, pues no la soltaría para devolverlo a su sitio. Recorrieron el pasillo iluminado con pequeños focos en las paredes que no daban precisamente mucha luz.

— ¿No te mueres por salir de aquí? — preguntó su amiga entusiasmada.

—Si salgo de aquí, sí que moriré. — respondió irónica saludando con la cabeza a su anciana vecina Clare, que salía de su casa en ese momento.

— ¿Os habéis enterado? — preguntó Clare cogiendo a Hannah por el otro brazo —Al parecer tienen una noticia extraordinaria que comunicarnos.

— ¿Ves? ¡Nunca me haces caso!

Hannah puso los ojos en blanco suponiendo lo que les dirían. Seguro que la recolecta de tomates había dado tomates más. Todo un triunfo al ser cultivados bajo una inmensa montaña. Era increíble como se emocionaban por tonterías.

Desde su nacimiento su padre siempre le había dicho que no se hiciera ilusiones de salir de allí. Su familia había entrado en la montaña en el dos mil veintiséis, cuando la tercera guerra mundial estalló por la lucha de poder de oriente y occidente, que habían llevado la tierra a un auténtico cataclismo. El gobierno de antiguo país de los Estados Unidos como otros gobiernos, en prevención de lo que se avecinaba, recomendaron a la población que buscara refugio. Su padre le había contado como sus bisabuelos se unieron a veinte familias.

Uno de ellos conocía una mina abandonada en el antiguo territorio de Texas donde podrían refugiarse. Entre el grupo había un ingeniero, un médico y una profesora. Las veinte familias trabajaron durante meses en la mina y cuando llegó el momento, todo estaba preparado para mantenerse allí hasta que hubiera pasado el peligro. Lo que ninguno se esperaba, era que el último aviso por radio fuera que se habían lanzado dos bombas atómicas, una contra Europa y otra contra los Estados Unidos. Su familia decía que habían escuchado minutos después como si un huracán pasara por encima de sus cabezas y después nada. La radio nunca volvió a funcionar y llevaban aislados desde entonces. Los índices de radiación exteriores eran altos todavía, así que no podían salir.

Hannah sabía que nunca saldría de allí. Su padre había muerto tres años antes a la edad de cuarenta y dos años porque ya no tenían nada con lo que curarse. Disponían de un huerto con plantas medicinales, pero no podían enfrentarse a una enfermedad seria como la pulmonía a la que se enfrentó su padre.

Sus amigas charlaban entusiasmadas mientras recorrían el pasillo hasta llegar a lo que llamaban el salón. Sus pensamientos volvieron a su madre, que no había podido suspirar el parto. Apretó los labios mirando de reojo a Laura, que últimamente tenía ojeras. Sabía que estaba enferma. Últimamente estaba más delgada y su piel estaba cenicienta. No podía permitirse perder a su mejor amiga. ¿Qué iba a hacer ella allí sin las personas a las que amaba?

Al llegar al enorme salón, casi todos estaban sentados en el suelo esperando que los jefes de familia hablaran. Hannah ayudó a Clare a sentarse en el suelo al lado de su nieta y miró a su alrededor. Los cuarenta y ocho miembros de su comunidad ya estaban allí. Greg y Peter se acercaron a ellas sentándose al lado de Laura. También estaban emocionados. Eran los únicos que tenían entre los veinte y los treinta. Todos pensaban que Greg se casaría con Laura y ella con Peter, pero eran como hermanos. Hannah no sentía lo que se suponía que tenía que sentir por su marido y lo mismo le pasaba a él. Se conocían tan bien y tenían tanta confianza que lo habían hablado millones de veces. Si en dos años no salían de allí, se unirían para tener descendencia como amigos.

Miró de reojo a Laura que se reía de algo que le había dicho Greg, que aparentaba que no estaba preocupado por ella. Los ojos marrones de su amiga chispeaban de alegría, pero parecía frágil. Ellos sí que se amaban. Intentando disimular sonrió a Peter, que apretó los labios comprendiéndola. Los ojos azules de su amigo miraron hacia el pequeño escenario donde todos los viernes representaban una charada. Aparte de unos libros que ya se sabían de memoria, era la única diversión que tenían.

Richard, uno de los mayores que había sido el mejor amigo de su padre, subió al escenario con su túnica marrón. Todos en silencio le miraron expectantes. Su barba castaña ya empezaba a tener canas por los laterales y su pelo necesitaba un buen corte. Era lo que tenía vivir allí, que les faltaba de todo y los hombres sólo se cortaban la barba con las tijeras porque ya hacía tiempo que no había cuchillas de afeitar. De hecho, ella las conocía sólo de oídas. Como casi todo lo demás.

—Buenos días a todos.

Ella hizo una mueca porque sabía que era de día porque ellos lo decían. Por Hannah, podía ser de noche y ser invierno en lugar de verano, porque no tenía ni idea.

—He convocado esta reunión porque al parecer hay un problema muy importante que nos afecta a todos.

Hannah se tensó. La última vez que había habido un problema así, la mitad de la comunidad murió de fiebre. Richard intentó sonreír, pero no le salía, lo que tensó a su hijo Greg que cogió la mano de Laura apretándosela. Eso confirmó a Hannah que era algo serio.

—Tenemos un problema muy preocupante con el medidor de radiación.

Todos se miraron confusos— ¿Qué quieres decir? — preguntó Clare en voz alta para que todos la oyeran— Hace dos días estaba bien.

—Walter por favor, sube y explícaselo.

La persona más anciana de la comunidad subió al escenario. Tenía ochenta años y era un auténtico milagro que hubiera llegado a esas edades. Además, estaba increíblemente ágil para su edad y lo demostró cuando no necesitó ayuda para subir el escalón. Clare tenía veinte años menos y necesitaba ayuda para todo.

Walter les miró arrepentido, hecho que a ella le extrañó. Nunca le había visto esa expresión— Antes de contaros esto, quiero que sepáis que lo he hecho por el bien de todos. Para asegurarme de que sobrevivíamos.

Hannah se llevó una mano al pecho sintiendo que le daba un vuelco el corazón, sabiendo que lo que dijera en ese momento, cambiaría su vida para siempre. Laura cogió su mano y la apretó mientras Walter continuaba— Hace diecisiete años el nivel de radiación era normal. — varios jadeos recorrieron la sala— Pero tres miembros entre los que me incluyo, decidimos manipular el medidor para asegurarnos de que la radiación no os afectaría.

—Dios mío. — susurró Hannah dándose cuenta de lo que habían hecho. Su padre podría haber sobrevivido.

El mismo pensamiento debían tener los demás porque varios se echaron a llorar y Walter se apretó las manos— Sé que no podéis entender por qué lo hicimos, pero no queríamos que todos murierais por precipitarnos.

Nadie abrió la boca y Walter asintió— ¿Por qué nos lo dices ahora? — preguntó Hannah sin poder evitarlo.

Walter la miró a los ojos — Porque la bomba para purificar el agua se ha roto hace dos horas y no tiene reemplazo. Ya no podemos tener agua potable a no ser que salgamos. Además, el generador no aguantará mucho más.

Hannah se mordió el labio inferior.

Richard tomó la palabra al ver que estaban entre excitados y muertos de miedo por lo que se iban a encontrar — Tenemos agua envasada hasta dentro de cuatro días. Lo que nos da tiempo para idear un plan.

—Abrir las puertas de una maldita vez y a ver lo que nos encontramos. Si vamos a morir de sed... —Clare se encogió de hombros.

— ¡Por Dios, Clare! — gritó Marisa al fondo tapando los oídos de su hijo de tres años— Deberías tener un poco de tacto.

—Lo siento. No me he dado cuenta.

Varios se pusieron a discutir y Hannah miró a su alrededor. No era justo exponerlos a todos cuando ella era la única que no tenía familia. Se levantó soltando la mano de Laura que la miró sorprendida— Yo saldré a ver qué me encuentro.

Peter sonrió y se levantó también — Yo voy con ella.

Greg iba a levantarse, pero Peter le empujó con el hombro impidiéndoselo— No hace falta arriesgar la vida de nadie más.

—Pero quiero ir...

—No. — Laura le miró aterrorizada— No me dejes sola. Si te vas, voy también.

Greg apretó los labios porque Laura no estaba para emprender ningún viaje, pero asintió sentándose de nuevo a su lado— No pasa nada. Me quedo contigo.

Hannah sonrió mirando los ojos azules de su amigo. Su pelo rubio ya le llegaba por los hombros y era el único que llevaba pantalones porque nunca había soportado las túnicas— Me alegro de que vayamos juntos. Menuda aventura.

— ¿Estáis seguros? — preguntó Richard preocupado.

—Alguien tiene que salir primero. — respondió Peter sonriendo — Veremos cómo van las cosas y volveremos en tres días. Si la cosa no va bien, intentaremos dejar algo para filtrar el agua ante la entrada. Puede que esté contaminado o puede que no, pero es nuestra única oportunidad.

—¡Debería ir alguien más viejo! —gritó Elsa al fondo— ¡Ellos son el futuro!

— ¿El futuro de qué? — dijo Clare divertida— Por si no te has dado cuenta esto se acaba, guapa. Ellos son más ágiles y están sanos. Pueden encontrar lo que necesitamos más rápidamente que los demás. Eso si no podemos salir, claro. Si podemos salir, ya no habrá problemas.

Varios susurraron y le dieron la razón. Richard les hizo un gesto con la mano y Peter la cogió del brazo para acompañarla hasta el escenario. Richard les tendió la mano —Gracias por todos. Sois muy valientes.

—No tenemos otra cosa que hacer. — dijo Hannah divertida dándole un abrazo sin hacer caso a su mano— Si voy a morir que sea haciendo algo de provecho.

—Lo mismo digo. — su amigo los abrazó y varios se echaron a reír.

—Venga, no perdamos el tiempo. — se separó emocionada empezando a entender que puede que nunca les volviera a ver. No sabía lo que se iba a encontrar fuera y empezaba a ser aterrador.

—Prepararos para el viaje. Será duro.

Peter y ella se alejaron del grupo yendo cada uno a su pasillo donde tenían su casa— Te veo aquí en diez minutos. — dijo su amigo forzando una sonrisa para disimular su miedo.

—Muy bien.

Laura corrió hacia ella — ¡Espérame!

En el pasillo ocultas para los demás se abrazaron con fuerza y Laura se echó a llorar— Ten cuidado. ¿Me lo prometes?

—No te preocupes por mí. — se apartó de ella con lágrimas en los ojos— Ven, ayúdame a hacer la ...— se detuvo en seco y se echó a reír— ¡Si no tengo mochila ni nada para el viaje!

Su amiga tiró de ella hacia su habitación y apartó la cortina del armario que tenía dentro de la pared de piedra. Se volvió mostrándole una mochila de dibujitos de patos— Era de mi abuela. Llegó con ella a la montaña. Traía sus juguetes dentro.

—No puedo aceptarla...

—La necesitarás para llevar agua y algo de comida. Es de niña, pero te valdrá. — se la puso en las manos— Eres como mi hermana, así que también es tuya.

—Te la devolveré.

—Entonces procura volver.

Laura estaba muy asustada e intentó hacerse la fuerte —No te preocupes. Volveré.

En silencio fueron hasta su habitación y sólo cogió los anillos de casados de sus padres que era lo único que tenía de ellos. Miró a su alrededor. La habitación que había sido su hogar durante toda su vida. La pequeña mesa donde su padre la había enseñado a leer y la cama donde había dormido desde que su padre había fallecido. Sonrió al ver sus pinturas colgadas en la pared.

—Es la hora, Hannah. —susurró Peter desde la puerta. Sonrió al ver la mochila— Eso nos vendrá genial.

— ¿A que sí? — dijo Laura encantada— Podréis llevar comida.

—Quédate con mi cepillo. — susurró Hannah a Laura antes de pasar a su lado sin ver su reacción.

Su amiga reprimió las lágrimas y gritó — ¡Tienes que volver! ¡Me lo prometiste!

—Vamos, Peter. — susurró enfilando el pasillo con su amigo siguiéndola a toda prisa.

Richard los esperaba en el salón con comida envuelta en un trapo blanco. Peter le cogió la mochila y lo metió todo dentro incluida el agua en botellas de cristal verde que eran los únicos envases que tenían.

La comunidad los siguió por el pasillo que llevaba a la salida. Esa puerta no se había abierto en más de cien años y varios hombres estaban intentando engrasar los goznes que estaban algo oxidados. Uno de ellos estaba golpeándolos con un martillo.

—Espero que pueda abrirse la puerta. — dijo Walter expectante.

—Se abrirá. El acero lo resiste todo. — opinó Clare cogiendo a Hannah de la mano — Pequeña, disfruta tú que puedes de salir de aquí.

Laura se puso a su lado secándose las lágrimas y Hannah no lo soportó más abrazándolas con fuerza— Os quiero.

—Y nosotras a ti, pequeña. Espero que sean los días más emocionantes de tu vida. — Clare le acarició la mejilla y en ese momento escucharon un fuerte ruido al abrirse los cierres de la puerta.

Hannah se volvió lentamente y Richard gritó— ¡Los que no van a salir que vuelvan al salón!

Richard se acercó a ellos mientras los demás se alejaban con temor, excepto Laura que tuvo que ser agarrada por los hombros por Greg para alejarla de Peter y Hannah.

—Cerraremos la puerta que lleva al salón. — Peter asintió —Si conseguís el filtro dejarlo en el pasillo y volver a salir cerrando esta puerta.

—Entendido. — dijo Hannah intentando ocultar el miedo que la recorría de arriba abajo— Algo para filtrar el agua, un generador y medicinas.

Richard sonrió con los ojos empañados en lágrimas— Suerte chicos. Os deseo lo mejor. — empezó a caminar hacia el salón.

Segundos después escucharon como se cerraba la puerta y Hannah miró a los ojos a Peter— ¿Preparado?

—Nunca lo he estado más.

Se volvieron hacia la enorme puerta y caminaron lentamente hasta allí. Peter cogió el cierre de la puerta que tenía forma de volante. Ya había sido girado, así que sólo tenían que tirar. Hannah se puso a su lado y le miró de reojo— A la una, a las dos y ...— tiraron con fuerza y se abrió lentamente hasta mostrar una ranura. Sin darse cuenta respiraron hondo porque el aire era tan fresco que era imposible no hacerlo. Se echaron a reír — ¡Es genial! — exclamó entusiasmada antes de volver a tirar con fuerza. Peter la ayudó y la abrieron lo

suficiente para poder salir al otro lado. La luz natural al fondo del túnel les hizo entrecerrar los ojos— Mira... —dijo admirada por la brillante luz del sol.

—Cerremos. Tenemos que protegerles. —Peter estaba impaciente y ella le ayudó a cerrar de nuevo la puerta. Cuando al fin lo consiguieron, se volvieron de nuevo y se cogieron de la mano para caminar los metros de túnel que les llevarían al exterior por primera vez en su vida. Lentamente llegaron al borde de la luz. Sus pies cubiertos por sus rústicos zapatos de paños de ropas antiguas casi rozaban la luz que invadía la entrada del túnel. Ambos se quedaron con la boca abierta al mirar al exterior donde un verde intenso les rodeaba.

— ¿Has visto eso? — preguntó su amigo atónito— Es hierba.

La mano libre de Hannah salió a la luz y sintió el calor en la palma de la mano— Caliente...

Casi sin darse cuenta salieron al exterior atraídos por todo lo que allí había. Se alejaron de la montaña unos metros y Hannah miró hacia arriba para ver el cielo más azul que nadie hubiera visto nunca —Es precioso.

Peter se echó a reír al ver una flor y casi con reverencia se agacharon para ver sus pequeños pétalos blancos. Se echaron a reír cuando una abeja se acercó a la flor posándose encima y se miraron a los ojos antes de volver a mirar a su alrededor. Los antiguos coches de sus familiares estaban allí destrozados. Parecía como si hubieran sido quemados. Hannah sabía como eran los coches por los libros y no se quería ni imaginar que había pasado allí para que tuvieran ese aspecto.

—Vamos, Hannah. No perdamos el tiempo. Quiero que los demás vean esto también.

Hannah se levantó y caminaron a paso ligero admirando el paisaje— ¿Hacia dónde vamos?

— Hacia el antiguo pueblo que está a dos kilómetros. Mi padre me ha dicho mil veces que si salía fuera hacia allí. —dijo su amigo sonriendo de oreja a oreja— Espero que esté poblado o haya alguna señal de que hay vida por aquí.

— ¿Y si no es así?

Peter hizo una mueca— Si no es así, tendremos que ir más lejos y no sé si nos dará tiempo en tres días. Debemos encontrar algún superviviente. Si no lo conseguimos, volvemos con lo que necesitan y seguimos investigando.

Ella sonrió caminando a buen ritmo para que Peter no tuviera que hacerlo más despacio por su culpa. No tardaron en recorrer los dos kilómetros y ella frunció el ceño al ver el supuesto pueblo totalmente derruido. Sólo dos estructuras de piedra seguían medio en pie, lo que les indicaba que allí había habido un muro.

— ¿Crees que es esto? — preguntó mirando a su alrededor buscando alguna otra señal.

—Sí, creo que sí. — se agachó para tirar de algo de hierro. Era una antigua matrícula de coche.

— ¿Y dónde está el coche?

—No tengo ni idea. — respondió Peter tirando la retorcida matrícula al suelo.

—No es increíble que esté la matrícula y el coche, ¿no? Además, no hay más cosas de acero. No debe ser aquí.

Peter la miró con los ojos entrecerrados— Cierto. Si fuera el pueblo debería haber algo más. Sigamos más adelante.

Atravesaron esas ruinas y siguieron de frente. Pasaban por un desfiladero y ella miró hacia arriba mientras Peter hacía lo mismo sujetando las correas de la mochila que llevaba a la espalda— ¿Has oído eso?

Ella le miró— ¿Qué?

—Shusss. — susurró deteniéndose y cogiéndola por el brazo.

Hannah se asustó e intentó escuchar algo extraño. Un gruñido les sobresaltó y se volvieron a la vez para ver lo que parecía un perro.

— ¿Qué es eso? — preguntó asustada.

— ¡Joder! ¡Corre! — gritó Peter tirando de su brazo con fuerza. Hannah se desequilibró cayendo al suelo — ¡Hannah! — su amigo volvió a recogerla, mientras ella gritaba de miedo al ver que el perro se tiraba sobre su pierna mordiéndola con saña.

Peter cogió una piedra del suelo y golpeó al perro en la cabeza una y otra vez hasta que la soltó, pero su amigo no se quedó ahí y se tiró sobre el animal golpeando su cráneo con fuerza. En shock, Hannah miró su pierna. Se veía el hueso y aterrada llevó su mano temblorosa hacia ella para intentar detener la sangre que manaba de la herida.

Peter se arrodilló a su lado —Tranquila. Está muerto.

— Me ha atacado. El perro me ha atacado. — susurró muy nerviosa.

—Era un lobo. —arrancó una tira de la túnica de Hannah y rodeó la herida apretando con fuerza— Tenemos que salir de aquí. — dijo nervioso— Van en manada y seguro que hay más acechando.

Muerta de miedo se apoyó en sus hombros para levantarse y apoyándose en la punta del pie como podía, caminó ayudada por él hasta salir del desfiladero.

Entonces lo vieron. Un gran muro circular de madera estaba en medio del valle.

— Eso lo ha hecho la mano del hombre. — dijo Peter sonriendo— Vamos, cielo. Sólo hay un kilómetro más o menos.

—No te preocupes por mí. No me duele.

Ambos sabían que no era cierto. Además, la pierna sangraba bastante y dejaba el rastro a su paso. Estaban a mitad de camino cuando vieron algo a su derecha. Parecía un hombre, aunque iba algo encorvado. Iba en dirección a la empalizada como ellos, así que supusieron que vivía allí. No tenía buen aspecto y Hannah entrecerró los ojos porque no podía creer que fuera desnudo. Parecía un salvaje.

— ¿Puede ayudarnos? — gritó Peter sujetándola por la cintura— ¡Mi amiga está herida!

El hombre giró la cabeza hacia ellos de golpe poniéndose alerta, moviendo su espesa melena. Pareció olfatear antes de que un grito aterrador saliera de la boca del hombre y empezara a correr hacia ellos— ¡Dios mío, Peter!

— ¡Corre! — gritó tirando de su cintura. Como no lo hacía lo bastante rápido la cogió en brazos, pero el hombre era mucho más rápido que él.

— ¡Déjame! ¡Déjame o nos cogerá a los dos! — gritó ella sabiendo que era una carga para su amigo.

Al darse cuenta que el hombre se acercaba, gritó horrorizada y más aún al ver su rostro. Tenía la piel cuarteada y amarillenta como el cuero viejo. Sus ojos eran blancos y su cabello negro era una maraña que casi le llegaba a la cintura e iba totalmente desnudo. Estaba increíblemente sucio y sus rodillas estaban llenas de heridas sangrantes.

— ¡Peter!

Su amigo miró hacia atrás e intentó correr más rápido, pero no podía evitar que aquel ser se les acercara cada vez más.

Muerta de miedo no podía evitar mirar su rostro. El monstruo alargó una mano mostrando unas uñas negras afiladas y ella gritó intentando cubrir a Peter cuando algo atravesó el cráneo del monstruo salpicando el suelo de sangre. Hannah se dio cuenta de que era una flecha cuando el monstruo cayó de cara al suelo.

Peter miró hacia atrás y se detuvo girándose para verle en el suelo— ¿Está muerto? — preguntó sin aliento.

—Creo que sí. — respondió ella temblando.

—No pienso comprobarlo. — cuando se volvió dispuesto a ir hacia la empalizada se detuvo en seco al ver a cuatro hombres apuntándolos con lo que parecían arcos — Menos mal que he leído Robin Hood.

Hannah susurró — Déjame en el suelo.

Peter lo hizo lentamente y ella cojeando al intentar mantener el equilibrio levantó la mirada. Entonces le vio. Desde allí parecía un vikingo de los que salían en las novelas románticas de Clare. Era rubio y tenía el cabello sobre sus hombros desnudos. Sus músculos se evidenciaban incluso desde allí y les observó fríamente como analizando su comportamiento— ¿Quién sois? — gritó desde allí sin bajar el arco.

—Habla tú. — susurró Peter— Se te dan mejor estas cosas.

Ella sin dejar de mirarle dio un paso al frente sin darse cuenta. Una flecha cayó sobre su pie. Y no sabía si fue la sorpresa o el dolor que la atravesó, lo que provocó que cayera de rodillas sin emitir un sonido, mientras Peter gritaba cogiéndola por los costados para intentar levantarla.

—Espera. — susurró sin aliento intentando recuperarse— Espera, Peter.

— ¡Dios mío! — se arrodilló a su lado totalmente blanco y miró su pie. La flecha había atravesado su pie izquierdo y ahora con las dos piernas heridas no podría sostenerse.

— ¿Quién sois? — gritó la misma voz desde arriba.

Ella miró hacia allí y vio como el hombre seguía apuntándoles. Ahora parecía aún más furioso y Hannah sintió miedo. Los iban a matar.

— ¡Venimos de la mina que hay a unos tres kilómetros de aquí! — gritó Peter— ¡Necesitamos ayuda! ¡Estáis locos! ¡Por qué le habéis hecho esto?

— ¡No hay ninguna mina cerca de aquí! ¡Estáis mintiendo!

— ¡No! — gritó ella arrastrándose ante Peter temiendo que le mataran— ¡Está diciendo la verdad! ¡Nuestro purificador de agua no funciona!

El hombre entrecerró los ojos y Hannah miró a los otros que no se creían una palabra— ¡Tampoco tenemos medicinas y nuestro generador está en las últimas!

— ¿Generador? — el rubio bajó el arco— ¿Tenéis generador?

—Dios mío, ¿qué hemos hecho? — susurró Peter— Acabarán con todos...

—No tenemos otra opción. Es la ley del más fuerte y él es el más fuerte en este momento. — dijo en voz baja sin dejar de mirar a ese hombre. Entonces gritó— ¿Podéis ayudarnos? Por favor, nuestra comunidad necesita ayuda y...

Cuando el rubio hizo un gesto con la mano los otros tres bajaron los arcos. Él les ordenó algo y se volvió dándoles la espalda como si no fueran ninguna amenaza. Peter y Hannah suspiraron de alivio. Su amigo levantó su pie con delicadeza e hizo una mueca al ver la punta

de la flecha al otro lado— Joder, menudos salvajes. Son peor que lobos. A estos no se les ve venir.

—Protegen lo suyo. —cerró los ojos porque se empezaba a marear y no le extrañaba porque la pierna sangraba muchísimo.

Capítulo 2

Segundos después seis hombres se acercaron rodeando la empalizada con los arcos en la mano, siguiendo al rubio que caminaba hacia ellos sin armas en las manos. Aunque con sus manos bastaba para liquidarlos porque era enorme. Llevaba únicamente unos pantalones de cuero como todos los demás. Estaba claro que allí no se ponían camisas. Cuando llegaron ante ellos, el rubio la miró con el ceño fruncido— Estás herida.

— ¡Claro que está herida! ¡Ya lo estaba cuando llegó! ¿Qué clase de hombres sois vosotros que maltratáis a una mujer?

El rubio furioso cogió a Peter del cuello y le levantó del suelo sin ningún esfuerzo mientras Hannah gritaba de miedo que le soltara.

—Como vuelvas a abrir la boca para decir estupideces, te la voy a romper. — dijo antes de tirarle al suelo un par de metros más allá.

Eso enfureció a Hannah que fuera de sí se arrancó la flecha del pie antes de clavársela a el rubio en el muslo mientras gritaba— ¡Eres un mierda!

— ¡No la matéis! — gritó el rubio a sus compañeros cogiéndola de los brazos y levantándola, sin inmutarse por la herida que ella le había hecho.

Hannah le miró con odio con sus preciosos ojos verdes y vio que los suyos eran grises, como suponía que era un día de tormenta. Estaba furioso.

—Si sobrevives, puede que me quede contigo. — dijo dejándola de piedra pegándola a su enorme pecho.

Parpadeó mientras Peter sentado en el suelo tampoco entendía nada y preguntaba — ¿Qué ha querido decir?

Ella preguntó lo mismo— Eso, ¿qué quieres decir?

— ¿No crees que deberíamos sortearla? — preguntó un moreno colgando el arco sobre su hombro.

— ¿Sortearla? — Hannah no se lo podía creer. ¿Pero qué coño pasaba allí?

—Es mía. Si sobrevive, claro.

—Eso no es muy justo, Max. — dijo el moreno mirándolos divertido.

—Peter...

Antes de que nadie se diera cuenta, golpeó en la frente con fuerza al rubio, que desorientado la dejó caer al suelo. Hannah le cogió la flecha de la pierna del tal Max tirando de ella con saña y el rubio gritó mientras Peter cogía el cuchillo que el moreno tenía en la cintura, se lo ponía en la garganta agarrando su melena, tirando de su cabeza hacia atrás y mostrando el cuchillo contra la vena del cuello

— ¡Atrás! — gritó él deteniendo al rubio que intentaba coger a Hannah para que dejara de tirar de la flecha.

Hannah liberada se arrastró hacia atrás como podía sin dejar de mirar al rubio que con sus ojos prometía venganza — Dejar que nos vayamos. — susurró ella.

—Ni hablar. ¡Troy, termina con esto antes de que me cabree!

El moreno golpeó con el codo a Peter en el estómago y su amigo desprevenido se dobló provocando que el tal Troy lo cogiera por la cabeza girándolo por los aires. Cuando su amigo cayó de espaldas al suelo, gimió de dolor. Troy se arrodilló quitándole el cuchillo y le dio un puñetazo que le hizo rebotar la cabeza sobre la hierba mientras Hannah gritaba que no le pegara más. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver que no se movía— Le ha matado.

—No le ha matado. — el rubio exasperado sacándose la flecha de la pierna como si sólo fuera una molestia, se acercó a ella en un paso y la cogió en brazos— Ahora deja de hacer el idiota. Tenemos que curarte o no sobrevivirás.

El moreno cogió a su amigo cargandoselo sobre el hombro como si no pesara nada. Era increíble lo fuertes que eran. Ninguno de su comunidad era así. Miró al rubio a los ojos sin saber que decir.

— ¿Cómo te llamas? — preguntó él con voz grave.

—Hannah. Hannah Lewis.

—Yo me llamo Max. Y a partir de ahora te apellidas Connors.

Ella entrecerró los ojos y confundida se pasó una mano por la frente mientras rodeaban la empalizada hasta una puerta flanqueada por dos hombres con arcos.

—No me has entendido, mi apellido es...— susurró antes de quedarse de piedra al ver lo grande que era aquello. Había casitas por todas partes y una gran casa central de dos pisos — ¿Vivís aquí? — preguntó maravillada.

—Sí. Desde hace cuarenta y tres años.

Le miró sorprendida— ¿Cuarenta y tres años?

— ¿Cuándo salisteis vosotros?

Dos mujeres de la edad de Hannah se acercaron corriendo— ¿Qué tiene? —preguntó una rubia.

—Ahora lo veremos. ¡Apartaos mujeres!

Mareada le hubiera dicho cuatro cosas por como hablaba a esas pobres muchachas, que acataron sus órdenes en el acto. ¿Quién se creía que era?

La llevaron hasta la casa grande mientras las chicas los seguían casi corriendo. Subieron unas escaleras mientras fascinada miraba a su alrededor— Nunca había visto una casa. — dijo casi sin fuerzas.

— ¡Penny! — gritó Max tumbándola sobre una cama.

—Ya la han ido a llamar. — dijo la rubia colocándose a su lado.

—Traer agua. —Max sacó un cuchillo cortando la triste venda que Peter le había puesto — ¡Joder! Le han mordido.

La chica hizo una mueca de horror al ver su pierna y Hannah levantó la cabeza— ¿Está muy mal?

—No. — dijo la chica forzando una sonrisa. — Sólo necesitas puntos.

La otra chica que también tenía el pelo casi castaño se acercó una palangana con agua y un paño. Max apretó los labios antes de quitarle sus zapatos. La rubia jadeo llevándose la mano a la boca al ver su pie.

— ¿Pero qué ha pasado? — preguntó atónita la chica de la palangana— ¿Le habéis disparado?

—Raul se precipito. — le pasó un paño por la pierna limpiando la herida— Mierda. ¿Dónde coño está Penny? ¡Se va a desmayar!

—Tengo sed.

Los tres la miraron y la rubia corrió hacia la salida— Voy a por un vaso.

Casi se chocó con una mujer de unos cuarenta y tantos años que entraba en ese momento. Tenía su cabello castaño muy corto y llevaba una túnica parecida a la suya en color verde. Entonces Hannah se fijó en la otra mujer que llevaba otra túnica azul. Ella siempre había vestido de marrón y sus vestimentas le parecían preciosas. Gritó cuando le tocaron la pierna y cerró los ojos con fuerza intentando no llorar.

—Joder. — susurró Max.

— ¡No la toques! — ordenó la mujer.

Hannah abrió los ojos y una lágrima cayó por su mejilla al ver a la mujer revisar la herida— Menudo destrozo.

— ¿Puedes hacer algo por ella? — preguntó la muchacha.

—Estoy aquí, ¿sabéis?

La mujer la miró divertida— Ya lo veo.

—Penny...— la voz impaciente de Max hizo que Hannah le mirara. Estaba a los pies de la cama y parecía furioso. Aunque puede que esa fuera siempre su expresión— ¿Podrás salvar la pierna?

Esa frase le cortó el aliento— ¿Qué? — la mujer dudosa negó con la cabeza y Hannah gritó sentándose — ¡No! ¡No me vais a cortar la pierna!

— ¡Tranquilízate! — gritó la chica que dejó la palangana sobre una mesa al lado de la cama para intentar cogerla, pero Max llegó primero por el otro lado, empujándola por los hombros para tumbarla sentándose a su lado.

—Shusss. — él acarició su frente sudorosa apartando los rizos de su cara— Si hay que cortar no pasa nada.

— ¡No quiero vivir así! — le sujetó de la mano rogándole con la mirada— Por favor. No me cortéis la pierna. Me arriesgaré.

Max apretó las mandíbulas —Pues yo no voy a arriesgarme.

— ¡La infección me matará igualmente! — gritó muerta de miedo.

—Puede que pueda hacer algo. — susurró la mujer. Max miró sobre su hombro y vio como colocaba parte de la carne desgarrada— Puedo intentarlo y si no funciona...

— ¿Habrá más riesgo?

—Se le va a infectar de todas formas. Eso sí. La cicatriz va a ser atroz.

Hannah cerró los ojos intentando ignorar el dolor —Eso me da igual.

— ¡Darle algo, joder! ¡Está sufriendo! — exigió Max levantándose de la cama.

— ¿Tenéis drogas? — preguntó sorprendida.

—Algo parecido. — dijo Penny.

La chica rubia volvió a entrar en la habitación con una bandeja— Traigo lo necesario, mamá.

— ¿Es tu madre?

Penny sonrió— Pues sí. — se acercó a la bandeja mientras la del pelo rubio le llevaba el vaso de agua.

— ¿Le has puesto algo? — preguntó Max impaciente.

—Tranquilo, primo. Sé lo que hago. —la chica la ayudó a beber pasando un brazo por debajo de sus hombros.

Estaba sedienta, aunque el agua le sabía rara. Pero no estaba para remilgos, así que se lo bebió todo. Cuando la chica apartó el vaso susurró —Vuestra purificadora no funciona bien.

La rubia sonrió— ¿No me digas?

Suspiró posando la cabeza en la almohada mirándola. Era muy bonita y tenía unos ojos azules muy expresivos— Debéis cambiar el filtro. ¿Cómo te llamas?

—Rose y ella es Marguerite, la hermana de Max.

No pudo evitar sonreír — ¿Hay muchas flores por aquí?

Rose negó con la cabeza— Sólo nosotras.

Le colocaron algo sobre la herida de la pierna y ella miró hacia abajo para ver que Penny hacia lo mismo con su pie — ¿Qué es eso?

—Una cataplasma para adormecer la zona. — dijo Max que se sentó a su lado de nuevo y sonrió dejándola fascinada— Me tienes impresionado. Aguantas el dolor de una manera muy digna.

—Menudo piropo. — dijo Rose divertida.

—Y tanto que sí. Mi hermano no dice nunca nada bonito.

Se miraron a los ojos— ¿Y tú? ¿Qué tal tu pierna?

—Va. Una tontería.

Penny entrecerró los ojos y rodeó la cama para mirar sus piernas. Ya no tenía la flecha, pero su tía vio el agujero de sus pantalones —Quítate los pantalones.

—Estoy bien.

— ¡No me fastidies, Max! ¡Quítate los pantalones!

Él se levantó de la cama y su hermana salió de la habitación a toda prisa seguida de su prima. Hannah se puso como un tomate al ver que se desvestía sin dejar de mirarla a los ojos ¡Y no llevaba nada debajo! Nunca había visto a un hombre de ese tamaño desnudo, aparte del salvaje de hacía unos momentos y no tenían nada que ver. No pudo evitar que su mirada bajara por su impresionante y musculoso pecho hasta llegar a su miembro. Sintió un mareo y tuvo que cerrar los ojos de nuevo.

Su tía ni se daba cuenta mientras revisaba su herida — No es nada que no hayas tenido antes.

—Te lo dije. — respondió divertido provocando que Hannah elevara su mirada hasta sus ojos grises — Mañana estaré como nuevo.

Penny le dio un azote en el trasero desnudo antes de volver a Hannah, rodeando la cama hasta su pierna derecha. Cuando la tocó casi no lo sintió.

—Vamos a empezar. Sujétala. ¡Chicas!

Max se sentó de nuevo después de atar sus pantalones y casi se tumbó sobre su pecho colocando un codo a cada lado de su cabeza para no aplastarla— Así no te moverás. — susurró mirando sus ojos verdes —Nunca había visto a alguien tan pálido como tú.

—Es que nunca había visto el sol hasta hoy. — sonrió sin poder evitarlo— Y es precioso.

—Sí que lo es.

Las chicas que ya habían entrado en la habitación sujetaron sus piernas, pero ella ni se movió cuando sintió que tocaban su herida. Sus párpados le pesaban mucho e intentó que no se le cerraran. Max sonrió— Eso es. Duérmete, nena.

—No... tengo que volver a buscar a Laura. Necesita ayuda.

—No te vas a ningún sitio. Yo me encargo de todo.

—Sólo quieres nuestro generador. —intentó mantener los ojos abiertos.

—Sí.

— ¿Les harás daño como a mí?

Penny jadeó y Max se tensó sobre ella— Yo no te he hecho daño.

—Podías haber impedido que me lo hicieran y no... —se quedó dormida dejándolos a todos muy tensos.

—No le hagas caso. Está drogada. — dijo Marguerite intentando consolar a su hermano.

—Tiene razón. Tenía que haberlo previsto. — acarició su mejilla sin moverse de donde estaba.

—No puedes controlar los actos de todos.

—Los chicos se pusieron nerviosos porque una de las bestias les seguían. Debería haberlo controlado. Además, era evidente ella no era una bestia. Joder ni siquiera vi que estaba herida y era algo que estaba claro porque su compañero la llevaba en brazos.

Las primas se miraron preocupadas mientras que Penny apretaba los labios antes de decir— Max, puede que no sobreviva. Se va a poner muy mal. Además, si tiene compañero...

Max se volvió fulminando a su tía con la mirada— Si sobrevive será mía. Haz tu trabajo y yo haré el mío.

Se levantó sin mirar a Hannah de nuevo y salió de la habitación dando un portazo.

—Le gusta. — susurró Marguerite.

—Sí. La verdad es que es una muchacha muy valiente. Yo estaría llorando a lágrima viva con una herida así. — dijo Rose mirando como su madre cosía la herida con pelo humano.

—Si sobrevive va a haber muchos problemas. — susurró Penny.

—Creo que va a haber problemas de todos modos. ¿Una nueva comunidad entre nosotros? — Marguerite apretó los labios— Habrá enfrentamientos.

— ¿Crees que habrá muchos jóvenes solteros? — preguntó Rose esperanzada.

Marguerite jadeó indignada— ¿No tienes bastantes solteros aquí? ¡Tienes a la mitad babeando por ti!

—Va, esos no me gustan.

—Pues espera que se entere Troy. — dijo Penny advirtiéndola con la mirada.

— ¡No es mi dueño! Se empeña en algo que no va a pasar.

—Serás obstinada. —la reprendió Marguerite— Sigue soñando y te quedarás sin ninguno.

—Claro, como tú ya tienes a Bob.

— ¡Chicas, basta! — ordenó Penny al ver que se iban a pelear de nuevo —Me tenéis harta.

—Sí, mamá. — respondió Rose fulminando con la mirada a Marguerite que hacía exactamente lo mismo.

—Ya está.

Todas miraron la herida que justo debajo de la rodilla era un desgarró semicircular — Mamá eres una artista.

—Vamos a ver ese pie.

—Ha dejado de sangrar. No puedes hacer mucho. — dijo Marguerite viendo el agujero.

—Rose tráeme las vendas y el unguento de las infecciones.

Rose fue hasta la bandeja cogiendo lo que necesitaba su madre. Cuando Penny terminó de vendarla, las tres se la quedaron mirando.

— ¿Habéis visto su trenza? — preguntó Rose admirada al ver que terminaba cerca del muslo— ¿Hasta dónde llegará su cabello?

— ¿Y su piel? Es blanca como la leche. — susurró Marguerite.

—Mi madre decía que cuando salieron tenían la piel tan blanca que varios se quemaron con el sol poniéndose como tomates. — dijo Penny divertida— Tendrá que tener cuidado. Debemos preparar hierbas porque seguramente algunos estarán enfermos. Y a otros les molestará la luz un tiempo. Hay mucho que hacer. Rose, quédate con ella mientras nosotras movilizamos a las mujeres. —Rose asintió y se sentó en una silla dispuesta a quedarse allí —Y no la molestes. Avísame cuando se despierte.

—Sí, mamá.

La pierna le latía y el dolor era insoportable. Gimió y alguien le pasó un paño fresco por la frente sobresaltándola. Abrió los ojos y vio ante ella a Peter que le sonrió diciéndole — Hola, preciosa.

—Hola. ¿Estás bien? — le cogió la mano preocupada— Ese Troy te dio un buen golpe.

—No son tan duros como se piensan.

— ¿Ah, no? Menudos músculos. ¿Qué comerán?

Peter se echó a reír asintiendo, pero perdió la sonrisa poco a poco — ¿Y tú? ¿Te duele?

—Me late la pierna y me arde, pero supongo que es normal. Y el pie más o menos lo mismo. No te preocupes. Seguro que es lo normal. — acarició su mejilla mirando sus ojos azules— ¿Qué es lo que piensan hacer? ¿Te han dicho algo?

—Ese creído dice que va a organizar una partida para ir a rescatarlos, pero no puede sacarlos a todos a la vez, ni trasladar lo que hay en la mina de golpe.

— ¿Por qué?

Peter desvió la mirada— Al parecer el monstruo que nos atacó no es el único de la zona. De hecho, estamos en minoría claramente.

A Hannah se le cortó el aliento— ¿Qué quieres decir?

—Son como animales.

—Pero parecían humanos o casi.

—En realidad lo eran. Pero salieron antes de tiempo y eso son sus descendientes. Son salvajes y han atacado a este grupo desde que salieron. De hecho, han tendido que hacer esta fortaleza por su culpa, porque aunque hacían guardias, les atacaban en manadas como los animales. Perdieron a la mitad de los suyos en el primer año hasta que pudieron protegerse.

—Oh, Dios...

—Así que tienen que ir a por los nuestros bien armados y puesto que nosotros no sabemos protegernos, sólo pueden hacerlo ellos. Max dice que es mejor llevar a la mitad de los hombres dejando a los demás aquí y traerlos en grupos de diez. Yo iré en el primer grupo para hablar con los nuestros.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? — preguntó preocupada cogiéndole la mano.

Se abrió la puerta y Max entró en la habitación. Apretó los labios cuando vio a Peter sentado a su lado— Aléjate de ella. — dijo fríamente dejándolos de piedra.

—Perdona, ¿qué has dicho? — molesta se sentó en la cama, pero se mareó cayendo hacia atrás de nuevo. Gimió sintiéndose fatal y tuvo que cerrar los ojos.

—Cielo, ¿estás bien? — preguntó Peter acariciándole la mejilla.

Ella abrió los ojos forzando una sonrisa antes de tener una arcada.

— ¡Peter vete a llamar a Penny! — ordenó Max apartando a su amigo e incorporándola. Peter salió corriendo y Max puso la palangana bajo su boca. Hannah no tenía nada que vomitar, salvo el agua que había bebido antes de dormirse, pues hacía horas que no comía.

— Tranquila... — cuando vio que no vomitaba más, apartó la palangana y la abrazó a su pecho — Te vas a poner bien.

—No es cierto. — susurró agotada apoyando la mejilla en su pecho — Tengo fiebre.

—Penny te dará algo.

— ¿Para qué quieres que sobreviva? Somos una carga para ti y los tuyos. Os ponemos en riesgo y sólo conseguiréis un generador que no funcionará mucho tiempo.

—Eso será para todos y tú eres para mí. Nunca he tenido algo sólo para mí.

Levantó la cabeza sorprendida para mirar sus ojos — ¿Y yo no tengo nada que decir?

—No.

Eso le hizo gracia — ¿Estás de broma?

—No.

Parpadeó por si veía mal a causa de la fiebre, pero no. Hablaba totalmente en serio y a ella le entró la risa floja. Max frunció el ceño — ¿De qué te ríes?

—Perdona. — suspiró deteniéndose. Se volvió a reír al volver a ver tu expresión.

— ¡No tiene gracia! — gritó furioso tumbándola en la cama.

—Debe ser la fiebre. ¿Dónde está Penny? Este dolor creo que me está volviendo loca. Oigo cosas increíbles.

Como si la hubiera invocado apareció en la puerta con una bandeja de madera — ¿Te duele mucho? — preguntó la mujer dejando la bandeja en la mesa de al lado de su cabecera.

—Sí. — gruñó Max levantándose de la cama y cruzándose de brazos — Dale algo para que se quede grogui.

—Muy gracioso. ¿Sabes que tu sobrino no tiene modales?

Penny sonrió cogiendo una cucharilla y una botellita de cristal — Lo sé desde hace mucho. Es indomable.

— ¿No me digas? Cree que puede conseguir todo lo que quiere.

—Normalmente lo hace. Mi sobrino es muy tozudo.

Acercó la cucharilla a su boca y ella la abrió sin rechistar. Cuando tragó le ardió la garganta — ¡Joder! — empezó a toser y Max le acercó un vaso de agua ayudándola a beber.

Cuando terminó se encontraba mejor y agotada miró a Penny — Podías haber avisado.

— ¿Para qué? Hasta que no lo experimentaras, no lo entenderías. La siguiente vez será más difícil y te resistirás como todos.

Max sonrió y se cruzó de brazos — No te preocupes, Penny. Si tengo que obligarla a tomar otra cucharada lo haré.

—Serás idiota. — siseó Hannah cerrando los ojos agotada.

Sintió que manipulaban su venda y miró hacia abajo al sentir que se la quitaba.

— ¿Cómo está?

Penny miró de reojo a Max que descruzó los brazos lentamente poniéndose en tensión — Mal, ¿eh? — suspiró cerrando los ojos.

—Se te ha infectado. Los animales llevan muchas bacterias en sus dientes. — dijo Penny preocupada.

—Muy bien. — intentó ser fuerte por lo que iba a decir— Raja la herida y supura la infección.

Penny la miró con horror— Deja que el tónico actúe, Hannah.

— ¡Si no sacas la infección moriré! ¡Y tu sobrino se empeña en que me quede con él, así que sólo tenemos esa opción!

Max gruñó sacando un cuchillo de su bota— ¡No! — gritó Penny al ver su intención— ¡Max puedes empeorarlo!

—No puede estar peor. La infección avanza. — dijo dando la vuelta a la cama y colocándose al lado de su tía— La matará antes de cuarenta y ocho horas como siga así. Lo haces tú o lo hago yo.

Penny rechazó el cuchillo negando con la cabeza— Espera, voy a por alcohol para cuando termines.

— ¿Alcohol? — preguntó Hannah asombrada— ¿Tenéis alcohol? ¿De qué tipo?

Max sonrió— Del que se bebe.

— ¿Si? — se apoyó en sus codos para mirarlo bien. Sus ojos brillaban por la fiebre— ¿Y qué es?

—Es un mejunje que hacemos con la caña de azúcar. — se acercó a ella y la empujó por los hombros.

—Azúcar. — sus ojos se abrieron como platos— No la he probado nunca. Cuando nací ya no quedaba.

Max apretó los labios —Pues mi madre hace un postre con arroz que te va a volver loca de gusto.

— ¿Si? Tengo tantas cosas por probar...

—Y las vas a probar todas. Te lo garantizo.

Se miraron a los ojos— No me cortes la pierna si me quedo sin sentido. Prométemelo.

—No te voy a prometer nada. Haré lo que tenga que hacer.

—Moriré igualmente. Prométemelo.

—No.

Suspiró exasperada— Serás cabezota. ¡Es mi pierna!

—Todas tú eres mía. ¡Tu pierna también y yo decido!

—Argg. Me pones de los nervios.

Max sonrió — ¿Ves? Ya discutimos como una pareja.

—Escúchame bien, bruto insensible. ¡No somos pareja! ¡Si ni siquiera me gustas!

—Mentirosa. Me comes con los ojos.

Jadeó indignada— ¡Si no estuviera tirada en esta cama te patearía el culo hasta la salida, pesado!

—Sí, seguro. Enferma y todo me comes con los ojos.

— ¡Estás chiflado! — gritó desgañitada sentándose de golpe — ¡Me voy a casar con Peter!

Max la cogió por el cuello elevándole la cara hacia la suya para gritarle furioso— ¡Ese enano no se va a volver a acercar a ti y como lo haga, le voy a romper todos los huesos de su flacucho cuerpo! — ella le retó con la mirada sin dar un paso atrás hasta que él miró sus labios. A Hannah se le cortó el aliento y cuando Max se acercó lentamente, sus labios se

abrieron sin darse cuenta. Sentir su aliento sobre su boca fue lo más excitante que había experimentado nunca y cerró los ojos.

—Ya estoy aquí.

Sobresaltados se alejaron el uno del otro mientras Penny cerraba la puerta de golpe mirándolos con desconfianza— ¿Qué hacíais?

—Nada. — respondieron los dos a la vez.

—Cuando acabe contigo sí que no haréis nada. — le dijo Penny a Hannah— No te quedarán ganas.

Menuda bruja, pensó divertida dejándose caer en la cama de nuevo. Se mordió el labio inferior sin darse cuenta y Max entrecerró los ojos sin perder detalle. Carraspeó antes de mirar a su tía que traía una tijera.

—Bien, vamos allá. — le entregó la tijera a su sobrino— Hazlo tú porque y no podré soportar sus gritos. Luego vendré a coser de nuevo.

—Tendré que atarla a la cama. — Max la miró preocupado— ¿Nena?

—Hazlo de una vez. — cerró los ojos comenzando a sentir que el dolor empezaba a remitir, seguramente por el tónico que Penny le había dado.

Penny rompió lo que debía ser una sábana y Max le cogió una muñeca acercándola al poste de madera de la cama — Eres fuerte. Lo conseguirás.

—Si no te quedarías sin muñequita.

—Exacto. — cogió su otra muñeca y se la ató con fuerza— Ten cuidado no me rompas la cama. Me costó hacerla. No soy muy manitas.

Ella sonrió porque había que ser un gigante para romper aquella cama. Max le dio un beso tan rápido que ni se dio cuenta, mientras Penny sonreía con las tijeras en la mano después de haberle atado los tobillos.

— ¿Lista, nena?

—Lista. — se miraron a los ojos y Hannah asintió— Preparada.

Penny entregó las tijeras a Max, pero no las cogió. Simplemente cogió su cuchillo y se colocó ante su herida.

Horrorizada su tía vio como con el filo del cuchillo cortaba el pelo que unía la carne y en lugar de levantar el desgarro para limpiar la herida, miró a Hannah que cerraba los ojos con fuerza, antes de posar su mano sobre la herida y apretar con fuerza, provocando que Hannah se arqueara de dolor tirando con fuerza de las ataduras mientras reprimía el grito que pugnaba por salir. Lo poco que había cicatrizado reventó y un agua amarilla supuró de la herida. Penny sorprendida de que no gritara acercó un paño mientras Max seguía apretando.

Hannah gimió sin poder evitarlo— Por favor, detente.

— ¡No! — Max siguió apretando una y otra vez y Hannah se echó a llorar por aquella tortura.

Cuando terminó, ella estaba tan agotada que ya no tenía fuerzas ni para llorar. Sintió como él le cortaba las ataduras con el cuchillo y la abrazaba — Ya está. — susurró él en su oído. Le limpió las lágrimas con los pulgares y ella abrió los ojos — Lo has hecho muy bien.

— ¿De veras? — susurró.

Él miró hacia atrás y Hannah sintió como se tensaba. Algo líquido cayó sobre su herida y Hannah gritó entre sus brazos clavando con fuerza sus uñas en su costado. Su herida ardía y fue como si la quemaran con un hierro ardiendo. Cuando se relajó entre sus brazos ni se

dio cuenta la volvían a coser. Max la tumbó en la cama mirándola preocupado — Ahora te mejorarás.

—No quiero volver a pasar por esto.

—Pasarás por esto las veces que haga falta.

—Eres un cabezota. — susurró antes de quedarse dormida.

Capítulo 3

Se despertó entre sus brazos cuando el dolor la despertó. Max, al sentir que estaba despierta, abrió los ojos— Ya era hora. Tienes que comer algo.

Hannah levantó una ceja y él alargó un brazo para coger un plato de la mesa. Sobre ella también había dos velas encendidas. Ella entrecerró los ojos al ver en el plato algo redondo y pálido que tenía algo en medio de color rojo — ¿Qué es?

—Un bocadillo de carne de lobo. Obsequio de tu amigo Peter. Él te mordió a ti, ahora tú te lo comes a él.

— ¿Un qué?

—Un bocadillo. Pan y carne.

Se sentó fascinada haciendo un gesto al dolerle la herida. Max se sentó también y parecía divertido con el asunto. Hannah cogió el plato y levantó la rebanada de arriba acercándola a la nariz.

— ¿Qué comíais ahí dentro?

—Verduras.

Max perdió la sonrisa— ¿Ni carne, ni pescado? — ella negó con la cabeza oliendo la carne— ¿Y la leche?

—No teníamos leche de vaca, si te refieres a eso. Tomamos leche materna. Un poco al día. — le miró sorprendida— ¿Tu grupo tenía de esas cosas después de tanto tiempo?

—Ahora que lo pienso nunca he preguntado qué comían. ¿Y cómo cultivabais las verduras?

—El generador. Teníamos unas lámparas especiales. — pasó la lengua por el pan y sonrió — ¿A qué sabe?

—A harina y sal.

—Sal... — mordió un trocito y abrió los ojos por su sabor— Está bueno.

—Claro que está bueno. Ahora cométe-lo todo. — se levantó totalmente desnudo y ella se quedó con la boca abierta porque su cosa estaba más grande que el día anterior. Intentó mirar hacia otro lado, pero parecía que aquella cosa la señalaba. Él estaba tendiéndole un vaso que ella cogió bebiendo sedienta intentando disimular, pero parecía que sus ojos siempre terminaban en el mismo sitio.

Le tendió el vaso de nuevo y él lo cogió reprimiendo la risa. Molesta dijo— ¿Tienes que estar desnudo?

—Siempre duermo desnudo. No sobra la ropa, ¿sabes? — se sentó sobre las sábanas demostrándole que estaría como le diera la gana.

— ¡Pues ponte la sábana encima! ¡Estoy comiendo!

Él lo hizo conteniendo la risa y se apoyó en las almohadas. Le pasó una mano por la frente cuando olía la carne. Tenía un olor raro y frunció su naricilla— Esto no me va a gustar.

—Son proteínas y debes comer para estar sana. No sé cómo has sobrevivido con esa dieta. Tienes menos fiebre. Menos mal, porque has dormido mucho.

Dio un mordisquito y tampoco era desagradable, pero tardó un montón en masticarlo. Él la observaba atentamente — No está mal.

Max sonrió— Si tienes que ir al baño dímelo y...

Hannah se puso como un tomate y entonces le entraron las ganas de hacer pis. ¿Por qué había hablado del asunto? Antes ni se había acordado—Sí.

Él apartó su plato y se levantó cogiéndola en brazos —Nena, no tenemos fosa y...

La llevó detrás de una puerta que no había visto en la habitación. Había un orinal al lado de una bañera.

Ella sonrió— Es lo que usábamos allí.

— ¿Podrás sostenerte?

Eso iba a ser imposible y ella se mordió el labio inferior asistiendo. Max la dejó lentamente en el suelo. Con el pie herido se apoyó en el talón, pero con la otra pierna era imposible apoyarse de puntillas porque le tiraba la herida — Yo te sostendré. Súbete el vestido.

Ella sabía que no tenía opción. Así que lo hizo dejando su trasero al aire. Max la agachó con cuidado sujetándola de las axilas mientras ella se sujetaba con una mano en su hombro y esperó. Después de unos segundos de humillación no salía nada.

— ¿No puedes dejarme aquí y volver más tarde?

— ¿Cómo voy a dejarte ahí sentada? ¿Quieres darte prisa?

— ¡Pues está claro que no! ¡No me sale si me miras! —Max reprimió la risa— ¡No estoy acostumbrada a hacer esto en público!

— ¡Es una emergencia! No deberías pensar esas tonterías.

Tonterías, pensó furiosa. Intentando concentrarse miró al frente y aquella cosa ahí estaba de nuevo. Cerró los ojos e intentó pensar en agua. Como el agua que describía su padre, que corría por los ríos de un azul intenso. Max carraspeó — Tienes un trasero muy bonito.

Ella levantó la cabeza y vio que le estaba mirando el culo estirando el cuello sobre su hombro — ¡No me mires!

—Es lo justo. Tú me estás mirando a mí.

— ¡Es inevitable! ¡Vas en pelotas! ¡Y pones eso ante mi cara!

—Eso es un pene.

—Ya sé que es un pene. — dijo como si fuera idiota.

Max reprimió la risa— Como no había visto tantas cosas, igual no habías visto uno de estos.

— ¡Pues sí, así que no hace falta que me lo pases por las narices, gracias!

— ¿Cómo que sí? — la levantó enderezándose y poniéndola a su altura. Le volvió a rugir a la cara— ¿Cómo que sí?

Hannah se sonrojó— Bueno, no es el primero que veo.

— ¡Voy a matar a Peter!

—No, si el de Peter no lo he visto.

— ¿Entonces?

—Pues he visto el de ese monstruo que nos intentó atacar. — levantó un dedo— He visto el de mi padre cuando se cambiaba en la habitación... — levantó otro dedo— El del niño de Meredith...

Max la besó sorprendiéndola y jadeó abriendo la boca sin darse cuenta. Cuando Max la acarició con la lengua gimió de la sorpresa, pero después de unos segundos no le pareció nada desagradable. Ella le acarició con la suya y cuando sus lenguas se entrelazaron gimió de placer. Max la pegó a él abrazándola con fuerza y Hannah le rodeó el cuello con sus brazos. La sensación era embriagadora, pero cuando su pierna rozó la de Max, gritó en su boca por el dolor. Max suspiró apartándose— ¿Ha sido tu primer beso?

—No. —él entrecerró los ojos y Hannah sonrió— El primero me lo diste cuando me ataste a la cama. Que mala memoria tienes.

— ¿Crees que nos pasaremos aquí toda la noche?

—Se me han quitado las ganas.

—Eso es imposible. — él suspiró — Muy bien. Levántate el vestido.

Ella lo hizo de nuevo y Max la sentó con cuidado sobre el orinal —Llámame cuando termines.

Salió de la pequeña habitación y Hannah sonrió apoyando ambas palmas en el suelo para evitar caerse del pequeño orinal. Cuando por fin terminó, carraspeó provocando que Max entrara de nuevo.

No comentó nada mientras la levantaba, pero cuando la tumbó en la cama cogió su vestido por el bajo y lo levantó dejándola desnuda ante él. Hannah se cubrió los pechos avergonzada.

—No te cubras. — susurró él dejando caer la túnica —Dios mío, eres preciosa.

—No.

Sin dejar de mirarla se tumbó a su lado y volvió a ponerle el plato delante— Come.

Tímidamente cogió el bocadillo y le dio un mordisco mientras él la observaba. El fuego la recorrió al sentir su mirada sobre sus pechos y estos reaccionaron endureciéndose. Max carraspeó incómodo y la miró a los ojos— ¿Tienes hermanos? —negó con la cabeza mientras masticaba— ¿Y padres o abuelos?

—Estoy sola. — susurró — Mi padre murió hace tres años de pulmonía. — forzó una sonrisa— Pero tengo a Laura, que es como mi hermana y a Peter ...— Max entrecerró los ojos.

— ¿Por qué me dijiste que te casarías con Peter?

Hannah se sonrojó intensamente— Porque me iba a casar con él si no salíamos de allí. No había muchas opciones y nos queremos.

—Pues eso ya no va a pasar, que te quede claro.

—Ya hemos salido de allí. — respondió como si fuera tonto antes de seguir comiendo.

— ¿Y esa Laura es soltera?

Hannah frunció el ceño— Sí, ¿por qué? — no le gustaba un pelo que se interesara por su amiga. No estaba para analizar el asunto, pero no le gustaba nada.

Max sonrió maliciosamente— Pues no lo estará mucho tiempo. Aquí tampoco hay muchas opciones.

—Está con Greg.

—Pero no está casada con él. Aquí sólo se respetan los matrimonios.

Hannah dejó el bocadillo en el plato porque no podía más— Da igual. Ella quiere a Greg.

Max miró el bocadillo y gruñó—Come más.

—No puedo.

—Tienes que recuperar fuerzas. Has perdido mucha sangre.

— ¡No puedo más! ¿Es que tengo que discutirlo todo contigo?

Él chasqueó la lengua antes de apartar su plato y colocarlo sobre la mesa. Hannah se tumbó de lado y Max negó con la cabeza— ¿Qué? —al ver como cogía la botellita y la cuchara ella gimió— ¡Estoy mucho mejor! ¿Tengo que tomar eso?

—Así te dolerá menos y ayuda con la fiebre. No protestes o te lo hago tragar.

Hannah se incorporó apoyándose en el codo y él sirvió el jarabe metiéndole la cucharilla en la boca. Al recordar lo que ardía se lo quedó en la boca— Hannah, traga o será peor.

Ella lo intentó y Max le tapó la nariz obligándola a tragar pasándole después un vaso de agua. Él sonrió satisfecho cuando lo fulminó con la mirada mientras bebía.

— Mucho mejor así. Te pondrás bien enseguida. — la tumbó cubriéndola con las sábanas como si fuera una niña y él lo hizo a su lado.

Se miraron durante unos segundos— Así que nunca has tenido algo tuyo.

—No. Siempre compartimos todo. ¿Tú tienes algo tuyo?

—Cada familia tenía su habitación y tenemos cosas, pero si alguien lo necesita siempre las prestamos. Sólo tengo los anillos de mis pa... — abrió los ojos como platos sentándose en la cama— ¡La mochila!

—Nena, tranquila.

— ¡Los anillos de mis padres! —lo miró angustiada— Tienes que traerme la mochila. ¿Dónde está?

—No lo sé, Hannah. La tendrá Peter.

Temiendo haberlos perdido para siempre, le empujó por el brazo ya que no podía ir ella misma— Tráemela, por favor.

— ¿Ahora?

— ¡Son los anillos de casados de mis padres! ¡Eran de mis abuelos! Serán mis anillos. ¡Tienes que traérmelos!

Max apretó los labios levantándose de la cama. Se estrujó las manos inquieta viendo como se ponía los pantalones. Sus ojos se llenaron de lágrimas esperando que no se hubieran perdido. ¿Por qué había sido tan idiota de meterlos en la mochila? Tenía que habérselos colgado del cuello.

—No te preocupes. Los encontraré.

—Los metí en el bolsillo exterior de la mochila— susurró— Es lo único que tengo de mamá. Ni siquiera sé cómo era su cara.

Max se puso las botas— Los tendrá Peter. Vengo enseguida.

Salió de la habitación y Hannah se mordió el labio inferior muy inquieta. No podía haber perdido los anillos de sus padres. Si no los encontraba, no se lo perdonaría nunca.

Minutos después Max volvió y por su cara supo que no había tenido suerte —Peter no ha visto la mochila desde que se quedó inconsciente. Recuerda que la llevaba puesta cuando huíais, pero en algún momento que no recuerda se la quitó. Cree que cuando te traspasaron con la flecha. No recuerda si la volvió a coger de nuevo.

—Oh, Dios. —Hannah palideció del disgusto— Los he perdido.

Max se desvistió tumbándose a su lado— Mañana preguntaré por ahí y si no está aquí es que se ha quedado fuera. La encontraremos. — la obligó a tumbarse rodeándola con el brazo— Si está fuera, se verá desde la empalizada.

— ¿Cómo he podido ser tan descuidada? — susurró contra su pecho. Una lágrima cayó por su mejilla mojando el pecho de Max — Son de oro, ¿sabes? Y tienen un grabado en su interior que dice “Te amaré para siempre” Sonrió sin ganas. Mi abuelo era muy romántico.

Max acarició su espalda— Mi madre no tuvo anillo de boda. De hecho, creo que nadie lo lleva. Supongo que los utilizarían para algo en el pasado. Aquí se recicla todo.

—Si alguien los encuentra, ¿crees que los devolverá?

Max apretó los labios— Espero que sí. No sé qué decirte. No son mala gente, pero hay algunos que son más egoístas y siempre acaparan.

—En mi grupo también.

Hannah escuchaba el sonido de su corazón y el ritmo continuo hizo que sus ojos se fueran cerrando después de unos minutos, cuando un sonido agudo la sobresaltó. Max se levantó de repente y se puso los pantalones a toda prisa. Confundida volvió a oír el sonido mientras él se volvía a vestir— ¿Qué ocurre?

— ¡No salgas de la habitación! ¡Nos atacan! — gritó cogiendo lo que parecía una espada.

Hannah parpadeó porque no se lo podía creer. ¡Una espada! Max la miró desde la puerta abierta, justo antes de salir corriendo. ¿Les atacaban? Cogió las sábanas cubriéndose. Allí sentada escuchó gritos fuera. Estaba claro que toda la comunidad estaba ayudando. ¡Y ella allí tirada!

No supo cuánto tiempo pasó. Lo único que le indicó el tiempo que pasaba fue que comenzaba a amanecer y sus ojos se le cerraban cada poco debido al tónico que Max le había dado. Al final se quedó dormida.

Un movimiento en la habitación la despertó y abrió los ojos sobresaltada— ¡Nos atacan!

Penny se echó a reír al verla sentarse en la cama como un resorte— Lo han intentado, pero no lo han conseguido. Estúpidas bestias. De vez en cuando nos dan la lata.

Se acercó con una bandeja y el olor era delicioso — ¿Qué es?

—Max me ha dicho que nunca has tomado azúcar y necesitas leche, así que te he preparado un postre de arroz que seguro que te gustará.

Le acercó un cuenco que estaba caliente —Mientras desayunas te cambiaré el vendaje.

Al coger la cuchara vio algo en su dedo anular y chilló de alegría al ver el anillo de su madre. Levantó la mano y Penny se echó a reír— Te lo acaba de poner. Ni te has enterado.

— ¿Los ha encontrado?

—Claro que los ha encontrado. La mochila estaba fuera. La ha ido a buscar en cuanto terminó la lucha. — Penny empezó a quitar las vendas de su pie.

— ¿Y el otro?

Penny levantó una ceja— ¿Tú qué crees?

Hannah jadeó indignada— ¡No!

—Pues sí.

— ¡No puede llevarlo él! ¡Son míos!

La mujer se echó a reír— Le queda pequeño. Se lo puso en el meñique.

Hannah gruñó entrecerrando los ojos. ¡Tendría cara! Ella debería dárselo a él si quería. Cosa que no quería. ¿O sí? La verdad es que se sentía muy atraída por él, pero de ahí a

casarse... Bueno, ya lo hablaría con Max. Le pediría que se lo devolviera. Tendría que entenderlo. Más tranquila se llevó la cuchara a la boca y gimió de gusto. Aquello estaba buenísimo. Sonrió radiante mientras masticaba— Está bueno.

—Gracias. — Penny movió los dedos de su pie y Hannah no se quejó, aunque le dolió —Esto va muy bien.

— ¿De veras? — preguntó con la boca llena.

—De hecho, no te lo voy a vender más, pero no poses el pie.

—No puedo mantenerme en pie. — dijo encogiéndose de hombros.

Rose entró en la habitación— Buenos días. Estás mucho mejor, ¿verdad?

—Sí, gracias. ¿Dónde está Max?

—Se han ido a la mina.

Ella que se iba a meter la cuchara a la boca se detuvo en seco— ¿Qué?

—Se han ido a la mina a traer a los tuyos. —Rose se acercó a su madre y ambas sonrieron al ver la herida del mordisco— Vaya, qué buena pinta.

—Dentro de nada podrás caminar. Te recuperas muy rápido.

—Gracias. — dijo con la boca llena. Las dos la miraron y se echaron a reír al ver lo rápido que comía —Cuando Laura coma esto, se va a volver loca. — dijo en cuanto trago.

— ¿Laura es tu hermana? — preguntó Rose sentándose a su lado.

—Es mi amiga. No tengo familia. —ambas la miraron con pena y ella se encogió de hombros— Ya estoy acostumbrada.

—Ahora seremos tu familia. Max tiene primos y a Marguerite. Todos somos una gran familia.

—Rose tiene razón. Al unirnos entre nosotros todos estamos relacionados. ¿En tu comunidad no ha pasado lo mismo?

—Mis padres se conocieron en la comunidad, pero ambos eran hijos únicos. No tengo primos directos. Mis abuelos sí que tenían hermanos y Greg es primo segundo mío, pero no lo considero primo. Es un amigo. Además, las enfermedades han matado a mucha gente. ¿Dónde os escondisteis vosotros? ¿En otra mina?

—No. — respondió Penny vendándola de nuevo— En un refugio nuclear que tenía el ejército cerca de aquí. Evacuaron el pueblo. Tuvieron suerte. Muchos no pudieron entrar.

— ¿Habéis tenido contacto con otras comunidades?

—Aparte de vosotros, no.

—Nosotros lo intentamos todos los días con la radio, pero debe estar rota. Nunca volvimos a saber nada de nadie, aunque siempre está encendida. Al menos la lucecita lo está. — ambas la miraron con los ojos como platos — ¿Qué?

— ¿Tenéis radio? — preguntó Rose esperanzada.

—¿Vosotros no?

Ambas negaron con la cabeza —El refugio tenía una, pero hubo un accidente y se quemó. —respondió Penny.

— ¡Es estupendo! ¡Si hay alguien ahí fuera, podremos ponernos en contacto con ellos! — dijo Rose emocionada.

—No te hagas muchas ilusiones. — susurró Hannah antes de volver a meter la cuchara en la boca. Suspiró cuando terminó porque estaba llena y puso el cuenco sobre la mesa. Disimuló su preocupación por lo que pasaría cuando llegaran a la mina. Esperaba que su

gente colaborara en todo. Max podía ser avasallador y esperaba que no se pusiera en ese plan con Richard.

— ¿Se fueron hace mucho?

— Unas dos horas. — respondió Penny — Esto ya está. — recogió la bandeja y le sonrió— Tomate una cucharadita.

— ¿Otra vez? — protestó sin poder evitarlo.

— ¡Ahora! — exigió Penny con mano de hierro.

Ella gruñó mientras Rose soltaba una risita. Hannah cogió la cucharilla y la botellita. Penny entrecerró los ojos al ver que sólo se la llenaba hasta la mitad— ¡Más!

— Ya voy... Uff, que impacientes sois en tu familia.

— No lo sabes bien. — dijo Rose divertida.

— ¡Rose! — gritó una voz femenina desde fuera— ¡Mueve el culo y ven a ayudarme a tender la ropa!

— ¿Ves? Marguerite es igualita a su hermano.

Hannah sonrió antes de acercar la cucharilla a la boca bajo la atenta mirada de Penny, que separó los labios como si fuera a hacer lo mismo. Se la metió en la boca tragando a toda prisa antes de que también le tapara la nariz como su sobrino. Hannah cogió el vaso de agua y bebió a toda prisa mientras Penny sonreía como si hubiera superado una batalla— Muy bien. Ahora a dormir.

— ¿No tendréis un libro por ahí? De lo que sea, me da igual.

Penny sonrió— ¿Te gusta leer?

— Me sé los libros de nuestra comunidad de memoria.

— Pues entonces vas a estar entretenida una temporada porque nosotros tenemos muchos. — dijo yendo hacia la puerta.

— ¡Eso es estupendo!

— Encontramos un montón en un desván en una granja a unos kilómetros de aquí. Te traeré unos cuantos.

Se pasó leyendo media mañana. Penny le había llevado cinco y al principio le costó decidirse, pero al final escogió *Las aventuras de Tom Sawyer* de Mark Twain. La historia era preciosa, pero al final se quedó dormida con el libro sobre el pecho.

Una caricia sobre la mejilla la hizo mover la cabeza, pero al sentir la caricia de nuevo abrió los ojos. Laura estaba sobre ella sonriendo de oreja a oreja — ¿Cómo se te ocurre casarte sin mí?

Eso la espabiló de golpe— ¿Estás loca? No me he casado.

Su amiga levantó su mano y parpadeó al ver el anillo— Ah, eso.

— El vikingo lleva el otro. Lo he visto.

Hannah soltó una risita— ¿A que sí parece un vikingo?

— ¡Déjate de rollos! ¿Te has casado con ese mandón o no?

— ¿A que sí es un mandón? Y tiene un carácter...

Su amiga exasperada levantó las manos al techo — Eres insoportable.

— ¡No me he casado!

— ¡Duermes en su habitación y lleváis anillos! Creo que sí estás casada, Hannah.

Le miró incrédula — No, estás equivocada...

— Mira, me parece que aquí las cosas son algo distintas de cómo eran en la mina porque en cuanto llegaron un tipo me cogió del brazo diciendo que era suya. No veas como se puso

Greg. Casi se le tira encima y si no llega a ser por Max que lo detuvo... Me miró a los ojos y me preguntó si era Laura. Cuando le dije que sí, ordenó al que me agarraba que me soltara porque estaba casada con Greg.

— ¿Te has casado?

— ¡Me ha casado tu marido al decir que estaba casada!

— ¡Que no es mi marido!

— ¡Claro que sí! ¡Aquí se casan así! ¡Diciendo que están casados!

— ¡Yo no he dicho que estoy casada!

— ¡Lo ha dicho él!

Se miraron retándose con la mirada creyendo que cada una tenía la razón. La puerta se abrió y entró Penny con una bandeja— ¡Aja! Ella te dirá que no estoy casada. — dijo señalando a la tía de Max.

—Claro que estás casada. —Hannah se quedó con la boca abierta — Te ha reclamado. Eres suya.

— ¿Ves lo que te decía? ¡Si tu marido no lo hubiera impedido estaría casada con ese bruto!

— ¿Es que aquí os casáis así? ¿La chica no dice sí quiero?

Penny se echó a reír— Eso ha pasado a la historia. Si una pareja quiere unirse sólo se van a vivir juntos y ya están casados.

— ¿Y si ella no quiere?

—Max es el jefe. Nadie le llevara la contraria.

Hannah jadeó indignada— ¿Y yo qué?

Penny puso las manos en las caderas— ¡No te pongas rebelde porque a ti te gusta! No hay nadie mejor que mi Max, así que déjate de tonterías. ¡No vas a encontrar un marido mejor!

Se puso como un tomate porque no iba desencaminada, pero no iba a darse por vencida tan fácilmente— ¿Y a Laura? ¿También la habrían obligado a casarse?

— ¡Raul es un partidazo!

Laura se sonrojó y Penny levantó la ceja— ¿Ves?

— ¡Laura!

—Es que es muy guapo, pero yo quiero a Greg.

Suspiró de alivio, aunque lo había dicho con la boca pequeña. Observó a su amiga atentamente— ¿Seguro que quieres a Greg?

— ¡Claro que sí! ¡Es que cualquiera no se impresiona viendo esos hombres! ¡Pero a mi Greg no lo cambio por nada!

—Bien dicho. — dijo Penny— Le he visto. En cuanto coma un poco y mi Max le ponga a trabajar, será un hombre muy atractivo.

Laura sonrió orgullosa— De momento me preocupas más tú. — Penny se acercó a su amiga y le bajó el parpado inferior— Estás anémica. Necesitas vitaminas. Y ese color amarillento de la piel no me gusta. Puede ser ictericia, pero también puede ser del hígado. Veremos cómo evolucionas comiendo con normalidad.

— ¿Sabes, Laura? Tienen azúcar.

Laura jadeó llevándose una mano al pecho provocando que Penny riera.

Max entró en la habitación sonriendo— ¿Cómo vas?

Hannah se sonrojó cubriéndose bien con las sábanas— Bien. Tienes algo mío.

—Uy, uy, uy— Penny cogió de la mano a Laura tirando de ella hacia la puerta—
Vamos a dejarlos solos para que discutan a gusto.

Max levantó una ceja— ¿Vamos a discutir?

Ella alargó la mano con la palma boca arriba— Mi anillo.

—Ahora es mío. Es el del marido y ese soy yo.

—No eres mi marido.

—Cierto, no del todo. Pero lo seré en cuanto te haga el amor.

A Hannah se le colorearon las mejillas— Perdona, pero estás equivocado. Yo no quiero casarme.

—Pues es una pena. — se sentó a su lado y le apartó un rizo de la frente—¿Te duele?

—Un poco. Sobre el anillo...

Max se echó a reír levantando la mano y mostrándoselo— ¿A que me queda bien?

— ¿Por qué no te buscas a otra? —preguntó enfurruñada agarrando su dedo.

Él se echó a reír al ver sus intentos para quitárselo y agotada después de forcejear unos minutos se dejó caer en las almohadas.

— ¿Ya está? —preguntó divertido— No te has resistido mucho.

—Te lo quitaré mientras duermes.

—No me lo quitaré mientras viva.

A Hannah se le cortó el aliento y le miró a los ojos viendo que era totalmente sincero—
¿De veras?

Él sonrió y apartó su sábana dejando uno de sus pechos al descubierto— ¿Sabes que estás preciosa? — Hannah tembló al ver en sus ojos que la deseaba y sin dejar de mirarla agachó la cabeza lamiendo su pezón endurecido.

Hannah gimió en respuesta y él siguió besando su pecho subiendo hasta su cuello hasta llegar al lóbulo de su oreja— Eres mía. Sólo mía. —metió el lóbulo en su boca y lo lamió antes de morderlo suavemente. Toda aquello era tan maravilloso que Hannah no sabía qué hacer. Ni se dio cuenta que se había apartado y que la observaba divertido.

Hannah se puso como un tomate porque no sabía cómo comportarse con él— ¿No vas a preguntarme cómo ha ido?

— ¿El qué?

Max se echó a reír— Tu comunidad...

—Ah, eso. — siseó— ¿Cómo ha ido?

—Al final he traído a quince.

— ¿Problemas?

—Un tal Richard se resistía, pero al final se ha dado por vencido. También había un viejo que era un pesado, pero en cuanto dije que vivíamos al aire libre, casi sale corriendo.

Hannah se echó a reír porque seguramente era Walter. Ochenta años bajo tierra era demasiado tiempo.

—Lo que va a ser difícil es trasladar la maquinaria. — dijo preocupado— Tenéis muchas cosas que nos serán muy útiles.

— ¿Te mostraron la radio? ¿Crees que funcionará?

Max perdió la sonrisa — ¿Qué has dicho?

—La radio. ¿Te la han enseñado?

Su supuesto marido se tensó—Pues no. No me la han enseñado. De hecho, no estaba allí.

—Claro que está allí. Está en el salón para que siempre la oiga alguien.

—Hannah. Allí no había ninguna radio.

No entendía nada. ¿Por qué la habían ocultado? Entonces se dio cuenta que su comunidad no se fiaba de ellos— No te preocupes. No le harán nada.

—Más les vale. Porque como me entere que la radio sufre algún daño cuando os estoy acogiendo poniendo en peligro a los míos, me voy a cabrear mucho. —dijo levantándose de la cama y saliendo de la habitación dando un portazo.

Hannah apretó los labios molesta. Eso era cosa de Walter y Richard. Seguramente no sería el único problema que se encontrarían. Juntar dos comunidades de repente traería problemas.

Capítulo 4

Y esos problemas no tardaron en llegar, porque no había casas para los suyos. Tenían que dormir en el suelo hasta que se construyeran casas nuevas. Y la comida también era un problema, porque los suyos no sabían cazar. La verdad era que su comunidad no valía para mucho, porque no estaban acostumbrados a la vida en el exterior. No soportaban estar al sol mucho tiempo y no tenían la fuerza necesaria para realizar los trabajos físicos que hacían los otros. Tres días después el grupo de Max estaba al borde del motín por la invasión, porque consideraban que ellos no les aportaban nada que valiera la pena.

De todo eso se enteraba por Laura que preocupada se lo contaba todo. Max llegaba a la cama y la acariciaba preguntándole qué tal el día, sin contar una palabra de lo que ocurría fuera de esa habitación. Ella supuso que lo hacía para no preocuparla. Sin embargo, hablaban de todo lo demás. Era increíble la infancia tan distinta que habían tenido cada uno. Max desde pequeño había trabajado en su comunidad, haciéndose responsable de cuidar a los demás. Era un líder natural y todos se habían dado cuenta, así que le cargaban de responsabilidades. Su padre había sido el líder de su grupo hasta que fue asesinado por una bestia en una de las salidas y nadie le preguntó si quería sucederle en dirigirlos. Simplemente sucedió. Tumbados en la cama se miraron a los ojos y ella se dio cuenta que no quería ser el jefe.

— ¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué no te negaste?

—No lo sé. Supongo que no quería defraudarles. Cuando murió mi padre también murieron varios de nuestros guerreros y la gente tenía miedo. Lo que menos necesitaban era que yo dijera que no me hacía cargo de ellos.

Entonces ella comprendió que aunque no quería el puesto, era un jefe natural. Hannah sonrió— Tú no dejarías que nadie te diera órdenes.

—Eso también. — Max se echó a reír— Ya me vas conociendo.

—Eres fácil de captar.

Max le hizo cosquillas en el costado y ella se retorció de risa intentando cogerle las manos, pero él la cogió las muñecas colocándoselas sobre la cabeza. Le dio un beso rápido en los labios y la miró sonriente —Te tengo.

—Me tienes desde hace días. — dijo maliciosa— Y para lo que te valgo.

—Me vales para mucho. — bajó la cabeza lentamente y rozó su labio inferior alejándose cuando ella intentó atrapar sus labios —No, no. Tienes que ser buena porque si no tendré que dormir en otro sitio.

Hannah se puso como un tomate y él se echó a reír. Levantó la barbilla orgullosa— No quiero nada contigo.

—Sí, ya me he dado cuenta. — bajó la mirada a sus pechos que estaban descubiertos porque la sábana se había resbalado— Tienes los pezones más bonitos que he visto nunca.

Hannah frunció el ceño— ¿Has visto muchos?

—Esta conversación me suena. — partiéndose de risa se tumbó boca arriba a su lado soltándola y ella se sentó en la cama para verle bien la cara.

— ¿Eso qué significa?

— Nena, vivo en un sitio donde hay pocas mujeres, pero hay alguna viuda, ¿sabes?

— Viuda. — siseó furiosa— ¿Has dicho alguna? ¿Alguna más de una?

Max se echó a reír— Qué puedo decir. Soy guapo.

— Eres imbécil. — se tumbó dándole la espalda.

— ¿Qué esperabas? ¿Qué fuera virgen?

— ¡Pues sí!

— ¡Tengo veintisiete años!

— ¡Y yo veinte!

— ¿Estás celosa?

— ¡Muérete! — se tapó con la sábana furiosa. No sabía por qué, pero aquello no le gustaba un pelo.

— Me he casado contigo.

Se volvió mirándole sobre su hombro— Perdona, pero no estamos casados. ¡Tú has decidido robarme mi anillo! ¡Punto! —Max reprimió una sonrisa y ella siseó —Ni se te ocurra reírte.

— No se me ha pasado por la cabeza.

— Serás idiota.

Se volvió y cerró los ojos con fuerza decidida a ignorarle, pero una mano en su trasero hizo que abriera los ojos como platos. La caricia siguió por su nalga hasta llegar a la unión de sus piernas y antes de darse cuenta Hannah saltó de la cama volviéndose hacia él atónita— ¿Qué haces?

Max también la miraba sorprendido— ¡Estás de pie!

Ella miró hacia abajo y era cierto que aunque le tiraba un poco la cicatriz, podía ponerse en pie. Le fulminó con la mirada— ¡No cambies de tema!

Max gruñó mirándola de arriba abajo totalmente desnuda— Nena, ven aquí.

— ¿Para qué? — dijo con desconfianza.

— Creo que ya estás bien para hacer lo que quiero en este momento.

Hannah se puso como un tomate — ¿Y si yo no quiero? — levantó la barbilla retándole y cruzándose de brazos.

— Sí que quieres. — respondió con voz ronca cogiéndola por la cintura antes de darse cuenta. Hannah chilló cuando la cogió por las piernas tumbándola en la cama. Antes de que se diera cuenta estaba sobre ella haciéndose hueco entre sus piernas. Hannah abrió los ojos como platos cuando sintió su sexo rozándola.

— Max... — dijo asustada de repente.

— Relájate, cielo— la besó suavemente en los labios— Joder, me moría por tocarte. — acarició el sexo de Hannah con el suyo y la hizo gemir abrazando su cuello. Él bajó la cabeza besándola suavemente en el labio inferior antes de acariciárselo con la lengua. Ella abrió la boca pidiendo más y él no la defraudó entrando en ella, besándola intensamente. Hannah gimió cuando sintió que su sexo entraba en ella lentamente. Una presión en su interior la hizo protestar en su boca y Max se detuvo mirando sus ojos— Nena... ¿te duele?

— No sé... — Hannah se retorció bajo su cuerpo y él gimió cerrando los ojos. Era como si sufriera y Hannah levantó la cadera de golpe sin darse cuenta provocando que entrara hasta el fondo de su ser. El dolor no fue nada comparado con el placer que la recorrió de arriba abajo. Max no se movió y Hannah clavó sus uñas en su cuello por la necesidad que sentía.

— ¿Mejor?

— ¡No sé!

Max sonrió moviendo sus caderas y Hannah abrió los ojos como platos— ¡Sí! ¡Mejor!
Mucho mejor

Él gruñó antes de besarla como si quisiera devorarla para salir de ella lentamente antes de volver a entrar con fuerza. Hannah gritó en su boca cerrando los ojos por el placer que sintió y Max susurró contra sus labios— Mírame. Quiero que me mires.

Abrió los ojos lentamente y él se volvió a mover provocándole unas sensaciones exquisitas. Max siguiendo un ritmo enloquecedor, bajó su mano por su pecho hasta llegar a su cintura y de ahí hasta su trasero, levantando su pierna sana entrando aún más en ella, provocando que Hannah gritara tensándose su interior con fuerza. Gimió cerrando los ojos pensando que se podía morir de placer, hasta que con un fuerte movimiento de caderas, Max la lanzó a un intenso orgasmo que la hizo volar.

Los besos de Max sobre sus pechos la hicieron abrir los ojos tiempo después —Te has dormido. — dijo él intentando retener la risa antes de mordisquear uno de sus pezones— Te lo perdono porque no estás al cien por cien, pero no te acostumbres.

Hannah sonrió acariciando su cabello rubio —Así que me perdonas, ¿eh?

—No te tomaré en cuenta que me hayas tenido esperando al menos una hora.

— ¿Tanto? — se echó a reír y Max chupó su pezón con fuerza haciéndola gemir. Tiró de su pelo hacia arriba para apartarlo de ella y la miró a los ojos a regañadientes— ¿No deberías dormir?

—Puedo estar sin dormir tres días. —respondió malicioso.

Al día siguiente Hannah se despertó muy tarde, como era lógico después de que Max no la dejara en paz en toda la noche. Fue Penny la que la despertó al mediodía para llevarle la comida y revisar la herida.

—Me quiero levantar. — dijo con la boca llena de un puré de cereales con azúcar.

— ¿Estás segura? Creo que es demasiado pronto. — dijo revisando la herida que tenía mucho mejor aspecto.

—Ya puedo ponerme de pie.

— ¿De veras? Vamos a ver.

Hannah se levantó con el cuenco en la mano y ambas se quedaron de piedra al ver la mancha de sangre en el centro de la cama. Penny carraspeó— Sí, parece que estás mejor.

—Ajá.

—Voy a por algo de ropa. — la tía de Max salió de allí como alma que lleva el diablo, mientras que Hannah estaba como un tomate.

—Estupendo. — susurró sentándose de nuevo en la cama. Siguió comiendo y cuando terminó, cogió su trenza soltando su pelo pues estaba totalmente deshecha. Metió los dedos entre sus cabellos sintiendo que debería lavárselos, pues ya le tocaba su baño semanal. Escuchó como se abría la puerta y preguntó— Penny, ¿sería posible que me lavara el cabello?

Al no recibir respuesta se volvió y vio a Max mirándola fijamente. Hannah se levantó y sus rizos cayeron cubriendo parte de su cuerpo —No te cortarás el cabello más que eso nunca.

— ¿Qué?

—Vuelve a la cama. — dijo con voz ronca.
— ¡Oh, venga ya! ¡No puede ser! ¡Nadie tiene tanta energía! —se cruzó de brazos molesta y él sin hacerle ni caso empezó a desatarse los cordones del pantalón.
—Nena...
— ¡No! ¡Me duele!
Eso le detuvo en seco— ¿De veras?
— ¡Tanta fricción no puede ser buena! ¡No lo haré más!
Max se echó a reír— Ya, claro. Tengo el cuello destrozado por tus uñas, pero resulta que ahora no te gusta.
Ella se sonrojó— Vale, me gusta. Pero no lo haré hasta que deje de doler.
Max entrecerró los ojos cerrándose los pantalones— Muy bien. Pues avísame cuando eso pase. — fue hasta la puerta y ella jadeó indignada
— ¿Te vas?
—Tengo que trabajar. ¿Por qué? ¿Necesitas algo?
—De ti no. — respondió orgullosa cruzándose de brazos.
— ¿Es una táctica de matrimonio que desconozco?
Molesta le fulminó con la mirada— Mi padre siempre le daba un beso a mi madre al despedirse.
— ¡Si vivían en cuatro metros cuadrados! — por su cara de incredulidad ella se sonrojó aún más.
—Mi padre siempre le daba un beso. Me lo dijo. Y a mí también me lo daba.
Max se acercó a ella rodeando la cama— A ver si lo entiendo. Si salgo de cualquier habitación donde esté, tengo que darte un beso.
—Sí. — levantó la barbilla esperando y él la miró divertido.
—Los matrimonios que conozco no hacen eso.
— ¿Quieres que esto funcione o no?
—Vale, vale. — reprimió la sonrisa al ver que volvía a levantar la barbilla sacando los labios— ¿Y qué tipo de beso tiene que ser?
— ¡Ahora ya no quiero ninguno! ¡Me pones de los nervios!
Max se echó a reír y la cogió por la cintura pegándola a él —Déjame probar. — susurró antes de besarla tiernamente— ¿Tiene que ser así? — preguntó contra sus labios antes de atrapar su boca y su alma. Cuando separó sus manos estaban en su trasero y se lo acarició subiéndolas por su espalda — ¿O así?
—Eso no puedes hacerlo fuera de la habitación. — susurró acariciando el pecho de Max.
—Nena, ¿te sigue doliendo?
—Mucho menos.
—Voy a hacer que se te quite del todo.

Al final era bien entrada la tarde cuando salió de la habitación. Penny y Laura la ayudaron a asearse y cuando estuvo lista con una preciosa túnica verde, su amiga la ayudó a bajar por las escaleras porque su pierna le tiraba al doblar la rodilla. Supuso que le costaría más aún subir que bajar, pero no dijo ni pío porque quería que le diera el aire. Se quedó

impresionada con lo grande que era la casa, pero lo que más le sorprendió fue el salón, donde había varios sofás ante una chimenea. Nunca había visto una chimenea. — ¿Has visto esto?

Su amiga soltó una risita— Navidades frente al fuego. ¡A que es genial! ¡Podrás colgar tu calcetín!

Frunció el ceño al escucharla— ¿Tú no vives aquí?

Laura negó con la cabeza— Duermo en casa de una viuda. Se llama Tiffany. Greg y yo dormimos en su salón.

La miró atónita— ¿Por qué no me lo has dicho?

— ¡Te he dicho que nos habían repartido por las casas!

— ¡Pero pensaba que tú estabas aquí! Hablaré con Max y...

— ¡No! Estamos bien allí. —su amiga estaba incómoda— Esta casa es para la familia del jefe.

— ¡Tú eres mi familia y Greg también!

—No. — la miró a los ojos— No le digas nada, por favor. Ya hay bastantes problemas. Sabía que le estaba ocultando cosas— ¿Qué ocurre?

—Es que... — miró a su alrededor como si no quisiera que les escucharan— Ya te he dicho que hay conflictos. No nos soportan. El otro día ese Troy empujó a Greg tirándole al suelo cuando intentaba ayudar al cortar leña.

— ¿Qué?

—Le dijo que estaba harto de que fuéramos una molestia. Que sólo había en el grupo viejos y enclenques que no servían para nada. Riéndose le arrebató el hacha diciendo que él terminaría seis horas antes.

Esas palabras enfurecieron a Hannah, que apretó los puños intentando contenerse— ¿Qué más?

—Esta mañana un niño le escupió en la cara a Walter preguntándole por qué no se moría de una vez. —Hannah se llevó la mano al pecho sin poder creer lo que oía— Y a uno de los niños le han pegado una paliza cuando ha cogido una pelota para tirársela a los otros. Mientras le pegaban, le gritaban que no era suya y no debía tocar lo que no era suyo. Todavía debe estar llorando.

Hannah enderezó la espalda— Cuando algo así vuelva a pasar, dímelo.

—Sí, Hannah.

Salieron al exterior y Laura la miró ilusionada— Ven, quiero enseñarte algo.

Caminaron lentamente hacia lo que parecía un almacén, pero al entrar Hannah vio a varias personas que estaban trabajando en unos telares.

—Mira, Laura... — dijo admirada.

—Ya lo he visto. ¿A que es impresionante? He intentado que me enseñaran, pero nadie quiere ayudarme. Varias de nosotras hemos querido aprender, pero...

—Entiendo. — dijo furiosa. Pasaron entre los telares y al final había varias mujeres cosiendo piezas de cuero. Una parecía dar instrucciones a las demás— Perdona.

La mujer levantó la vista y perdió la sonrisa al verlas— ¿Si?

—No somos pedigüeñas. Queremos trabajar para aportar a la comunidad. — puso las manos en las caderas— ¿Acaso no queréis ayuda para trabajar menos? — preguntó como si fueran estúpidas.

—Si tenemos que enseñaros, perderemos el tiempo. — dijo otra mujer molesta.

— ¿Acaso tu naciste aprendida, guapa? — preguntó provocando que cerrara el pico. Se volvió hacia la que había hablado primero— Queremos ayudar.

— ¿Cómo te llamas?

—Hannah y ella es Laura. — su amiga sonrió tímidamente— Te aseguro que no somos tontas y aprendemos enseguida.

—Yo soy Lisset.

Hannah se acercó cojeando y extendió la mano. Lisset entrecerró los ojos— Eres la mujer de Max.

—Exacto.

—Sabía que tenía que haber visto algo en ti. —Lisset les hizo un gesto— Venir conmigo.

—Espera, que Laura va a buscar a las demás para que no tengas que repetirlo mil veces. —hizo un gesto y su amiga salió corriendo.

Lisset la miró con admiración— No, no eres tonta en absoluto.

—Ya te lo había dicho. — miró a su alrededor— ¿Y ahora me quieres explicar por qué no dejáis que colaboremos con vosotros?

La mujer se tensó— No sé de qué hablas.

—Vamos, no me chupo el dedo. No nos queréis aquí.

—No. Tienes que entender que no nos sobran nuestros recursos.

—Lo entiendo. Pero también podemos aportar cosas, ¿no crees? Trabajo, por ejemplo. Pero es muy fácil criticarnos y no dejarnos hacer nada. —Lisset apretó los labios— ¿Con quién tengo que hablar de los hombres para convencerles de que dejen a los míos trabajar?

— ¿Por qué no hablas con tu marido?

—Mi marido no sabe la mitad de lo que está ocurriendo porque los míos no se quejan, ¿verdad? Sólo conoce vuestras quejas y no me las cuenta para que yo no sufra. — Lisset se sonrojó— Pero esa situación va a cambiar, te lo aseguro. ¿Con qué hombre?

—El que más problemas está causando es Troy.

—Gracias. — se volvió empezando a cojear hacia la puerta.

— ¿No te quedas para aprender?

Ella le miró con horror— ¡No fastidies! ¿Yo en un telar? Os volvería locas en dos días.

Varias se echaron a reír y Hannah le guiñó un ojo— Pero Laura estará encantada trabajando aquí.

Lisset asintió sonriendo— Lo tendré en cuenta.

—Gracias.

Caminó hacia la puerta mientras las mujeres la miraban. Sus rizos morenos recién lavados se empezaban a enroscar y una de las mujeres susurró— ¿Habéis visto su cabello? Es increíble.

Cuando salió al exterior tomó aire mirando a su alrededor. ¿Dónde estarían los chicos? Un niño de unos siete años pasó ante ella corriendo y Hannah le cogió por el cuello —Un momento. ¿Qué haces que no estás en el colegio?

— ¿Colegio? No tenemos colegio. — dijo intentando soltarse.

— ¿Estudias en casa?

La miró como si estuviera mal de la cabeza y Hannah se temió lo peor— ¿Sabes escribir?

— ¿Para qué? — el niño se echó a reír— ¿Crees que voy a escribir una carta a alguien?

—Oh, Dios. —le soltó del cuello y el niño salió corriendo— He salido de una cueva para meterme en la edad media.

Vio a un hombre dando martillazos a algo que brillaba y se acercó lentamente para ver que era una espada.

—Perdona. — el hombre siguió dando martillazos— ¡Perdona!

El hombre se volvió con el martillo en la mano y al mirarla se le cayó la mandíbula al pecho. Ella sonrió radiante— ¿Podrías decirme donde está Max, Troy y los demás?

—Han salido a buscar la maquinaria de la mina. Se han llevado los carros.

Hannah entrecerró los ojos— ¿Los carros? ¿Y quién tira de los carros?

El hombre parpadeó— Pues ellos.

— ¿Ellos tiran de los carros? No hay caballos o...

El tío se echó a reír a carcajadas — ¿Caballos? ¿Y de dónde los íbamos a sacar?

— ¿No hay fauna en los alrededores?

—Poca.

—Entiendo. — susurró dándose cuenta de la situación y no sólo por los caballos. Empezaba a entender que debía haber poca caza y ahora eran más. Tendría que buscar una solución. Pensando en ello caminó por la aldea. Porque era una aldea. Hasta había unas mesas de madera que debía ser donde hacían reuniones. Varios niños jugaban por allí y ella vio a algunos de los suyos sentados con las espaldas apoyadas en una de las cabañas.

— Hola, Hannah. — dijo la pequeña Daisy— ¿Estás mejor?

—Sí, gracias. ¿Por qué no estáis jugando con los demás?

—No quieren jugar con nosotros. Dicen que somos tontos.

— ¿Ah, sí? ¿Y quién lo dice?

Daisy señaló a un niño rubio que se reía mirándoles mientras daba un codazo a un compañero que por poco lo tira al suelo —El matón del grupo. —siseó enderezándose.

—Sí. — respondió Daisy sonriendo de oreja a oreja.

—Venir conmigo.

Los niños la siguieron hasta el otro grupo y Hannah los miró con las manos en las caderas —Así que decís que mis chicos son tontos, ¿eh?

—Pues sí. — contestó el rubito con chulería— Mi mamá dice que no sabéis hacer nada y que sólo sois una molestia.

— ¿Y tu mamá sabe cuántas son dos más dos?

—Pues sí. Son cuatro.

— ¿Y veinte por veinte?

El niño miró a su alrededor buscando una respuesta— ¿Daisy?

—Cuatrocientos.

—Ya lo sabía. — dijo el rubio empezando a molestarse.

—Claro que lo sabías. ¿Y sabes el orden de los planetas?

—No. — dijo como si no tuviera importancia.

—Entonces Billy sabe más que tú.

Billy sonrió asintiendo— ¿Quién es el tonto ahora?

—Vosotros sois los tontos.

— ¿Por qué? — preguntó Hannah—¿Por qué lo dice tu mamá?

— ¡Sí!

—Pues llévame hasta tú mamá, a ver quién es la más lista.

Todo el grupo caminó hasta una casita que tenía la puerta abierta— ¡Mamá! ¡Sal!

— Maxi, ¿qué has hecho ahora?

La mujer salió secándose las manos mientras Hannah miraba al niño con los ojos como platos. No podía ser lo que se estaba imaginando. La mujer puso las manos en las caderas. Debía tener unos treinta y cinco años y era preciosa. Tenía los ojos muy azules y unos generosos pechos. Eso por no hablar de su cabello castaño que brillaba bajo la luz del sol — ¿Si? —preguntó con chulería.

— ¿Es usted la madre de este niño?

— ¿No se lo acaba de decir?

— ¿Le importaría decirme por qué le ha dicho que mis chicos son tontos?

La mujer se sonrojó fulminando con la mirada a su hijo, que movió el pie de un lado a otro mirando el suelo con las manos a la espalda —Yo no he dicho eso. He dicho que son más tontos que nosotros, pero me refería a todos. — dijo sin cortarse un pelo.

—Así que soy más tonta que tú. — dijo divertida— ¿En qué te basas para decir eso?

Varios adultos acercaron a escuchar— Pues en que lo sois. No sabéis hacer nada.

— ¿No me digas? ¿Qué sabes hacer tú que yo no sepa?

— ¿Sabes cocinar? — preguntó retándola.

— ¿Sabes trigonometría?

— ¿El qué?

— ¿Sabes hacer ecuaciones?

— ¿Qué es eso?

— ¿Sabes francés?

— ¿Para qué necesito saber francés?

— ¿Por si en la señal de radio hablan ese idioma? — preguntó como si fuera idiota.

La mujer se sonrojó— ¡No sabéis hacer nada que sea útil para nosotros! — varios asintieron.

— ¿Ah, no? Puede que no tengamos la fuerza que tenéis vosotros, pero también sabemos defendernos, ¿sabéis?

La mujer bajó los escalones — ¿No me digas?

Hannah levantó una ceja divertida— ¿Quieres pelear?

—Me encantaría romperte la cara.

Sí que estaban en la Edad Media— Muy bien. — le golpeó la nariz con la palma de la mano y ni se movió del sitio mientras la mujer se tapaba la cara gritando como un cerdo. Sus niños se taparon la boca con los ojos como platos mientras los otros chiquillos gritaban animándolas al igual que los adultos. Si quería fuerza bruta, ella no se iba a cortar ni un pelo. Puede que saliera mal parada, pero no la iban a achantar.

La mujer levantó la vista apartando la mano llena de sangre y por su mirada se dio cuenta de que la mataría con gusto —Perra...

— ¿Sabes deletrearlo?

Gritó tirándose sobre Hannah, que la esquivó en el último segundo provocando que cayera al suelo al hacerle la zancadilla. Hannah hizo una mueca al rozarle la herida del pie— ¿Te rindes? — preguntó a su espalda mientras varios se reían.

— ¿Mamá? — preguntó Maxi indignado— ¡Levanta!

— ¡Vamos Tess, levanta del suelo! — la animó una mujer moviendo los puños de un lado a otro —Machácala.

Hannah puso los ojos en blanco y Laura llegó corriendo con Greg— ¿Qué ocurre aquí?
—Espera, que enseguida estoy contigo. — dijo Hannah con aburrimiento.

Tess gritó furiosa por su desprecio y le lanzó un puñetazo. Hannah se agachó a tiempo y al enderezarse le pegó un tortazo a Tess que le volvió la cara. Volvió a intentar darle otro puñetazo y Hannah se volvió a agachar pegándole un puñetazo en el estómago a la mujer, que la dobló. Hannah la empujó por el hombro haciendo que cayera al suelo de culo y varios se echaron a reír — ¿Te rindes?

—Putá.

—Esa boca. Hay niños delante. —dijo con burla— ¿Sabes? En la mina no teníamos mucho que hacer, pero había un libro muy interesante de defensa personal. Todos sabemos los aspectos básicos y si no los hemos usado es porque tenemos mucho más respeto que vosotros. Ahora ya sabes a lo que te enfrentas. —le dio la espalda yendo hacia Laura que la miraba como si no pudiera creer lo que había hecho. Varios niños gritaron y cuando se volvió no le dio tiempo a esquivar a Tess cuando se le tiró encima de nuevo.

Al caer al suelo se le cortó el aliento, pero reaccionó cuando recibió el primer bofetón. Tess intentó arañarle la cara, pero Hannah consiguió volverse de lado y darle un codazo en la cara. Ahora sí que le había roto la nariz y al caer de espaldas Hannah se colocó sobre ella casi a horcajadas cogiéndola por el cuello— Te lo advierto... — dijo fríamente— como vuelvas a meterte conmigo o con alguno de los míos lo vas a pagar.

— ¿Qué pasa aquí? — gritó Troy apartando a la gente. Al verla sobre Tess entrecerró los ojos— ¿Qué estás haciendo?

—Impartir justicia. — le miró fijamente— ¿Tienes algo que decir?

—Puede...— se cruzó de brazos mostrando sus músculos— ¿Quién te crees que eres para maltratar a uno de los nuestros?

Era lo que le faltaba por oír — ¿Yo la maltrato? Ella quería pelear. —Troy miró a su alrededor y los suyos no tuvieron más remedio que asentir — ¿Tú también quieres pelear?

Greg se enderezó —No puedes pelearte con él, Hannah. Pesa mucho más que tú.

Troy se echó a reír a carcajadas mientras ella se levantaba. Hannah disimuló el dolor que tenía en la pierna, poniendo las manos en sus caderas mientras le miraba de arriba abajo —No podrías conmigo ni aunque volvieras a nacer.

Hannah levantó una ceja — ¿Greg?

—Lo prometimos.

—Esta es una ocasión especial. Vamos... no me hagas quedar mal ahora.

—Pero, Hannah. Nos has dicho que es peligroso. Que no deberíamos hacerlo en serio. — dijo Daisy preocupada — ¡Mira lo que le has hecho a esa señora y casi ni la has tocado!

Hannah miró a Tess que estaba lloriqueando tirada en el suelo mientras su nariz no dejaba de sangrar.

— ¿Qué coño pasa aquí?

Hannah gimió al oír la voz de Max, pero entonces vio a Maxi y se le pasó el remordimiento del todo. Max entró en el círculo y vio a Tess en el suelo— ¿Quién te ha hecho eso?

Todos la señalaron a ella con el dedo y Hannah los miró divertida— Seréis chivatos.

Max se echó a reír— ¿Es broma? —volvieron a señalarla y él perdió la sonrisa poco a poco — ¿Es que estás loca?

—Y no sólo eso. Quiere pegarme a mí. — Troy se partía de la risa.

—Muy gracioso. Eso no es del todo cierto. Tú has dicho que...

—Déjalo, Hannah. — susurró Laura viendo como a Max se le hinchaba una vena del cuello— Ya está lo bastante cabreado.

Miró a Max a los ojos y levantó la barbilla orgullosa— Esa que está ahí tirada, dijo que mis chicos son tontos y yo le he preguntado por qué. Una cosa llevó a la otra y ella quiso pegarme. Así que no he dejado que me pegara. — miró a la mujer del suelo— ¡Y por cierto, no se ataca por la espalda!

Troy apretó los labios disgustado y Max también— Es cierto, Max. — dijo el herrero— Tess la intentó provocar y después se tiró sobre ella.

Max se acercó a Hannah— ¿Te ha hecho daño?

—La que está tirada en el suelo es ella, ¿no? — volvió a mirar a Troy— ¿Y tú qué? ¿También quieres pelear?

—Repito, no podrías conmigo. — al parecer Troy empezaba a verle el punto divertido al asunto.

—Lo haré yo. — dijo Greg dando un paso al frente.

—No. — susurró Laura preocupada.

—Laura... — la advertencia de Hannah hizo cerrara la boca.

— ¿Qué diablos quieres demostrar con esto? ¡Le va a destrozar! — gritó Max furioso.

—No me grites. Quiero demostrar que no todo es tener músculo. El cerebro también es importante.

— ¡Puede que en el pasado cuando se trabajaba detrás de un escritorio, pero en la actualidad ser fuerte es esencial para que la nuestra sociedad avance!

—Y no digo que no sea cierto, pero no todo es fuerza bruta.

—No entiendo qué quieres demostrar aparte de que tu amigo salga de esta con un par de huesos rotos.

—Veremos. ¿Greg?

Richard y Walter estaban observando y negaban con la cabeza. Sabía que nunca estarían de acuerdo con eso, pero ya no estaban en la cueva. El círculo se hizo más grande y Greg se acercó a Troy que seguía de brazos cruzados. Su amigo dejó dos pasos de distancia y se puso en posición. Troy se echó a reír al ver que doblaba las rodillas ligeramente y colocaba las manos a la altura de los hombros.

Max la miró incrédulo— ¿Sabe karate?

—Algo así.

—He oído hablar de él.

—Pues esto te va a encantar. — susurró divertida antes de gritar— ¡Hi!

Fue como si a Greg le accionaran un interruptor. Pegó un salto girando sobre sí mismo golpeando con el talón la cara de Troy que seguía sin moverse. Cayó sin sentido en el suelo todo lo largo que era, dejándolos a todos con la boca abierta.

— ¡Bien! — Laura se acercó a Greg y chocaron las palmas en lo alto antes de abrazarse.

Max miró incrédulo a Hannah— Bueno, ¿qué te ha parecido?

—Muy interesante.

—Gracias. ¿Quieres que te enseñe? —la miró como si fuera un extraterrestre y ella se echó a reír— Si te portas bien, te enseñaré.

Tess ya se había levantado— ¿No vas a decirle nada después de lo que me ha hecho?

—Tú te lo has buscado. —respondió Max fríamente.

—Bonito ejemplo para tu hijo.

Varios jadearon de horror y Max la miró como si quisiera matarla. Maxi salió corriendo y Hannah simplemente esperó — Te recuerdo que Maxi no es hijo mío y dudo que sepas de quién es.

Tess se echó a reír dejándola asombrada. Si el padre de su hijo le dijera algo así ella le sacaría los ojos —Claro que es tuyo. Es tu viva imagen.

—Cierra la boca, Tess. — dijo Penny fríamente.

Max cogió de la mano a Hannah— Vamos, nena. Ya te has pasado mucho tiempo de pie.

— ¿La princesita tiene que sentarse? — preguntó Tess con burla.

— ¡La princesita te ha pateado el culo con una herida en el pie y puntos en la otra pierna! — gritó Penny furiosa — Ahora cierra la boca antes de que sea yo quien te la parta.

Max tiró de Hannah y todos vieron que cojeaba —Tumbate en la cama. —ordenó Penny— Subiré a revisar la herida en cuanto le coloque la nariz y revise a Troy que sigue sin sentido.

—Gracias, Penny. — pasaron al lado de Troy que seguía tirado en el suelo con los brazos en cruz y con la boca abierta, sin que nadie le hiciera caso.

Max gruñó mirando a su amigo y ella soltó una risita— Menuda bronca se va a llevar en cuanto se despierte.

—Será flojo. Nos ha dejado fatal.

Hannah ya no pudo resistir la risa y sus carcajadas se escucharon en el grupo que se volvió para mirarlos.

—No deberías estar tan satisfecha. Has empeorado las cosas.

—He dejado claro que a nosotros no se nos puede pisar. — levantó la barbilla orgullosa soltando su mano y entrando en la casa.

Él la observó cojear hasta la escalera y cogiéndose a la barandilla, empezó a subir apoyando el pie herido en el escalón, para subir la pierna herida casi sin doblar la rodilla. Max puso los ojos en blanco al ver el mismo sistema para el siguiente escalón y la cogió en brazos antes de darse cuenta— ¿Te duele?

— ¿El qué? — maliciosa abrazó su cuello.

—Lo que sea.

—Estoy bien. —le besó en la oreja y Max se dio más prisa para subir haciéndola reír— No te dará tiempo. Viene tu tía.

—Soy muy rápido. — dijo haciéndola reír cuando entraban en la habitación— Además se irá si la puerta está cerrada.

La dejó sobre la cama y sorprendiéndola fue hasta su pie para quitarle su calzado. Frunció el ceño al ver que la herida del pie había sangrado— Decidido te quedas en la cama.

Sorprendida miró el pie— Ni me he dado cuenta.

— ¡Porque estabas soportando el dolor! ¡Se acabó! ¡Te quedarás en la cama hasta que se te curen las heridas! ¡Así sólo retrasarás tu convalecencia y de paso no crearás problemas!

Jadeó indignada— ¡Yo no creo problemas! ¡Y ya me estás explicando eso de que tienes un hijo secreto!

— ¡No tengo un hijo secreto! ¡Tess es una de las viudas de las que te hablaba!

— ¡Es igualito a ti!

Él se sonrojó y se pasó la mano por su cabello apartándolo de la cara— Es que también se acostaba con mi padre.

Asombrada abrió la boca con los ojos como platos— ¿Es tu hermano?

— ¡No lo sé! ¡Puede ser de otro por lo que yo sé! Tess es muy amable con sus favores.

— ¡Qué manera más delicada para decir que es un pendón!

Max hizo una mueca— Hace un servicio a la comunidad. ¡Hay muchos hombres solteros!

Hannah le miró fijamente y la imagen del niño cuando salió corriendo pasó por su mente. Maxi no tenía la culpa de a lo que se dedicaba su madre. Y necesitaba una figura paterna en su vida. Apretó los labios entrecerrando los ojos.

Max se tensó— ¿Qué se te está pasando por la cabeza?

—Tendrás que hacerte cargo del niño.

— ¿Qué?

— ¡Tendrás que comportarte como lo haría un padre! No puedes dejarle criarse como si nadie le quisiera por lo que hace su madre.

— ¿No te das cuenta que es lo que ella quiere? Por eso le puso mi nombre.

—Me da igual. ¡El niño no tiene la culpa y seamos sinceros... todos piensan que es hijo tuyo! ¿Te das cuenta cómo se tiene que sentir el niño? ¡Además no sabes si no es hijo tuyo! ¡Existe la posibilidad, así que te harás cargo de él!

— ¡Tiene a su madre! — Max se estaba poniendo muy nervioso.

— ¿Qué te da miedo?

Max la fulminó con la mirada— No tengo miedo de nada y menos de un niño.

— ¡Oye! ¡A mí no me mientas! ¡Es un niño! Está deseando que le quieran.

Su marido apretó los labios— ¡Acabas de llegar y ya estás metiendo las narices donde nadie te llama! — gritó yendo hacia la puerta.

— ¿No querías ser mi marido? ¡Pues te fastidias! ¡Yo no pedí el puesto!

Él gruñó cerrando de un portazo. Penny entró un segundo después y sonrió a Hannah— Ya era hora de que alguien le dijera cuatro cosas.

— ¿Estás de acuerdo?

—El pobre Maxi no tiene la culpa de nada y tiene que soportar que otros niños se rían porque su padre no le quiere. —Hannah apretó los labios disgustada— No te preocupes. Ahora Max pensará en ello y hará lo correcto.

—Más le vale...

Capítulo 5

Cuando su marido llegó a la cama esa noche estaba muy contento— ¿Qué ha ocurrido para que tengas esa cara? — preguntó ella poniéndose de lado mientras se desvestía.

—La radio. La he encontrado.

—La tenía Walter, ¿no?

Su marido la miró sorprendido— ¿Si lo sabías, por qué no me lo has dicho antes?

—Esperaba que te la diera él.

— ¡Ese viejo cabezota la llevaba escondida entre sus cosas! La ha encontrado Raul en un registro.

Asombrada se sentó en la cama— ¿Le habéis registrado?

— ¿Tú qué crees? — se sentó en la cama para quitarse sus botas— Hemos encontrado en el registro hasta una granada de mano.

—Ese chisme no funciona. — dijo divertida— El señor Peters la tenía de recuerdo. La había llevado su abuelo a la mina.

— ¿Y no se te ocurrió decirme que había ametralladoras y un montón de cosas más?

—Eran para protegerse. Cuando se encerraron no sabían lo que iba a pasar. — parpadeó viendo como se tumbaba suspirando como si estuviera agotado— ¿Te servirán de algo?

—No las he probado. Nunca he probado ninguna. — sonrió como un niño— Son geniales.

—Ten cuidado. Son peligrosas.

—Hay munición para una guerra.

—Ese cuarto siempre ha estado cerrado con llave. — se tumbó a su lado— Debes devolver la granada al señor Peters. Es un recuerdo.

—Ese recuerdo puede ser muy útil.

—Es suya.

—No voy a dejar un arma peligrosa para todos en manos de ese hombre. ¿Y si se le cruza un cable? El ambiente está muy caldeado.

— ¡El señor Peters enseñaba la Biblia en la mina! ¡No se va a volver chiflado de repente! ¡Devuélvesela!

—Lo pensaré.

Le daba la sensación que lo decía para quitársela de encima. Max bostezó y a ella no le extrañó nada porque la noche anterior casi no había dormido y llevaba todo el día trabajando como un mulo. Eso por no hablar de la sesión de sexo del medio día. Maliciosa le acarició el pecho. Su mano blanca destacaba sobre su pecho moreno— Estas muy duro. — dijo sensualmente pegándose a él. Max levantó una ceja divertido, pero no comentó nada mientras la mano de Hannah bajaba por su vientre arañando sus abdominales— Maxi es muy guapo.

—Me acabas de cortar todo el rollo.

Hannah sonrió de medio lado mirando sus ojos— ¿Me harás un hijo así?

A Max se le cortó el aliento— Joder, nena...— la cogió por la nuca y la besó como si estuviera sediento. Se apartó para mirar sus ojos que brillaban de deseo— Te haré diez si me dejas.

Hannah sonrió y su mano bajó hasta su miembro que ya estaba endurecido. Se lo acarició suavemente haciéndole gemir— ¿Y a qué esperas? — preguntó antes de besarle el labio inferior.

Max la tumbó boca arriba en la cama tomando el control del beso y durante varias horas no pensaron en nada más que en darse placer.

Al día siguiente escuchó como Max se levantaba. Hannah abrió los ojos y apretó los labios al ver que estaba agotado. Necesitaba ayuda. No podía encargarse él de todo.

Max se volvió abrochándose los pantalones y vio que estaba despierta— Duerme, nena. — ¿Qué vas a hacer hoy?

—Volver a la mina. Tenemos que hacer tres viajes al menos. Peter y Richard vendrán con nosotros para revisar si queda algo en alguno de los túneles.

—Ten cuidado. ¿Me lo prometes? Estás cansado.

—Es que tengo una mujer muy exigente. — arrodilló una pierna sobre la cama y se acercó para besarla en la boca. — Duerme. Y no quiero que te levantes de la cama.

—Claro.

¿Para qué discutir? De todas maneras, no la iba a ver. Sonrió cuando salió de la habitación y veinte minutos después ella estaba lista para bajar a desayunar. No le costó encontrar la cocina donde Marguerite, Rose y Penny la miraron asombradas— No soy un fantasma. —dijo divertida.

— ¡A la cama! — ordenó Penny señalando la puerta.

Unió las manos rogando— Por favor. Me aburro un montón.

Rose y Marguerite sonrieron, pero Penny volvió a señalar la puerta.

—Mamá, puede estar sentada.

—Rose, no te metas. Max ha sido claro.

— ¿Os ha dicho que no puedo levantarme?

— ¡Lo ha ordenado! ¡A la cama!

—Va, no se enterará. Será un secretillo nuestro.

Marguerite soltó una risita y ella le guiñó un ojo acercándose al hogar. Era muy parecido al que ellos tenían en la mina. Lo habían construido con ladrillo y ellos lo habían alimentado con el propio carbón de la mina, pero el de la casa se alimentaba con leña. Qué bien olía. Se acercó a la olla que estaba al fuego y vio los cereales con leche— Mummm, qué rico. Yo quiero, yo quiero...

Todas se echaron a reír y Rose le acercó un cuenco— Gracias, ¿qué vais a hacer hoy?

—Ya que no tengo que cuidarte, volveré al taller. — dijo Penny sentándose a la mesa.

— ¿Al taller? ¿De qué?

—Mamá tiene talentos ocultos. — dijo Rose divertida— Talla la madera.

La miró admirada— ¿De veras? ¡Me encanta!

— ¿Quieres venir? Puedo ponerte a hacer algo.

—Como hobby me encantará, pero hoy voy a reunir a los niños para darles clases.

Todas se la quedaron mirando— ¿Qué? — se sentó en la mesa cogiendo la cuchara de madera — ¿Ocurre algo?

— ¿Clases de qué? — preguntó Marguerite.

— De lo que sea. De todo. Así estarán entretenidos.

— Los niños trabajan por las mañanas. — dijo Rose— No sé si ahora podrán hacer nada.

— ¿Trabajan? ¿En qué?

— Los niños se encargan de los huertos.

Eso la dejó de piedra porque los niños en la mina no hacían nada que no fuera estudiar y jugar con lo que podían. Pero allí podía entenderlo. Eran muchos y había mucho trabajo que hacer.

— Muy bien. Entonces iré contigo Penny. Por la tarde organizaré algo para ellos.

Marguerite se la quedó mirando sin desayunar y Hannah masticando preguntó— ¿Qué ocurre, cuñada?

— Cuñada... prepárate para que los padres te pongan verde.

— ¿Por qué?

— Si pretendes hacer que aprendan algo, muchos se pondrán en pie de guerra pensando que es una tontería enseñarles cuando no hay nada ahí fuera.

No se podía creer lo que estaba oyendo— ¿Vosotras sabéis leer?

— Nosotras sí, porque la tía se ha encargado de enseñarnos. Pero muchos piensan que es una pérdida de tiempo.

— ¡Eso es retrobado! ¡Puede que ahora vivamos como la Edad Media, pero no podemos dejar que los conocimientos que tanto nos ha costado descubrir se pierdan en el pasado! El conocimiento es el futuro. ¡Y nos aprovecharemos del conocimiento de nuestros antepasados para avanzar!

Las tres asintieron y Penny dijo— Deberías hablar con los padres. Si les dices eso, nadie podrá negarte que tienes la razón. Es una pena que todos esos libros se pudran sin abrirlos. Max tuvo que luchar para que no los quemaran el invierno pasado.

Hannah jadeó indignada— Eso no va a pasar mientras esté yo aquí.

Continuaron desayunando y preguntó— ¿Dónde están los libros?

Todas se echaron a reír— No te fías, ¿eh? —preguntó Marguerite.

— Sería un sacrilegio.

— Están en el almacén donde tenemos las cosas de uso común. Allí se puede coger lo que se necesita y cuando se termina se devuelve. — le comentó Rose.

— ¿Y devuelven los libros?

— Ni los tocan. —respondieron las tres a la vez riéndose después.

— ¿Y hay muchos?

— Unos quinientos.

Hannah abrió los ojos como platos— ¿De veras? ¡Eso es genial!

— Díselo a los hombres, que opinan que ocupan mucho espacio. — Marguerite se levantó llevando el cuenco hasta el fregadero que en realidad era un barreño con agua.

— ¿Crees que si les convenzo construirían una escuela?

Las tres la miraron con los ojos como platos. —Uy, uy, uy...— dijo Rose levantándose también.

— ¿Que?

—Mira, voy a ser franca porque no quiero que te hagas ilusiones. — dijo Penny— Tienen que hacer cabañas para los tuyos, así que dudo mucho que la escuela esté entre sus prioridades.

Hannah se mordió el labio inferior entendiéndolo. Sonrió sin darse por vencida— Da igual. Les enseñaré al aire libre.

—Tú misma. —Penny divertida siguió desayunando.

—Me voy a trabajar. — dijo Marguerite.

— ¿Y tú qué haces?

—Lavo la ropa. — hizo una mueca— Lo odio, pero alguien tiene que hacerlo.

—No te quejes. Sólo trabajamos por la mañana. — le explicó Rose— Por la mañana todo el mundo deja lo que tiene para lavar ante su puerta y nosotras nos encargamos con dos más. Cuando tendemos hemos terminado. Normalmente sólo trabajamos por la mañana.

— ¿No se lava cada uno lo suyo?

—No, porque se gasta más agua y jabón. Es una manera de ahorrar de todo.

— ¿De dónde sacáis el agua?

—Del pozo. Pero en verano puede haber sequías, así que debemos ahorrar agua. — dijo Marguerite yendo hasta la puerta— Hasta la comida.

Cuando se quedaron solas Penny y ella preguntó— ¿Y por qué la comida no se hace en grupo también?

—Somos muchos. Es un caos porque faltaba comida o sobraba. Además, era para volverse loco con gente chillando y los niños corriendo entre las mesas. El padre de Max ordenó que cada uno comiera en su casa, excepto en las fiestas.

—Entiendo. ¿Y cuándo hay fiestas?

—En Navidad. En Año Nuevo. —se encogió de hombros— El día de la Independencia.

— ¿Seguís celebrándolo?

—Oh, sí. Desde el encierro se sigue celebrando. Y también el veintinueve de agosto.

— ¿Qué se celebra ese día?

—Es el día que salimos nosotros.

—Entonces ahora también tenemos que celebrar el catorce de marzo. — sonrió levantándose— ¿No crees?

—Claro. Es el día que salisteis y el día en que llegasteis a nosotros. Lo apuntaremos en el programa de fiestas.

— ¿Te estás choteando?

Penny se echó a reír levantándole— ¿Yo? Que va.

—Muy graciosa.

En el taller de Penny se hacía de todo. Trabajaban hombres y mujeres. Allí se hacían muebles, puertas y hasta platos para surtir a la comunidad. Penny estaba labrando una cunita que era preciosa — ¿Y esto?

—Seryl tendrá a su bebé en dos meses y le estoy haciendo la cuna.

— ¿No hay cunas de los anteriores partos?

—Claro que sí, pero sólo se regalan cuando se sabe que no va a haber más hijos en la familia. Y normalmente pasan de madre a hija.

— ¿Seryl no tiene la de su madre?

—Seryl y su madre no se hablan. Tiene dieciséis años y su madre todavía puede tener más hijos.

— ¿No se hablan?

—Seryl se casó con el mejor amigo de su padre y su madre no lo soporta.

—Es una pena. — acarició la madera de la preciosa cuna— Yo no conocí a mi madre.

—Lo siento.

Se encogió de hombros— Dicen que no se puede echar de menos lo que no has conocido, pero eso es falso.

—Lo sé. Yo echo de menos las hamburguesas y la coca cola.

Hannah se echó a reír a carcajadas asintiendo y se sentó en una silla frente a Penny—
¿Qué hago?

—Acerca la silla a esta mesa.

Le dio una tabla y un trozo de carboncillo — ¿Ves ese dibujo? — le señaló un dibujo que tenía en frente en un cabecero de cama — ¿Puedes imitarlo?

—Creo que sí.

—Pues lo marcas con el carbón para que luego yo pueda sacar la madera sobrante.

—Muy bien.

—La cama de Max no tiene grabados. ¿Por qué?

—La hizo él mismo. — dijo orgullosa — La quería robusta porque ya había roto tres.

—Pues lo es. — susurró divertida.

Penny se echó a reír. —Muchos dicen que es una tontería porque perdemos tiempo, pero a todos nos gusta tener cosas bonitas.

—Tienes toda la razón.

Se pasaron toda la mañana en el taller y cuando volvieron a la casa Hannah tuvo la mala suerte de que Max llegaba en ese momento con una caja de madera en las manos. Entrecerró los ojos viéndola entrar a toda prisa y la siguió al interior — ¿Nena...?

— ¿Si? — se volvió sonriendo mientras Penny desaparecía en la cocina.

— ¿Qué haces levantada?

—He estado sentada toda la mañana.

—No te he preguntado eso.

— ¡Me aburría! Son mis piernas y yo decido.

— ¡No! ¿Ves cómo no lo entiendes? — dejó la caja sobre la mesa del salón— ¡Son mis piernas y yo decido!

Chasqueó la lengua cruzándose de brazos— ¿Qué es eso?

—Tus cosas.

Chilló acercándose y vio sus dibujos, sus libros y varias cosas más. Le miró con lágrimas en los ojos sin saber por qué se emocionaba por esas tonterías —Gracias.

—Dame un beso que tengo que volver.

— ¿No te quedas a comer? — rodeó su cuello con sus brazos— Nunca comemos juntos.
— le besó mientras él la cogía por la cintura.

—Preciosa, tengo cosas que hacer.

—Vale. ¿Puedo preguntarte algo?

Él entrecerró los ojos— Depende.

— ¿De qué?

—De si es para meterte en un lío.

Ella carraspeó apartándose —Depende.

— ¿De qué?

—De cómo lo veas tú. Para mí es un avance.

—Bien, suéltalo que tengo que irme de nuevo a la mina.

—Los niños...

—No.

Parpadeó alucinando— ¡Si no me has escuchado!

— ¡Los niños son cosa de sus padres!

—Sobre eso. ¿Has hablado con Maxi?

Exasperado su marido se dio la vuelta— ¿Eso es que no? — puso las manos en las caderas— ¡Pues ya estás hablando con el niño! — Max salió de la casa sin mirarla siquiera— ¿Me has oído? — gritó desgañitada. Dejó caer los hombros al ver que no le hacía ni caso.

En cuanto entró en la cocina se puso a ayudar a Penny y se olvidó del asunto. Hasta que terminó la comida. Laura estaba en el telar y pasó a saludarla. Allí estaba Maxi con las manos llenas de lana esperando que una de las mujeres hiciera una madeja.

Se acercó a él sonriendo—Hola, Maxi. — el niño la miró con desconfianza— ¿Cómo está tu madre?

—Le duele la nariz.

Hizo una mueca — ¿Quieres que juguemos a algo?

— ¿A pegarnos?

¿Lo olvidaría alguna vez?

—No, a pegarnos no. ¿Qué te parece al escondite?

—Eso es muy aburrido. —la mujer que hacia la madeja sonrió divertida.

— ¿A qué quieres jugar tú?

—A pegarnos.

Lo que le faltaba. Aprender a pegar golpes —Ya te he dicho que a pegarnos no.

—Ya está. — dijo la mujer terminando el trabajo.

Maxi se bajó de un salto de la silla y puso las manos en las caderas— Pues yo quiero jugar a pegarnos como tú y mamá.

—Se dice como mamá y tú.

Antes que se diera cuenta el niño le pegó una patada en la pierna y salió corriendo. Hannah no emitió un solo sonido mientras su piel palidecía aún más —Este niño...— dijo la mujer enfadada dejando la madeja sobre una mesa.

Un hilillo de sangre cayó por su pierna y la mujer se asustó— ¿Te ha hecho daño?

— ¿Puedes decirle a Laura que venga?

La mujer se alejó a toda prisa llamando a gritos a Laura. Estupendo, ahora se enteraría todo el mundo.

Su amiga se acercó corriendo— ¿Qué te pasa?

—Ayúdame a llegar a casa.

— ¡Estás sangrando! — la cogió por la cintura, pero no es que ella tuviera muchas fuerzas — ¡Espera, voy a buscar ayuda! —salió corriendo y con ayuda de la mujer se sentó en la silla. La mujer le levantó el vestido y Lisset se arrodilló ante ella.

—Oh, Dios. Se ha abierto la herida. El jefe se va a cabrear.

—No diréis nada. ¿Entendéis?

Las mujeres se callaron mirándose de reojo y en ese momento entró Greg corriendo con Laura detrás — ¿Qué ha pasado?

—Nada. Me he caído.

Su amiga frunció el ceño e iba a decir algo, pero al ver su mirada cerró la boca. Greg la cogió en brazos y la sacó del taller mientras todos la observaban. Cuando llegó a la casa Penny estaba cosiendo en el salón y al ver la situación ordenó— Súbela a su habitación.

—Menuda bronca que me va a caer. — dijo en voz baja mientras su amigo subía las escaleras.

—Conociéndote, seguro que te la mereces.

—Vaya, gracias. La puerta de la derecha.

Su amigo la metió en la habitación y miró alrededor— Menuda choza.

— ¿A que sí? — sonrió encantada —Te gusta, ¿eh?

—Mejor que el suelo de esa bruja donde estamos nosotros— la tumbó sobre la cama.

—Lo siento.

—No tienes que sentirlo. Es provisional. — sonrió encantado— Estamos fuera y dentro de poco tendremos nuestra propia casa.

Penny entró en la habitación con la bandeja— Vamos a ver que te has hecho.

—Será mejor que me vaya.

—Espera que te presento. Ella es Penny, la tía de mi marido. Él es Greg, el marido de Laura.

—Encantado, señora.

Penny asintió mirándole de arriba abajo— ¿No tienes nada que hacer?

Greg se sonrojó— Pues no mucho, la verdad.

— Pues traernos leña para el hogar, ¿quieres? Mientras me ocuparé de este desastre.

—Cuando hablas de desastre no te refieres a mí, ¿verdad?

— ¿Tú qué crees? — preguntó entre dientes levantando la túnica— Mierda.

La venda estaba llena de sangre y la fulminó con la mirada— ¡No me mires así! No ha sido a propósito.

—Entonces serías idiota y no tienes pinta.

Exasperada se dejó caer sobre las almohadas— Max se va a cabrear.

—Y que lo digas. Ya puedes tener una buena excusa.

—Maxi no me soporta.

— ¿Ha sido el niño?

—No sabía que tenía la herida ahí. Sólo ha sido una patada de nada.

—Pues no se lo digas.

—No pensaba hacerlo. Diré que me he caído.

—Eso. Vale más que piense que eres torpe a que la tome con el niño.

— ¡No la tomaría con el niño! —Penny la miró levantando una ceja— ¡No la tomaría con el niño!

—Si tú lo dices...

— ¿Por qué lo crees?

—Porque está harto de los rumores sobre que es el padre de Maxi. Creo que no lo es.

— ¿Y tú cómo lo sabes? Son igualitos.

—Me lo imagino.

— ¿Y qué te imaginas?

—Pues que... — abrió los ojos para hacerla entender— Dentro no. Fuera. ¿Entiendes?
— ¿Te refieres a la marcha atrás? Todo el mundo sabe que eso no funciona. Tenía un libro sobre sexología... ¿por cierto dónde estará?

—Céntrate, Hannah. El hecho es que él no lo cree.

—Necesito ese libro. — gritó al sentir como levantaba la venda— ¡Joder!

—Se ha pegado la sangre a la venda. — suspiró como si no pudiera con ella— Hablo en serio Hannah. Debes quedarte en la cama.

—Muy bien. —susurró dándose por vencida.

—Tendré que coser de nuevo. Espero que no se te infecte.

Hannah soportó el dolor lo mejor que pudo y se tomó el tónico de nuevo. Cuando llegó Max a casa, escuchó sus gritos desde el piso de abajo. Al parecer estaba de mal humor y ella estaba deprimida, así que no era su mejor momento para discutir. Max abrió la puerta de golpe y cerró de un portazo fulminándola con la mirada. Tirada en la cama no movió el gesto mientras él se acercaba hasta la cama. Cogió la sábana y tiró de ella con fuerza dejándola en cueros. Pero él no se fijó en eso, sino en la venda que le cubría la pierna —Dime que lo que me acaban de contar no es así.

— ¿Y qué te han contado?

Él entrecerró los ojos— Sabes de lo que estoy hablando.

—He tenido un pequeño accidente. No es nada. — se sentó cogiendo la sábana y tapándose de nuevo —¿Cómo te ha ido el día?

— ¿Te ha pegado el niño? — gritó él furioso.

—Fue un accidente. No lo hizo a propósito. ¿Cómo te ha ido el día? ¿Has encontrado algo interesante?

—No te moverás de la cama hasta...

—Que te cures. Sí, ya lo he oído antes. — dijo con aburrimento. Se volvió dándole la espalda— Estoy cansada. Ese tónico es la bomba.

—Nena... — se sentó a su lado apartando su cabello del hombro— Lo digo en serio.

Suspirando se tumbó boca arriba y se miraron a los ojos— Lo sé. No te preocupes, estoy bien.

— ¿Qué haría si te pasa algo? No tengo con quien sustituirte.

—Muy gracioso. — sonrió sin poder evitarlo— Tienes a Tess.

—Tú sí que eres graciosa. — le dio un beso en la punta de la nariz y otro en el labio superior que la hizo suspirar.

Se abrió la puerta de golpe sobresaltándolos y Laura entró pálida en la habitación con los ojos llenos de lágrimas— ¡Es Greg!

— ¿Qué? ¿Qué pasa?

— ¡Le han matado! — gritó histérica poniéndole los pelos de punta— ¡Han matado a mi hombre!

Max se levantó a toda prisa y la cogió por los brazos al ver que estaba en shock— ¿Qué estás diciendo?

— ¡Está muerto! — gritó histérica.

—Laura, ¿dónde está?

— ¡En casa, tirado en el suelo rodeado de sangre! — temblaba con evidencia y Hannah se levantó de la cama cogiendo su vestido.

Se lo puso a toda prisa y Max la miró— Ocupate de ella mientras voy a su casa.

—Sí, vete. Vete a ver qué ocurre.

Los gritos fuera de la casa les indicaron que había pasado algo y Max salió corriendo. Fue hasta su amiga y la abrazó con fuerza— Tranquila.

—Le han matado. — susurró como si no se lo creyera— ¿Quién le ha matado?

Penny subió las escaleras corriendo —Hannah, baja. Va a haber problemas.

Palideció al darse cuenta de lo que quería decir y le dijo a la tía de su marido— Ocúpate de ella. Dale algo para que se calme. —acarició el cabello a su amiga— Vuelvo enseguida. Te lo prometo.

Laura asintió y Penny se hizo cargo de ella mientras Hannah bajaba las escaleras todo lo aprisa que podía. Al salir al exterior vio a un montón de gente arremolinada ante una casa. Todo lo rápido que pudo se acercó hasta allí, donde varios de los suyos gritaban pidiendo justicia. Apartó a varios para pasar y llegó hasta Richard que gritaba muerto de dolor que aquello era una injusticia.

—Richard, por favor. Ahora no es el momento. Primero vamos a ver qué ocurre.

— ¿Qué ocurre? Ocurre que le han matado.

— ¡No está muerto! — gritó alguien desde dentro de la casa.

Hannah subió los escalones y Richard la siguió. Troy y Max estaban al lado de Greg que tirado en el suelo estaba rodeado de sangre. Hannah se tapó la boca para evitar el grito de rabia que pugnaba por salir. ¿Quién le podía haber hecho eso a su amigo? Miró a Richard con lágrimas en los ojos mientras Max taponaba la herida con un trapo— ¡Qué alguien vaya a buscar a Penny! — gritó ella acercándose a la puerta.

— ¡Estoy aquí! —respondió su amiga entrando en la casa. En cuanto vio la situación negó con la cabeza como si no pudiera creerse esa situación —Dios mío. — se acercó arrodillándose a su lado sin importarle la sangre y le dijo a Max— Déjame ver.

Max levantó el trapo y un chorro de sangre salió de una herida alargada— No podemos hacer nada. — dijo mirando a su sobrino— No tengo ni los conocimientos ni el material para salvarlo. — miró a Hannah que se echó a llorar— Lo siento.

Richard la abrazó por los hombros pegándola a él. Hannah se apartó acercándose a su amigo y se agachó a su lado cogiendo su mano. No podía dejarle morir solo. Mientras lloraba, se llevó la mano a su pecho y le susurró— ¿Recuerdas cuando éramos pequeños y me enseñabas que no debía tener miedo a los golpes? Los golpes nos hacen más duros, me decías. Este es sólo otro golpe, pero nos volveremos a encontrar, ¿verdad? Te quiero. Y cuidaré de Laura. — sabía que no la escuchaba, pero quería decírselo.

En ese momento entró Peter y al ver a su mejor amigo en el suelo gritó de dolor. Max se acercó a él y le agarró al darse cuenta que se iba a tirar sobre su amigo —No se puede hacer nada, Peter.

En ese momento Hannah apretó la mano de su amigo y supo que ya no estaba con ellos. Se echó a llorar y abrazó su pecho, susurrándole al oído con la voz entrecortada— Lo va a pagar. Te lo juro. Quien te ha hecho esto, lo pagará con su vida.

—Penny, por favor. — dijo Max muy serio— ¿Puedes encargarte de Greg?

—Lo prepararé.

— ¡No! — gritó ella desgarrada— Nosotros lo haremos. ¡Lo hará su familia!

Richard asintió mientras Peter salía de allí furioso. Se acercó y la cogió por el hombro — Déjame, pequeña. Tú estás herida. Nosotros nos encargamos. Vete con Laura.

Max se acercó a su esposa y la cogió por la cintura apartándola de Greg suavemente— Vamos nena, tienes que ir con tu amiga.

Hannah asintió y se dejó llevar sin poder apartar la vista de su amigo. Max la sacó de la casa y la abrazó a él mientras la gente se apartaba al ver su dolor. Su marido la cogió en brazos cuando tropezó y ordenó— Troy, interrógalos a todos.

—No. — Hannah levantó la cabeza y le miró con los ojos llenos de dolor— Lo harás tú. Tú descubrirás quién es el cabrón que le ha matado.

—Nena, Troy lo hará...

— ¡No! ¡Lo harás tú! ¡Sino no vuelvas a dirigirme la palabra! ¡Tú tenías que haberle protegido! ¡Él vino aquí y alguien de los tuyos le ha matado! ¡Tenías que haberle protegido!

Max palideció y cuando entró en la casa, la llevó hasta la habitación donde Laura estaba llorando tirada en su cama mientras Rose y Marguerite la consolaban. Hannah en cuanto vio a su amiga se echó a llorar y Max la sentó en la cama. Laura se sentó y se abrazaron con fuerza mientras su marido salía de la habitación en silencio.

Capítulo 6

Fue una noche terrible porque su amiga estaba inconsolable. Peter y ella también estaban rotos de dolor, así que los tres en la habitación se intentaron consolar mutuamente. Algo totalmente imposible. Su amiga intentando desahogarse hablaba de él continuamente intentando comprender porque alguien haría algo así. A Greg, que era la persona más buena del mundo.

A la mañana siguiente Penny llamó a la puerta y abrió lentamente. Los tres estaban callados mirando al vacío— Todo está preparado y Max quiere hablar con vosotros.

Hannah la miró — ¿Y dónde está?

—En el salón.

Hannah asintió y se levantó de la cama alargando la mano hacia Laura— Vamos.

—No, yo no voy.

—Eres su esposa. ¿No quieres saber qué ha ocurrido?

Los ojos de su amiga se llenaron de lágrimas— ¿Para qué? No me lo van a devolver...

Peter no esperó y salió de la habitación deseando venganza —Duerme un poco. Volveré enseguida.

Salió de la habitación cerrando la puerta y bajó las escaleras ignorando el dolor de la pierna que la estaba matando. Cuando llegó abajo, Peter impaciente caminaba de un lado a otro y Max en cuanto la vio se levantó de la silla donde estaba sentado con sus amigos.

— Hannah, siéntate.

—No. Me quedo de pie. — se apretó las manos y miró a los ojos a su marido— ¿Ya sabes lo que ha pasado?

—No sé cómo decirte esto. Siéntate, por favor.

Hannah palideció porque todo aquello ya era lo bastante duro como para que le dijera algo así. Se acercó lentamente hasta él y se sentó en su silla— ¿Qué ha pasado? — preguntó casi sin voz— ¿Quién lo ha matado?

Su marido se agachó y la cogió de las manos— Nena, esto va a ser muy duro de aceptar para ti.

Los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas mirando sus ojos grises que parecían torturados— Hace años cuando salieron de su encierro, dos personas del grupo estaban desorientadas y sufrieron episodios de locura después de tanto tiempo bajo tierra. Aunque no llegaron a algo así, sí que hubo un herido.

— ¡Dios mío, Max! ¡Acaba de una vez! — gritó de los nervios.

Su marido apretó sus manos—Ha sido...

Un golpe en el exterior como si algo cayera al suelo, seguido de varios gritos de horror la hicieron palidecer— ¡Laura! — gritó Richard desgarrado.

Pálida como la nieve miró a su marido y mientras las lágrimas caían por sus mejillas gimió— No....

—Lo siento, preciosa.

—Laura no. — se levantó de golpe tirando la silla y corrió hacia el exterior donde un grupo estaba mirando algo en el suelo.

— ¡No! — gritó Max mientras desquiciada corría hasta allí para apartar a empujones a la gente. Su amiga del alma estaba tirada en el suelo como una muñeca rota y sonrió cuando la vio.

— ¡No, no! — se arrodilló en el suelo abrazándola mirando a su alrededor— ¡Ayudarla!

—Lo siento. —susurró su amiga al oído— Le amaba. De verdad que le amaba, pero no sé qué me pasó.

—Te pondrás bien. Penny te curará. — la miró a la cara y le apartó nerviosa el pelo de la cara, ignorando la sangre que salía por su boca.

Penny y Rose se tapaban la boca sufriendo por ella, mientras que Hannah rota de dolor perdía a la persona que la había acompañado toda su vida.

—Oh, Dios. — susurró Richard con los ojos llenos de lágrimas. Walter con sus ochenta años se arrodilló a su lado— Se ha ido, pequeña. Déjala. Nosotros nos encargaremos de ella.

—No. — susurró rota de dolor— No se ha muerto.

Max se agachó a su lado y cogió sus manos con delicadeza apartándola de su amiga— No, Max. Se pondrá bien. Tiene que ponerse bien. No quería hacerlo. Ella le quería mucho.

—Lo sé. Sé que le quería. Pero no podía vivir con la culpa de lo que había hecho. — la apartó y Richard sujetó a Laura con delicadeza cogiéndola en brazos. Se giró para llevársela y Hannah no lo soportó más. Gritó de dolor y Max la abrazó a él sujetándole los brazos, impidiéndole que se levantara mientras se la llevaban.

—Max, llévatela dentro. — dijo Penny preocupada por ella.

Max la cogió en brazos y ella se abrazó a él llorando sobre su pecho. Peter estaba llorando en el salón, sentado en una silla mientras se mesaba sus cabellos. Él también acababa de perder a sus mejores amigos y el sufrimiento no lo podía disimular. La miró torturado mientras Max la subía al piso de arriba. Cuando entraron en la habitación y vieron la ventana abierta, Hannah gritó de dolor y Penny corrió pálida hacia la ventana para cerrarla a toda prisa— ¡Tumbala en la cama! ¡Rose!

Rose apareció en la puerta muy nerviosa— ¿Si, mamá?

—Trae la botellita azul.

Su hija salió corriendo mientras Max sujetaba a Hannah. La había tumbado en la cama e intentaba evitar que se levantara — ¡Tranquilízate, nena! ¡Deja de gritar!

Penny se mordió el labio inferior impotente por su estado de histeria y se acercó a ella, pegándole un bofetón que le volvió la cara. Max la miró como si estuviera loca— ¿Qué coño haces?

—Ya está. Al menos ha dejado de gritar.

Ambos miraron a Hannah que ahora lloraba en silencio. Max la abrazó a él mirando a su tía por encima de su cabeza— Dale algo.

—Enseguida. No te preocupes, la dejaré fuera de combate.

Hannah no se enteraba de nada. Lo único en que podía pensar era en Laura tirada en el suelo sonriendo y en que no tenían que haber salido de la cueva, como la llamaba su amiga. Rose llegó sin aliento tendiéndole la botellita a su madre, que la abrió de inmediato — ¿Max?

Su marido la apartó y Penny dijo en voz bien alta porque parecía ida— Abre la boca, Hannah.

Como no le hacía caso la cogió por la melena y Hannah abrió la boca de dolor. Le metió la cucharilla hasta adentro y no tuvo más remedio que tragar. Tosió al atragantarse, pero no protestó. Simplemente siguió llorando. Max suspiró de alivio abrazándola de nuevo y ambos se tumbaron en la cama. Aferrada a él después de unos minutos se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos al día siguiente, Max estaba allí tumbado a su lado mirándola y todo lo que había pasado el día anterior volvió con fuerza a su mente. Una lágrima cayó por su mejilla mojando la almohada— ¿Cómo sabías que había sido ella?

—Tiffany la vio. Estaban discutiendo porque Laura decía que no quería cenar cuando ella se levantó a por agua. Laura también lo hizo yendo hacia el salón y Greg la siguió queriendo obligarla a volver a la mesa. Nadie se dio cuenta que llevaba un cuchillo en la mano. Creo que ni ella se daba cuenta de lo que hacía hasta que sacó el cuchillo de su cuerpo. Greg cayó al suelo y ella salió de la casa mientras Tiffany gritaba pidiendo ayuda. Tiró el cuchillo de camino hacia aquí. Lo encontramos.

—Dios mío...

—No fue culpa suya. No sabía lo que hacía. En el telar había momentos en los que se quedaba en blanco y no reaccionaba. Todas se dieron cuenta, pero creían que era así.

—Yo no me di cuenta. — dijo torturada.

—Has estado en cama y ella no ha estado mucho tiempo contigo. No es culpa de nadie, cielo. — le acarició la mejilla limpiando sus lágrimas— Penny me ha dicho que estaba muy enferma. No tenía ictericia. Cree que su problema era del hígado. No hubiera vivido mucho tiempo.

—Pero Greg sí.

—No te echas una culpa que no tienes. Tú no podrías haber hecho nada.

Se miraron a los ojos— ¿Habrá funeral?

—Lo siento. Pero no podemos hacer un funeral tradicional. No sé como enterrabais a los muertos en la mina, pero...

—En una de las galerías abandonadas.

—Aquí no podemos enterrar a nadie. Sería como vivir en un cementerio.

—Lo entiendo.

—Ya les hemos incinerado.

— ¿Incinerado?

Max apretó los labios— Las bestias los desenterrarían.

—Oh, Dios. — se tapó la cara con las manos— Esto es horrible.

Su marido la abrazó— Lo superaremos. Yo estoy aquí.

—Lo siento.

— ¿Por qué, nena?

—Por lo que te dije. Fue injusto. Lo siento.

—No tienes que disculparte. — le acarició el cabello.

—Sí que tengo. Eres mi marido y debería haberte ayudado. Sin embargo, te critiqué ante todos.

—Creo que lo harás en el futuro de nuevo y yo también.

Hannah sonrió con tristeza— ¿Cómo está Peter?

—No lo sé. No te he dejado sola.

—Quiero verle.

—Antes desayunarás algo.

Desayunó bajo la atenta mirada de Penny y Max, que cruzado de brazos la observaba fijamente desde los pies de la cama. Cuando terminó y se vistió, Max la acompañó al salón donde Troy y otro hombre se levantaron en el acto— Te acompañamos en el sentimiento, Hannah.

—Gracias.

—Hannah, no sé si conoces a Raul. — su marido señaló al otro hombre. Tenía el cabello castaño como la barba y parecía incómodo. No le extrañaba después de traspasarla con una flecha.

—Hola.

—Siento su duelo.

—Tutéame, por favor. Es lo menos después de que me hayas perforado el pie.

Raul se sonrojó y Troy reprimió una sonrisa.

—Eso también lo siento.

—Seguro que sí. ¿Max te ha echado la bronca?

—Todavía me duelen los oídos.

Max sonrió —Y lo que te van a doler.

Raul hizo una mueca— Lo sé.

— ¿Dónde está Peter?

—No quiere hablar con nadie. Está en las mesas del jardín. Ha pasado allí la noche. — respondió Troy perdiendo la sonrisa— Está muy afectado.

Sin decir una palabra más, ella fue lentamente hacia la puerta y salió al exterior. La gente la miraba con pena mientras atravesaba la aldea. Su pelo negro se movía con el viento y su cara reflejaba su dolor. Cuando vio a su amigo sentado sobre una de las mesas con los pies sobre el banco mirando al vacío, reprimió las lágrimas deteniéndose. Nunca le había visto así. Y no sabía cómo aliviar su dolor. Se acercó lentamente y se colocó a su lado. Peter la miró sorprendido y se apartó ayudándola a sentarse sobre la mesa.

— Hola. — susurró cogiendo su mano.

Peter apretó su mano— Nunca creí que pudiera pasarnos esto. Greg estaba tan contento cuando salió de allí. Tenías que haberle visto cuando puso un pie fuera. Estaba convencido de que Laura se iba a curar y que iban a ser felices para siempre.

Hannah levantó la vista y vio a Max hablando con Troy y Raul, pero sabía que estaba ahí por si le necesitaba.

— ¿Sabías que estaba enferma? ¿Qué no estaba bien de la cabeza?

—El otro día hizo algo que me preocupó. — su amigo suspiró frotándose los ojos como si estuviera agotado— Pegó a Greg ante mis ojos, pero él la excuso.

— ¿Le pegó? —preguntó sorprendida.

—Estaban hablando de la casa que se iban a hacer y él dijo que tendría dos habitaciones. Ella se levantó furiosa y le pegó un bofetón gritándole que dos habitaciones eran pocas. Greg también se quedó de piedra. Por su reacción supe que había sido la primera vez que se comportaba así. Laura se echó a llorar al darse cuenta de lo que había hecho y él la consoló diciendo que eran los nervios de la salida, pero vi en sus ojos que estaba muy preocupado por ella.

—Dios mío. — sin poder evitarlo se echó a llorar y Peter la abrazó por los hombros pegándola a él.

—No es culpa tuya. Siempre te echas la culpa de todo y no eres responsable. Ni yo tampoco. Greg sabía que algo no iba bien. La conocía mejor que nadie y lo ocultó. Era mi mejor amigo, pero es la pura verdad.

— ¿Crees que alguien más está afectado por algo así? ¿Qué le habrá afectado la salida y no lo encaje bien?

—Ahora todo el mundo se vigila constantemente. Si alguien más sufre de algo así, se pondrá sobre aviso a todo el mundo.

Ella asintió. —Bien.

Maxi pasó con sus amigos por allí y la miró de reojo con la cabeza agachada. Iba a pasar de largo de repente se detuvo y pareció que se lo pensaba antes de acercarse lentamente.

—Hola.

Hannah forzó una sonrisa— Hola, Maxi. ¿Estás jugando con tus amigos?

—Voy al huerto.

—Ah, es cierto que tienes que trabajar.

— ¿Estás triste?

Reprimió las lágrimas— He perdido a dos amigos.

El niño se mordió el labio inferior y susurró — Perdona.

— ¿Por qué?

—Por haberte pegado. Mamá me ha dicho que me disculpe.

— ¿Lo haces por tu mamá o porque quieres?

—Porque quiero.

Hannah sonrió y dijo— Eso está bien. Te perdono.

— ¿Quieres jugar conmigo después?

— ¿Te importa si lo dejamos para otro día? Hoy estoy triste para jugar.

—Vale. — Maxi sonrió— Te lo preguntaré mañana.

—Muy bien.

Observó a Maxi alejarse y sin darse cuenta su mirada cayó en su marido, que apretó los labios mirándola antes de ir tras el niño. Hannah sonrió sin darse cuenta.

—Ese chico tiene potencial. — dijo Peter divertido.

—Sí. — miró a su amigo— ¿Vamos a dar una vuelta?

—No puedes caminar.

Hizo una mueca— Cierto. Pero mi marido no mira y puedo hacer lo que quiera.

Peter se echó a reír— ¿Una travesura?

—Sí.

Se escabulleron y estuvieron dando una vuelta durante un par de horas, hasta que Peter la obligó a volver a la cama —Venga, que te acompaño.

Estaban subiendo las escaleras que llevaban a la casa cuando Rose salía de allí. Al verla suspiró de alivio — Menos mal. Ya iba a buscarte.

—Estoy bien.

—Sana y salva en casa. — dijo Peter divertido.

Rose miró a su amigo de reojo y se sonrojó ligeramente diciendo nerviosa— ¿Te ayudo a subir?

—No hace falta, gracias. Voy a dormir un poco.

—Mamá dice que tienes que tomar la medicación.

—Muy bien.

Peter sonrió a Rose y dijo con descaro— Y tu preciosa, ¿estás casada?

Hannah reprimió una risita al ver el sonrojo de su amiga, que respondió con descaro— No, pero alguien tan flacucho como tú no me serviría para nada.

—Espera unos meses y puede que te lleses una sorpresa.

Alguien carraspeó tras ellos y los tres se volvieron para ver a Max mirándolos con los brazos en jarras como si estuvieran haciendo algo malo. Y sus amigos que estaban tras él no tenían mejor expresión. De hecho, Troy parecía que quería matar a alguien. Rose se sonrojó— Uff, qué tarde se ha hecho. Tengo que hacer la comida.

— ¿Te ayudo? — preguntó Peter divertido.

—Cierra la boca. — siseó su amiga metiéndose en casa.

— ¡Eh tú, enano! — dijo Troy dando un paso al frente.

Peter se enderezó y Hannah se tensó tras él poniéndose en guardia. Nadie iba a dañar a su amigo. Antes se dejaría el pellejo. Max al ver su expresión de madre protegiendo a su cachorro también se puso en guardia.

— ¡No te acerques a Rose! ¡Es mía!

— ¿Y eso dónde lo dice? — aparentando diversión Peter bajó los escalones colocándose ante él— ¿Te lo ha dicho ella? ¿Estás comprometido con Rose?

— ¡Lo sabe todo el mundo! — le gritó a la cara.

Hannah miró a Max, que apretó los labios mientras su amigo continuaba— La he reclamado. Es mía.

— ¿Y cómo es que todavía no os habéis casado? Porque vive con el jefe.

—Rose quiere esperar.

Rose apareció en la puerta y todos la miraron. Peter sonrió— ¿Es cierto, preciosa?

Troy lo cogió por el cuello levantándolo un palmo —Como te vuelva a escuchar que le hablas así, te despedazo.

— ¡Troy! —Rose bajó los escalones corriendo y le cogió por el brazo— ¡Suéltale!

— ¿Le proteges? ¿A este insecto? — soltó a Peter con desprecio que no se había defendido en ningún momento y se enfrentó a Rose que estaba furiosa— ¿Qué estás pensando? ¿Acaso quieres estar con él?

Rose miró de reojo a Peter que sonreía de oreja a oreja y después miró a Troy que realmente no tenía comparación. Alto, fuerte y todo músculo, físicamente tenía todo lo que una mujer pudiera desear— No lo entiendes, Troy. Eres como mi...

—Joder, no lo digas.

— ¡Yo te quiero! — los ojos de Rose se llenaron de lágrimas— Pero no como tú quieres.

Troy palideció y miró a Peter como si quisiera matarlo. Rose se echó a llorar — Perdóname, pero lo he intentado, de veras...

— ¿Has intentado amarme? — le gritó incrédulo— ¿Y qué importa el amor en esto? — señaló a Hannah con el dedo— ¿Acaso crees que ella ama a Max? ¡Él la reclamó y no se conocían hace unos días! ¿Crees que él la amaba a ella? ¡Simplemente la reclamó para que no se la quitara nadie!

Hannah miró a Max que apretó los labios desviando la vista, mientras Rose gritaba entre lágrimas que ella quería amar a su marido.

Hannah bajó con esfuerzo un escalón y todos la miraron —Tienes razón, Troy. Cuando conocí a Max no hubiera esperado que se casara conmigo. De hecho, no quería casarme con él...— se acercó a su marido y le miró a los ojos— Pero he tenido la enorme suerte de que me reclamara y de ser suya. —Max sonrió cogiéndola por la cintura— Y Troy estás equivocado porque Max ha conseguido que yo le ame, protegiéndome y cuidándome.

— ¿Estás diciendo que yo no lo haría? — preguntó agresivo.

Hannah le miró con sus ojos verdes —Me he enamorado de Max en apenas unos días y tú no lo has conseguido con Rose en años. ¿Eso no te dice nada?

Troy dio un paso atrás y apretando los labios se volvió seguido de su amigo Raul.

— ¡Troy, lo siento! — le gritó Rose muy afectada.

—No te disculpes, Rose. — dijo Max cogiendo a su mujer en brazos— Olvídalo.

Peter se acercó a su prima que le miró enfadada— ¡No te acerques a mí! —furiosa fue hasta la casa— ¡Blanquito escuchimizado! En menudo lío que me has metido.

—Preciosa, se le pasará. ¿Quieres ir a dar un paseo? Podemos darnos besitos a escondidas.

— ¡Desaparece! — le gritó a la cara.

Hannah reprimió una sonrisa viéndolos discutir y miró a su marido abrazando su cuello— ¿Me subes?

—Lo estoy deseando. — la comía con los ojos y el calor la recorrió de arriba abajo— Nena, ¿no deberías haberme dicho todo eso a mí primero?

—A ti te lo demuestro. — le besó en la punta de la nariz y miró fijamente sus ojos grises— Eres lo mejor que he tenido nunca.

—Lo mismo digo. — dijo con voz ronca. Subió las escaleras sin dejar de mirar sus ojos— Nena, me vuelves loco.

Hannah acarició su nuca— ¿Y eso es malo?

—No. — la tumbó sobre la cama colocándose sobre ella. Acarició sus rizos negros y su mejilla. Hannah sonrió— Eres preciosa.

—Y yo tengo el marido más guapo y fuerte del mundo. — susurró complacida por sus palabras— Gracias.

— ¿Por qué?

—Por entenderme con lo de Laura y Greg. — sus ojos se llenaron de lágrimas porque el dolor volvió al recordarles

Max la besó en la barbilla— Será duro, pero lo superarás. El tiempo cura estas heridas.

Hannah asintió intentando no llorar— Eh...no te reprimas. Llorar. Es bueno para el alma. — le acarició la mejilla cuando una lágrima corrió por ella y su marido sonrió— Así me gusta.

—Prométeme que no te pasará nada y que protegerás a Peter.

Max la miró sorprendido— Nena...

—Prométemelo, por favor. Necesito oírlo.

Su marido sonrió— No me pasará nada y protegeré a Peter.

—No puedo perderos a vosotros.

—Y yo no puedo perderte a ti, así que ya sabes lo que tienes que hacer. Curarte y darme hijos que te protejan también. —Hannah se echó a reír — Eh, no voy a hacerlo todo solo. Tienes que ayudarme.

—Lo haré. — susurró asintiendo— Te ayudaré en todo lo que quieras. — le besó en los labios suavemente— Te ayudaré en todo lo que pueda...

Capítulo 7

— ¡Oh, por Dios! ¿Es que tienes que meter las narices en todo? — preguntó su marido mirándola con los ojos como platos al verla con la cabeza metida en el motor de un coche.

Sonrió radiante antes de sacar la cabeza — ¿Has vuelto ya de la caza? ¿Cómo ha ido?

—Nena, ¿qué haces?

—Rose me había dicho que intentabais que funcionara con materiales orgánicos. Quería verlo.

—Eso es un sueño de Bob. Nunca hará que ese cacharro funcione.

—Nunca se sabe. — se acercó corriendo a su marido y él la besó robándole el aliento mientras acariciaba su enorme vientre.

— ¿Cómo está mi pequeño? — susurró contra sus labios.

—Tu pequeño se está portando mal. Lleva todo el día dándome la lata.

Max se echó a reír y Peter entró en el garaje. Había cambiado mucho en esos meses. El trabajo duro había hecho que su espalda se ensanchara y vestido únicamente con los pantalones de cuero había provocado que su piel se oscureciera, aclarando su cabello.

—Max, tenemos un problema con el pozo.

Max perdió la sonrisa— ¿Qué problema?

—Ven a verlo.

Preocupada como ellos salió del garaje a toda prisa y cuando llegaron al pozo vieron que varias personas lo rodeaban.

— ¿Qué ocurre? — preguntó su marido provocando que varios se apartaran.

Cuando vieron el cubo de agua Hannah se tapó la boca. El agua estaba roja como si la sangre hubiera corrido por el río hasta llegar hasta allí.

—Dios mío. — dijo su marido cogiendo el cubo y tirando el agua al suelo. Era sangre de eso no había duda.

Volvió a tirar el cubo al pozo y tiró de la cuerda a toda prisa. Estaba claro que en río había pasado algo terrible y Hannah se apretó las manos poniéndose nerviosa.

— ¡Peter, que se preparen los hombres! Saldremos a ver qué ocurre siguiendo el curso del río.

—Sí, jefe.

— ¿Y si es una trampa para que salgáis y hagáis eso precisamente? — preguntó Richard.

—Las bestias no son tan inteligentes. — respondió Penny— Se guían por instinto. Son como animales.

—Algunos animales son muy inteligentes. — dijo Walter.

—Ha habido una matanza. — dijo Max pensativo mirando el agua—Eso está claro.

—Max...— Hannah se puso muy nerviosa— ¿Y si ellos tienen razón?

—Hannah, tengo que ir a quitar los cadáveres del río. Sino no podremos beber.

—Tiene razón. Pueden provocar enfermedades. — dijo Penny asintiendo vehemente— Tenemos agua de reserva para unas semanas y suspenderemos el lavado de ropa para ahorrar, pero debemos sacar esos cadáveres de allí para que se purifique el agua.

—Por la cantidad de sangre deben estar cerca. — su marido empezó a caminar hacia el patio donde los hombres se estaban reuniendo con las espadas y los arcos.

Hannah corrió tras él — Tendrás cuidado, ¿verdad?

Max sonrió— Nena, ¿tú qué crees?

—Esto no me gusta. Por favor, tienes que volver.

Su marido se detuvo cogiéndola por los hombros— Voy a volver. No me perdería el parto por nada del mundo.

Le miró con el miedo reflejado en sus ojos— No se te ocurra dejarme sola.

—Estaré bien. —la besó suavemente en los labios antes de darse la vuelta y acercarse a sus hombres que estaban claramente alterados.

Media hora después salían veinte hombres armados. Troy se quedaba con ellos mientras que Peter acompañaba a su marido y a Raul. Verles atravesar la puerta fue más duro de lo que Hannah pensaba. Aquella situación era nueva y la ponía de los nervios. Habían tenido ataques antes y las bestias nunca habían conseguido franquear la empalizada, pero le daba la sensación que habían invertido los papeles. El dolor de su costado se hizo más fuerte y palideció gimiendo. Penny y Rose corrieron hasta ella.

— ¿Qué ocurre? — preguntó Marguerite al verlas llegar a casa.

—Ha llegado la hora. — respondió Penny muy seria.

— ¡Pero no puede ser! — exclamó Hannah— Max no se lo quiere perder. Me lo ha dicho.

—Vienen cuando les da la gana. Puede que Max esté aquí antes de que nazca.

Cuatro horas después se retorció de dolor en la cama llamando a Max. Rose pasaba un paño húmedo por su frente mientras que Penny miraba entre sus piernas.

—Bien, ha llegado la hora.

— ¡Max! — gritó asustada por el dolor que sentía.

— ¡Céntrate en el bebé, Hannah! — le gritó Marguerite de los nervios— ¡Cuándo llegue Max querrá veros bien!

Tomó aire mirando al techo— ¿Qué tengo que hacer?

—Empujar. ¡Empuja, Hannah! — gritó Penny abriendo bien sus rodillas— Empuja fuerte.

Hannah cogió la mano de Rose que sonrió asustada— Tú puedes hacerlo.

—Pues por la cara que tienes parece que piensas que no.

Rose rió sin ganas— ¿Qué tonterías dices?

La miró con desconfianza— Sí, ya.

— ¡Empuja de una jodida vez!

Las tres miraron a la tía Penny como si le hubieran salido dos cabezas, pero otra contracción las distrajo mientras Hannah se apretaba el vientre con la mano libre.

—Vale, cuando quieras...

—Estoy lista. —tomó aire y cuando sintió que se le contraía el vientre empujó llevada por la necesidad. Agotada después de la tercera vez estaba segura que no lo conseguiría y lloraba llamando a Max. Rose le pasó el paño por la frente llorando también.

—No puedo. — se quejó muerta de miedo.

Marguerite le cogió la barbilla volviéndole la cara hacia ella. Estaba furiosa— Mira, eres mi cuñada y vas a tener a mi sobrino. Eres la mujer de Max, que es la persona más fuerte que conozco y mi hermano no es tonto. Si se ha casado contigo es porque eres una mujer que estará a su altura. Así que vas a traer este niño al mundo, ¿me oyes? — le gritó a la cara— ¡Deja de quejarte y empuja de una puta vez!

—Leche, que carácter. Pobre Bob, no sabe la que le espera.

— ¡Serás bruja! ¡Empuja de una vez para que pueda pegarte una paliza!

— ¡Más quisieras, cabrita! — le gritó sin saber de dónde sacaba las fuerzas.

— ¡Ya sabía yo que eras una florecilla delicada! ¡No sabes ni parir!

— ¡Voy a parir a mi hijo y después te meteré esa lengua por el culo! — gritó desgañitada sin saber lo que decía. Empujó con fuerzas mirándola con odio y sintió como salía la cabeza.

— ¡Descansa! — gritó Penny sonriendo.

Tomó aire y siseó a su cuñada— Nunca me has tragado.

Marguerite chasqueó la lengua— Estoy empezando a tragarte y mira cómo te comportas. ¡Debes ser fuerte cuando tu marido no está! ¡Y cuando está también!

— ¿Qué sabrás tú? ¡Tienes a Bob esperando desde haces siglos!

—Zorra entrometida. ¡Sácalo de una vez!

Empujó con fuerza y gritó al final llorando cuando escuchó el llanto del bebé— ¡Es una niña! ¡Una niña! — gritó Penny encantada cogiendo al bebé en brazos.

La visión de su hija fue algo que no se le olvidaría en la vida — Es morena. — susurró impresionada.

—Como su madre. — Penny rodeó la cama y se la puso en brazos —Igualita que su madre.

Marguerite se echó a llorar viendo como le acariciaba la mejilla —Es preciosa. — dijo su tía.

Hannah la miró sonriendo— ¿Verdad que sí? Cógela. Hay que asearla.

Su cuñada sonrió encantada y cogió a la niña con cuidado mientras Penny se encargaba de ella. Rose ayudó a su prima y cuando volvieron con la niña envuelta en una mantita azul ella se echó a reír— ¿Pensabais que sería niño?

Las tres hicieron una mueca provocando su risa. Rose salió de la habitación corriendo, riendo como una niña y volvió dos minutos después con una cuna preciosa en las manos — La ha hecho, mamá.

Hannah miró emocionada a la tía de su marido— Es preciosa, Penny.

—Es mi mejor trabajo. — Rose colocó la cuna al lado de la cama y Hannah pudo verla bien. Tenía pajaritos volando por la cabecera de la cuna. En sus picos llevaban lacitos e iban hacia un árbol lleno de ellos. Era una maravilla.

— Gracias. — dijo emocionada— Es hermosa.

Marguerite puso en la cuna la mantita que había hecho para el bebé— Ya verás cuando vuelva Max. Se va a tirar de los pelos.

—Al menos se ha ahorrado tanto drama. — dijo divertida acariciando la mejilla de su hija que fruncía sus preciosos labios.

Entonces levantó la vista hacia ellas— ¿Cuánto llevan fuera?

—Unas horas. Todavía es pronto. No te preocupes. Chicas, ayudarme a cambiar las sábanas. —ordenó Penny.

Estuvieron entretenidas unas horas mientras la cambiaban y daban de comer a la niña, pero cuando el bebé se durmió Hannah comenzó a inquietarse.

Con la niña en la cuna y pensando ellas que estaba dormida, se levantó con esfuerzo de la cama para ir hacia la ventana y mirar al exterior. Dos horas después Penny entró y la vio sentada a la ventana— ¿Pero qué haces levantada?

—Estoy dolorida, pero estoy bien. — susurró sin dejar de mirar la ventana— ¿Se sabe algo?

—No. Si tenían que mover los cuerpos...

—No me mientas, Penny. Ha pasado algo. — susurró mirando la puerta de la empalizada buscando una señal que indicara la vuelta de su marido.

Penny apretó su hombro— Troy está preparando a los hombres.

— ¡No! — se levantó de la silla sobresaltándola— ¡No dejaremos la aldea sin protección!

—Pero...

—Tráeme el vestido. — susurró volviendo a mirar por la ventana— Yo solucionaré esto.

— ¡No! ¿Qué locuras se te están ocurriendo?

— ¡Yo les iré a buscar con los míos! —como no le hacía caso, fue hasta el baúl donde tenía sus cosas y cogió la túnica marrón con la que llegó a la comunidad. Se quitó el camión que le habían puesto y se puso la túnica mientras Penny pensaba en cómo detenerla.

Estaba dolorida, pero podía hacerlo. Nada le impediría ir a buscar a su marido.

Miró a Penny a los ojos— ¿Te encargarás de la niña?

—Piensa lo que dices. ¿Y si te pasa algo? ¿Y la niña?

—La niña está bien contigo, pero mi marido puede que me necesite. — dijo dejándola con la boca abierta— Y no voy a abandonarle.

Fue hasta la puerta y cuando salió Penny gritó desde la habitación— ¡Ten cuidado!

Al llegar al patio hizo una mueca cuando sintió unas molestias. Vio a Troy dando órdenes y se acercó todo lo deprisa que podía. En cuanto la vio abrió los ojos como platos— ¿Pero qué haces, mujer? ¿Estás loca? ¡Acabas de dar a luz!

—Di a luz hace unas horas ya. — respondió como si nada— ¿Qué vas a hacer?

—Estoy reuniendo a los hombres para salir.

—No.

La miró asombrado— ¿Qué has dicho?

—He dicho que no. No vas a dejar a la aldea sin protección que es lo que quieren.

— ¿Hablas de las bestias?

—Exacto.

—Esas no piensan.

— ¡Pues para no pensar nos la han jugado! — le gritó en la cara— ¡Ahora reuniré a los míos e iré a buscar a mi marido!

— ¿A los tuyos? — eso sí que lo dejó de piedra— ¡Estás loca! ¡Vuelve a la cama y no me hagas perder el tiempo!

No estaba para perder el tiempo, así que Hannah se volvió como para irse, pero se tiró sobre Troy, que sorprendido cayó al suelo. Hannah apretó su pulgar contra su cuello mientras varios se le quedaban mirando con la boca abierta.

— Lo siento, Troy. Pero me voy a buscar a mi marido. — Troy se quedó inconsciente antes de poder entender lo que ocurría.

—Dios mío. — dijo Richard— ¿No le habrás matado?

Se levantó con esfuerzo de encima de su cuerpo negando con la cabeza— Reúne a los nuestros. Tengo que hablar con ellos.

Richard asintió e hizo un gesto a Johnny, uno de los suyos, que salió corriendo para cumplir su orden — ¿Qué ocurre, pequeña?

—Voy a buscarles. Max y Peter están ahí fuera y no puedo abandonarles.

Richard asintió— Iré yo. Tú acabas de dar a luz y estás débil.

Ella levantó una ceja mirando a Troy que estaba tirado en el suelo. En ese momento un grito del vigía les alertó y mirando hacia arriba— ¡Abrir las puertas!

Hannah corrió hacia allí mientras las enormes puertas se abrían. Al ver a cincuenta metros a Peter ensangrentado que llevaba a Raul sujeto por la cintura, se llevó la mano al pecho — ¡Ayudarles! — gritó fuera de sí.

Varios salieron corriendo. Y Peter se dejó caer de rodillas. El pobre no podía más y ambos cayeron al suelo donde sus compañeros los recogieron con esfuerzo.

Rose chilló al ver el estado de Peter y saltó por encima de Troy para ir a su encuentro. En cuanto los metieron, los colocaron en el suelo ante ella y se arrodilló al lado de su amigo— ¿Qué ha ocurrido?

—A dos kilómetros de aquí encontramos una cueva. —dijo Peter sin aliento— Era su guarida. La sangre era de una manada de lobos y los habían llevado hasta el río para devorarlos.

—Dios mío. Fuisteis directos a la guarida. — dijo muerta de miedo.

Peter asintió— Debían ser treinta. Se tiraron sobre nosotros emboscándonos.

Hannah reprimió las lágrimas— ¿Han muerto todos?

—Nos dispersamos y Raul y yo nos cubrimos las espaldas mientras nos defendíamos como podíamos. Nos alejamos del grupo, así que no tengo ni idea si alguien ha escapado o no. — la miró a los ojos —Deduzco que somos los primeros en llegar. —entonces vio su vientre considerablemente menos abultado, pero no dijo palabra.

Hannah asintió levantándose. Varios de los suyos ya estaban allí — No puedo pedirlos nada. Sois libres para quedaros aquí, pero os ruego que me acompañéis a buscar a mi esposo y a los demás. Estáis arriesgando la vida por algo que seguramente será en vano, pero os ruego que me ayudéis a recuperar a mi marido.

— ¡Están muertos, Hannah! — dijo Walter.

El corazón le dio un vuelco— No está muerto. Si lo estuviera lo sabría. — sus ojos se llenaron de lágrimas— Mi marido sigue vivo. Puede que esté mal herido, pero está vivo.

—Las bestias lo habrán matado. — susurró Penny tras ella. —Se volvió mirando a la tía de su marido—Acéptalo Hannah. Debes aceptarlo por tu hija. No puedes arriesgar la vida de esta manera tan absurda.

—Absurda para ti. Pero si tengo la más mínima posibilidad de que siga vivo, haré lo que haga falta. ¿Quién cuida a la niña?

—Marguerite. Está destrozada porque Bob también iba en el grupo.

—Yo te acompaño. — dijo Richard dando un paso al frente.

Troy gimió sentándose en el suelo— Yo también voy. Esta loca necesita ayuda.

— ¡Y yo! — gritó Johnny que apenas tenía diecisiete años.

—La valentía de la adolescencia. — susurró Penny volviéndose— Es una locura.

Hannah miró a Johnny y era cierto que parecía un crío, pero era de los mejores en artes marciales y puede que fuera de ayuda.

—Bien. Necesito botellas de esa mezcla de alcohol que fabricáis con la caña de azúcar.

Richard entrecerró los ojos y sonrió entendiendo— Muy bien. Haré unos cuantos cócteles para el viaje.

—Johnny, haz unas ondas.

Mirando a su hija después de darle de comer, se trenzaba el cabello. Se acababa de quedar dormida y Marguerite se acercó a ella atándole el cabello con manos temblorosas— ¿Cómo la llamaremos?

—Luz. — miró a su amiga a los ojos— Cuidarás de ella, ¿verdad? Si no vuelvo cuidarás de nuestra hija.

Marguerite reprimió las lágrimas— Sí. La criaré como si fuera mi hija y le hablaré de vosotros todos los días.

—Gracias.

Su cuñada apartó la trenza colocándola a su espalda— Le traerás de vuelta.

—Si está vivo, nada me impedirá que le traiga hasta aquí. Como si tengo que arrastrarlo yo misma.

Se abrazaron con fuerza y le susurró al oído— Gracias por todo.

—Gracias a ti. Otra no iría a buscar a su esposo. — en sus ojos vio la culpabilidad que sentía, pero Hannah sabía que Marguerite ya no tenía esperanzas de encontrarlos vivos. No se lo reprochaba.

—Soy sólo suya. Estaría perdida sin él. —respondió con tristeza recordando las palabras de su marido— Y sé que Max lo haría por mí. Querría recuperarme.

Marguerite asintió— Debes amarle mucho.

—Es parte de mí y voy a encontrarle.

—Pues no te preocupes por Luz. Yo cuidaré de ella. —Hannah se alejó para salir de la habitación— ¡Hannah!

Se volvió para mirarla— Si puedes traer a Bob... — dijo con lágrimas en los ojos.

—No tienes ni que decirlo. Pienso traer a todos los que estén vivos.

Marguerite forzó una sonrisa— Suerte.

Caminaban en dirección al río pendientes de cualquier movimiento, guiados por Richard y llegaron a una zona arbolada. En cuanto vieron la pendiente, ella levantó la mano deteniéndolos.

— ¿Recordáis el plan? — susurró cogiendo la cuerda que le tendía Johnny. Cogió la piedra que estaba sujeta al final de la cuerda para evitar que rozara el suelo— ¿Tenéis alguna duda?

Los tres negaron con la cabeza y Richard dio una botella con el licor y un trapo a cada uno. Repartió también unas yescas para encender el cóctel molotov y cogió la onda que le daba Johnny —No te preocupes por nosotros.

Johnny se acercó a ella y le metió la trenza dentro del vestido. Ella le dio las gracias con la mirada. Empezaron a subir la colina sin hacer un solo sonido. En cuanto escucharon un gruñido se detuvieron. A Hannah se le cortó el aliento al oír un grito desgarrador. Cerró los ojos dándose valor y miró a Troy que había palidecido, pues alguno de los suyos estaba siendo despedazado.

Se miraron y comenzaron a separarse lentamente rodeándolos. Vestida de marrón se camuflaba muy bien entre los árboles y cuando el sonido se hizo más fuerte y los gritos se oían más cerca, ella se arrastró por el suelo escondiéndose tras un matorral para tener ver lo que pasaba. Dejó la botella a su lado y dándose valor apartó una rama lentamente para encontrarse que estaban ante una cueva donde un niño sentado sobre una piedra comía lo que parecía un antebrazo. Se le revolviéron las tripas al ver como masticaba mirando con sus ojos blancos hacia su izquierda. El niño tenía un aspecto aterrador y parecía muy interesado. Como cuando a un niño le están ensañando algo que es importante aprender.

Hannah miró dentro de la cueva, pero estaba oscuro y no se veía movimiento. Se arrastró buscando un escondite que tuviera mejor visibilidad y los vio. Seis salvajes estaban ante un hombre ya muerto, que estaba atado a una especie de cruz, y con una piedra afilada estaban cortando la pierna a la altura de la rodilla. Del estómago salían sus vísceras y una salvaje se chupaba la palma de la mano hasta los dedos, limpiando la sangre antes de volver a meterla en su estómago.

— ¡Malditos cabrones!

La voz de Max le cortó el aliento y movió el arbusto al intentar verle. La voz había venido de más a su izquierda, pero se quedó quieta porque el niño miraba hacia allí. Se quedó quieta durante varios segundos y al ver que el niño seguía comiendo, volviendo a mirar aquella monstruosidad, se arrastró hacia su derecha para poder ver a Max. Estaba sentado en el suelo mirando con odio a los salvajes que seguían cortando el muerto. También había cuatro hombres más que parecían estar conscientes. Pudo reconocer a Bob tumbado en el suelo boca abajo. Parecía que estaba muerto.

Uno de los salvajes arrancó a tirones la parte de la pierna que ya estaba casi colgando y empezó a morder la carne con saña. La mujer se acercó a él y este la gruñó girándose. Comprobó la situación. No sabía cuántos más había, pero debía haber más para que sus chicos se quedaran allí sentados. ¿Les habrían atado? Se volvió a arrastrar hacia la izquierda y entonces vio un salvaje cogiendo a Bob de la cabellera y levantando su cabeza para dejarla a caer al suelo. Max le miró con odio e intentó darle una patada, pero el salvaje se rió con unos gruñidos espantosos. Aquellos salvajes no eran tontos en absoluto. Puede que a veces se guiaran por impulso, pero estaba claro que pensaban. Vio como la mujer se acercaba al niño y le acariciaba la cabeza con sus espantosas uñas. Hannah entrecerró los ojos mirándoles. Eran una familia. Qué no harías por la familia.

Entonces la sorprendió ver que una niña salía de la cueva con una mano de hombre en sus manitas y se sentaba al lado del niño. Volvió a mirar a los que estaban desmembrando el cadáver y apretó los labios porque estaban muy cerca de los suyos. Tenía que alejarlos de ellos. Miró la entrada de la cueva y no le quedaba más remedio. Con movimientos muy lentos empapó el trapo antes de meter un extremo en la boca de la botella. Ahora venía lo más difícil sin que la oyeran. Golpeó la yesca contra una piedra y tuvo la suerte porque el paño encendió enseguida. Se levantó a toda prisa y la mujer la miró antes de que ella tirara la botella a la entrada de la gruta. La mujer gritó poniendo alerta a los otros, que se volvieron gritando.

Dentro de la gruta también se oyeron gritos y una de las botellas voló hasta la madre que gritó al quemarse viva.

— ¡Hannah! —gritó Max llamando su atención cuando dos bestias corrieron hacia ella.

Uno se tiró sobre ella, pero lo esquivó en el último momento, pero al segundo no pudo esquivarlo y la tiró al suelo. Furioso gritó sobre ella y Hannah le golpeó la cara justo antes de que él sin inmutarse le mordiera en el hombro con saña. Oía los gritos de los suyos e intentó que el dolor no la desmayara, golpeando a la bestia como podía. Al ver que no se movía, tiró con fuerza de sus cabellos y él se apartó lo suficiente para que sus uñas se clavaran en las cuencas de sus ojos. La bestia se apartó llevándose las manos a los ojos y Hannah se sentó golpeándole con la piedra de la honda en la sien. Cayó desmayado hacia atrás mientras la sangre caía por sus ojos. Cuando se incorporó vio que Richard peleaba con uno de ellos y Troy también. Cuando el niño se tiró sobre la pierna del amigo de su marido mordiéndole, Hannah se acercó furiosa y pegó una patada al niño en el estómago. El niño chilló apartándose y escondiéndose tras una roca. Hannah se volvió justo cuando uno de ellos corría hacia ella. Dejó caer la piedra de la honda y giró la cuerda. Cuando la bestia se acercó soltó la cuerda. Esta rodeó su cuello y la piedra golpeó su cabeza provocando que cayera redondo.

— ¡Hannah!

Ella miró a Max y corrió hacia su marido sacando un cuchillo de su bota. Le miró a los ojos justo antes de que la niña se pusiera entre ellos gruñendo con fuerza. Hannah no se detuvo y empujó a la niña tirándola a un lado antes de rodear a su marido— ¿Te alegras de verme? — preguntó cortando sus ataduras.

—Te lo contaré a la vuelta.

Max se levantó lanzándose contra una bestia que iba a por Johnny y ella no perdió el tiempo en desatar al siguiente. Cuando terminó las bestias estaban en el suelo rodeadas de sangre.

Richard respirando agitadamente, con un corte muy feo en el brazo y la mejilla, la miró— Daos prisa. Varios han huido.

Hannah se arrodilló al lado de Bob y le tocó el pulso — ¿Está vivo? — preguntó su marido arrodillándose a su lado.

—Tiene pulso. Dale la vuelta.

Su marido lo hizo y ella pudo ver que tenía un mordisco en la pierna y en el cuello — Creo que podría ponerse bien, pero tiene que revisarlo Penny. —miró a los ojos a su marido— Nos retrasará.

—No pienso dejarle aquí para que le hagan eso.

—Le dije a Marguerite que si estaba vivo lo llevaría.

—Y eso vamos a hacer. — su marido se levantó y ella pudo ver que tenía una herida en el costado.

— ¿Max? —preguntó asustada.

—Estoy bien, nena. Me preocupas más tú— cogió a Bob por un brazo y gritó — ¡Troy!

Su amigo se acercó corriendo y cogió el otro brazo. Otros dos cogieron sus piernas y Hannah ordenó sabiendo que estaban desprotegidos— Rodearlos.

Empezaron a bajar la colina y ella ayudada de Johnny vigilaban sus espaldas con cuchillos en la mano mientras Richard iba delante. Fue un alivio salir de la arboleda porque había más visibilidad. Fueron los dos kilómetros más largos de su vida. Vio como los hombres se iban quedando sin fuerzas al tirar de aquel peso muerto y ya estaban agotados.

Al ver la empalizada, ella gritó llamando su atención. No tardaron en ver a varios acercarse a ellos corriendo para ayudarles, mientras otros hombres apuntaban con arcos cubriéndoles las espaldas.

Hannah perdió las fuerzas en ese mismo momento. Como si después de haberlo conseguido ya no pudiera más. Max se volvió en cuanto pasó el brazo de Bob a otro y al verla arrodillada puso los brazos en jarras— ¿No deberías estar en la cama?

Hannah sonrió— ¿Y dejarte allí? Ni se me ha pasado por la cabeza.

Max se acercó cogiéndola en brazos— Estás agotado. — le acarició la mejilla necesitando sentirle— Dime que estás bien.

—Estoy bien. — la besó suavemente en los labios— ¿Y tú? — apoyó su frente en la suya— Nena, dime que estás bien.

—Mejor que nunca. Te tengo a mi lado.

Él sonrió y comenzó a caminar hacia la empalizada. Richard y Johnny miraban a su alrededor protegiéndoles. Penny corrió hacia ellos en cuanto les vio. Preocupada la miró — ¿Qué tiene?

—La han mordido en el hombro.

—Estoy bien. Casi no sangro.

Era mentira. Sentía como la sangre corría por su pecho, pero el vestido marrón lo disimulaba bastante bien —Max también está herido.

—Dios mío. Están vivos. Es un milagro. — dijo Penny emocionada mirando a su sobrino como si fuera una aparición.

—Nos querían reservar.

No tenía que explicarlo porque Penny entendió perfectamente lo que quería decir. Max miró a su mujer a los ojos yendo hacia la casa— Estás muy loca. ¿Ha sido niño o niña?

Ella sonrió —Es igualita a mí.

Max se echó a reír y la besó —Tengo la mejor mujer del mundo.

—No ibas a dejarme viuda. Me lo prometiste.

—Esa promesa era lo que más me torturaba.

La metió en la habitación y Marguerite con la niña en brazos gritó al verle con Hannah en brazos. Penny cogió la niña al verla en shock y cuando Max dejó a su mujer en la cama, se tiró a su hermano abrazándole por la cintura —Has vuelto.

—Vete a ver a Bob, Marguerite. No sé cómo está.

Marguerite se apartó de su hermano mirando a Hannah sorprendida— Gracias, gracias. — salió corriendo y Hannah sonrió.

Penny se sentó a su lado y desgarró el vestido para mirar su hombro. Max apretó los labios al ver los huecos sangrantes que habían dejado los dientes de la bestia.

— Maldito cabrón. — siseó su marido.

Un gorgoteo hizo que mirara a la cuna y Hannah sonrió al ver su cara de sorpresa — Te dije que era igualita a mí.

Su marido se acercó casi con reverencia y su dedo tocó suavemente la manita de su hija — Es preciosa, nena.

—Lo sé.

Max sonrió y Penny chasqueó la lengua —Ven aquí, Max. Tienes que apretar esto.

Su marido reaccionó y apretó el trozo de sábana sobre la herida de su mujer —Hay que detener la hemorragia.

Penny vio la herida del costado de Max, pero no le hizo ni caso, lo que le indicó a Hannah que no era importante. Cosa que la tranquilizó.

Su marido se sentó a su lado apretando su hombro. Ella no hizo un gesto y él sonrió mirando sus ojos— Tengo la mujer más fuerte del mundo.

—No es que haya muchas.

Max se echó a reír — Pues tengo la mejor.

Hannah acarició su brazo hasta llegar a su mano— Cariño, no aprietes más.

Él negó con la cabeza— Sigo órdenes. No puedo perderte, ¿recuerdas?

Los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas— Casi te pierdo yo a ti.

—Lo siento. Fui un idiota. Hemos perdido vidas por no tomar precauciones.

—Pues tenemos que volver.

Él asintió —Lo sé. —le acarició la mejilla— Gracias, nena.

— ¿Por qué?

— ¿Por salvarme la vida? — preguntó divertido.

—Estás equivocado, mi amor. He salvado nuestra vida.

Capítulo 8

En cuanto Penny le quitó del todo el vestido y la aseó no pudo evitarlo. Se quedó dormida y ni siquiera la habían vendado. Eso preocupó a Max, pero Penny le dijo que teniendo en cuenta por lo que había pasado era lógico. Había parido y rescatado a su marido en un día. Necesitaría descansar unos días.

Tuvieron que despertarla varias veces para darle de mamar a Luz, pero a la tercera toma ya tenía no leche.

— Se le ha cortado la leche. — dijo Penny preocupada— Seguro que es por el estrés de estas últimas horas.

—No te preocupes. — dijo Max acariciando su cabello mientras Penny le quitaba la niña de los brazos— Alguna de las mujeres le dará de mamar.

—Tess puede hacerlo. — dijo la tía de su marido.

No se fiaba mucho de Tess y miró a su marido que negó con la cabeza—Busca a otra, tía. No quiero que Tess se acerque a la niña.

—Bien. Maxi ha venido a ver como estaba Hannah.

Max la miró sorprendido— ¿El niño ha venido a la casa?

—Es que ahora nos llevamos muy bien. Y ya casi ha aprendido a leer.

—No me extraña nada. Si te empeñas en algo...

Ella gruñó porque él no se había acercado nada Maxi y la miró ofendido— ¡Lo he intentado, pero me rehuye! ¡Parece que me tiene miedo!

— ¿Puede que sea porque le miras así?

Penny soltó una risita y al ver la mirada fulminante de su sobrino dijo— Voy a buscar a Kath, seguro que todavía tiene leche.

Tumbada en la cama se puso de costado sobre el hombro sano porque así le dolía menos—Tienes que acercarte a Maxi. Prométemelo.

—Nena...

—Puede que no seas su padre, pero para él lo eres. ¿No lo entiendes? Para el niño sí que eres su padre y no quiero que se sienta rechazado. —su marido se tumbó a su lado— Es tan inteligente... Deja que venga a verme. Que se acerque él a ti en lugar que perseguirle por toda la aldea. Puede que de esa manera... — se le cerraron los ojos de nuevo.

—Ya hablaremos de eso. Descansa.

—Me duele el hombro. Es casi peor que la mordida de un lobo.

Su marido la miró preocupado— Descansa, nena. Ya verás como enseguida estás metiendo esas preciosas narices donde nadie te llama.

Ella sonrió sin abrir los ojos y se quedó dormida casi sin darse cuenta. Penny tuvo que luchar con la infección tres días en las que sufrió dolorosas curas, porque en cuanto la tía de su marido veía que una de las dentelladas empezaba a supurar realizaban el mismo tratamiento que habían hecho con la pierna.

Ni se enteró en esos días de que su marido y varios de sus hombres volvieron al río esta vez provistos con las armas que habían encontrado en la mina y sacaron los restos de los lobos del agua para evitar que se contaminara. No tuvieron que usarlas y fue una suerte porque no sabían si funcionaban. Llevaban sin limpiarse más de cien años y si ella lo hubiera sabido hubiera puesto el grito en el cielo.

Precisamente fue un tiro lo que la despertó sobresaltada al igual que a Luz, que se puso a llorar en su cuna. Confusa miró a su alrededor apartando las sábanas de la cama. Sus pies desnudos tocaron el suelo y aunque sentía debilidad fue capaz de coger a la niña en brazos para acunarla. Mientras lo hacía, volvió a escuchar ese ruido y se acercó a la ventana. Parpadeó porque no debía estar viendo bien. Su marido tenía una metralleta al hombro y disparaba a una diana. Exasperada miró a su hija— Hombres.

Dejó la niña en la cuna y abrió la ventana gritando— ¡Max!

Su marido miró a su alrededor antes de mirar hacia arriba. Como si no lo hubiera visto ya, intentó ocultar el arma tras él — ¡Has despertado a la niña!

—Perdona, cielo. ¿Estás mejor? — preguntó mientras varios de sus amigos se reían.

— ¿Mejor? ¡Cómo te pegues un tiro me vas a oír! — fulminó con la mirada a Bob que llevaba el brazo en cabestrillo— ¡Tú! ¿De qué te ríes?

Bob perdió la sonrisa— ¿Yo? De nada.

— ¡Más te vale! ¡Richard, quítales las armas antes de que gasten la munición!

—Sí, Hannah. Buena idea. — se acercó a Max extendiendo la mano y su marido se la entregó a regañadientes— Las pondré a buen recaudo.

— ¿No tenéis nada que hacer? — gritó desgañitada— ¡Johnny enseñales unos catas! ¡A ver si así pueden dejar de hacer el tonto y aprenden algo productivo!

Cerró la ventana dejándolos a todos con la boca abierta y Rose se echó a reír tras ella— Menuda fiera. Cualquiera te dice nada.

—Serán idiotas. Me han despertado. — miró a su hija e hizo una mueca— Y a ti también. ¿Verdad, preciosa?

Su marido entró en la habitación pidiéndole perdón con la mirada— No pensaba que lo oirías desde aquí.

— ¡Claro, sino lo hubieras hecho mucho más lejos para que no me enterara!

—Exacto.

Rose se echó a reír y Hannah le señaló con el dedo— ¡Esas armas son peligrosas! Están sin usar desde hace muchos años.

— ¡Las hemos desmontado, limpiado y vuelto a montar! ¡No pasará nada!

— ¿Y si las coge un niño? ¡Espero que estén en un sitio seguro! — asustada se llevó la mano al pecho— ¡Maxi!

—El niño no va a coger ningún arma. — se la quedó mirando y fue hasta la puerta— Vuelvo ahora.

Ella miró por la ventana, pero sólo vio a Johnny dando órdenes a hombres mucho más grandes que él para que se colocaban en la posición de karate que les mostraba. Vio salir a Max de casa e ir corriendo hacia una de las cabañas. Los gritos de Max se escucharon desde allí y Hannah casi pegó la nariz al cristal al ver a Max sacar a Maxi de la oreja de la cabaña mientras le echaba la bronca — Estupendo. Esto no va a mejorar en nada las cosas.

—Pues no. — dijo Rose a su lado.

Vieron como a Maxi se le llenaban los ojos de lágrimas mientras su padre le gritaba como un poseso. Por su expresión supo que su marido se había asustado y lo estaba pagando con el niño. Se mordió el labio inferior cuando vio como Maxi salía corriendo en cuanto podía. Max le observó alejarse con las manos en las caderas.

Ella suspiró volviendo a su hija y cogiéndola en brazos— Vamos a tener que tomar cartas en el asunto con tu hermano, cielo. Papá está muy perdido.

La niña sonrió como si la entendiera y Rose se echó a reír— Es una monada.

—Lo sé. Quiero tener mil.

— ¿No serán demasiados?

—Bueno, con diez me conformo. —miró de reojo a su amiga— ¿Y tú?

— ¿Yo qué? — se sonrojó intensamente.

— ¿Por qué no te casas con Peter de una vez?

—No me lo ha pedido.

— ¿Estás de broma?

Rose se sonrojó— Pues no.

—Seréis idiotas. Qué ganas de perder el tiempo.

— ¡Eh! ¡Lo tiene que pedir el!

— ¿Y a Marguerite le pasa lo mismo?

—Lo de Marguerite es distinto.

— ¿En qué?

Rose se hizo la distraída, pero Hannah dio un paso hacia ella haciéndola suspirar— Ella tiene miedo de no poder... — abrió los ojos levantando las cejas para que entendiera, pero ella no entendió nada y se vio en su expresión— Sexo, ya sabes.

—No tengo ni idea de qué me hablas. — dijo después de pensarlo unos segundos.

—A Marguerite la forzaron hace años.

A Hannah se le corto el aliento— El tipo está muerto, claro. Max se encargó de él, pero ella...

—Entiendo. ¿Cómo ocurrió?

—Un amigo de su padre se aprovechó de una situación colándose en su habitación. Max tenía veinte años y en cuanto ella lo confesó el tipo intentó huir. Casi hubiera sido mejor que le hubieran matado las bestias. A partir de aquel día esa situación nunca se volvió a dar entre los nuestros. Tienen miedo a las consecuencias.

Hannah sonrió orgullosa de su marido —Me alegro. Hablaré con Marguerite.

—Serás delicada, ¿verdad?

La miró ofendida— ¡Perdona, pero yo soy siempre delicada!

— ¿A ver qué te pasa con Bob? —preguntó dos horas después a su cuñada cuando fue a visitarla. Rose gimió tapándose la cara como si no tuviera remedio. Pasó de ella sin dejar de mirar a Marguerite, que tenía a la niña en brazos — ¿Te has acostado con él?

—Pues... — miró a Rose como si fuera la culpable de todo y su prima se sonrojó— No.

— ¿Te apetece?

—No sé. — respondió sonrojada.

Sentada en la cama miró a su cuñada atentamente. Parecía avergonzada, pero abrió la boca como si fuera a decir algo, aunque luego se arrepintió.

—Dime. —miró a Rose que había dado un paso al frente acercándose a su prima. Estaba de lo más interesada— Sólo estamos las tres y todo lo que nos cuentes no saldrá de aquí. Sólo queremos ayudarte.

Marguerite se sentó sobre la cama y miró a la niña con nostalgia— Me muero por tener una así.

— ¿Y qué te detiene? Tienes a un hombre al que quieres y que te quiere. ¿Qué te detiene?

—No sé si seré capaz. — susurró avergonzada.

Hannah apretó los labios deseando matar al que le había hecho eso, pero ya lo había hecho su marido, así que ya era agua pasada. Tenía que encontrar la manera de ayudar a su amiga. Sonrió y dijo— Cuando me acosté con Max la primera vez estaba asustada.

La miró sorprendida— ¿De verdad? ¿Tú?

—Yo me asustó por lo desconocido como los demás, pero no dejo que eso me detenga.

—Yo no soy así.

—Yo también tengo miedo. — dijo Rose sentándose al otro lado de la cama— Peter también está asustado. Tiene miedo de hacerlo mal.

— ¿No me digas? — preguntó ella sin poder evitarlo. Entonces recordó que era virgen como todos los solteros de la mina y sonrió— Pues cuando lo hagáis no podréis parar.

— ¿De veras?

—Es la experiencia más alucinante del mundo. — respondió soñadora— Cuando me toca ...— suspiró de gusto para luego fruncir el ceño— Lo único que me fastidia de tener un hijo es que ahora tengo que esperar. Voy a echarle de menos esta noche.

—Lo dices como si lo hicierais todas las noches. — dijo Rose divertida.

Ella levantó una ceja y ambas abrieron la boca sorprendidas antes de echarse a reír — Por muy cansado que esté le hago rendir. Aunque tampoco hay que animarle mucho. —soltó una risita— Mi hombre se anima solo.

— ¿De qué estáis hablando?

Las tres echaron un chillido sorprendidas cuando vieron a Max mirándolas atónito desde la puerta. Marguerite le puso a la niña en brazos a toda prisa y ella susurró— Hablaremos luego.

Marguerite forzó una sonrisa antes de salir de allí tan rápido que si parpadeaban ni la veías. Rose riendo también salió de la habitación.

—Nena... ¿estabais hablando de lo que creo? — preguntó cerrando la puerta.

—Pues sí. — miró a la niña e hizo una mueca— ¿Qué me dices Luz? ¿Hemos avanzado algo?

La niña cerró sus preciosos ojitos— Me parece que no. — fulminó con la mirada a su marido— Me has fastidiado el plan.

— ¿Qué plan? Deberías comentar esos planes conmigo. Somos un equipo.

Hannah apoyó la espalda sobre las almohadas poniéndose cómoda— Estaba intentando descubrir por qué tu hermana está haciendo esperar a Bob tanto tiempo para casarse.

Max apretó los labios cogiendo en brazos a la niña— Sobre eso...— dejó a la niña en la cuna porque ya estaba dormida— Hay algo que no sabes.

—Sí que lo sé.

Su marido se detuvo en seco antes de cruzar los brazos mirándola como si hubiera hecho algo malo— ¿Qué? — preguntó sintiéndose chiquitita.

— ¿Estás metiendo la nariz donde nadie te llama?

— ¡Es mi cuñada! Si tiene algún problema...

— ¡Debe resolverlo sola! Su problema es totalmente lógico.

— No he dicho que no lo sea. Pero quiere un bebé más que nada en el mundo y su hombre se acaba de salvar por los pelos. Lo menos que debe hacer, es intentarlo. ¡La cosa iba bien hasta que llegaste y entraste sin llamar!

— ¡Oh, perdona por entrar en mi habitación sin tocar el himno nacional!

— ¿Te lo sabes?

— Estás mal de la cabeza.

— Gracias, muy bonito. Decir eso de la mujer que te ha salvado la vida, que te ha dado una hija preciosa y a la que amas con locura. — levantó la barbilla orgullosa e intentó cruzarse de brazos, pero el hombro no la dejó.

Max sonrió sentándose a su lado— Es cierto. Tengo una suerte increíble.

Levantó más la barbilla— Lo sé.

Su marido se echó a reír y la besó suavemente, pero ella subió sus manos hasta su cuello atrayéndole reclamando su boca. La sujetó por la cintura pegándola a él y acarició su espalda haciéndola suspirar. Max se separó suavemente y su mano llegó a su pecho acunándolo con suavidad por encima de su camisón — Dios... que suerte tengo.

Ella sonrió— Y yo. Pero ya no soy solamente tuya.

Max levantó una ceja— ¿Ah, no?

— Ahora está la niña. Soy de los dos.

Sus ojos grises la miraron divertidos— Lo soportaré.

Hannah acarició sus mejillas con ambas manos — Te amo.

— Y yo a ti, cielo. Ahora descansa.

— ¿Otra vez? ¡No fastidies! ¿Estoy bien? ¿Qué tal si me levanto de la cama un ratito?

Max se levantó mirándola como si fuera el demonio— ¡Te quedarás en la cama!

— ¿Me estás gritando? — preguntó asombrada.

— ¿Me he pasado?

— ¡Sí!

— Pues te quedarás en la cama. — fue hasta la puerta ignorando sus protestas.

— ¡Max! ¡Ni se te ocurra salir de la habitación!

Su marido salió dejándola con la palabra en la boca— ¡Me aburro! ¡Que venga Rose y Marguerite!

Escuchó atentamente a ver si la había oído. Gimió al darse cuenta que no enviaría a nadie — Menudo aburrimiento.

Miró la cuna y decidió leer un poco. Había empezado el Quijote antes de dar a luz y estuvo un rato entretenida, aunque le costaba entender el lenguaje que se usaba en esa época. Penny le llevó la bandeja de la cena y ella sonrió al ver que le había llevado el postre de arroz que le gustaba.

— Maxi está abajo.

— Oh, qué bien. Dile que suba.

El niño entró por la puerta sorprendiendo a la tía de su marido— Niño, ¿no te había dicho que esperaras abajo?

— Quería ver si estaba bien.

Hannah se echó a reír y le hizo un gesto con la mano— Ven, quiero presentarte a alguien.

Maxi rodeó la cama tirando de una de las mangas de su pequeña túnica azul y cuando vio la cuna abrió los ojos como platos.

Hannah sonrió — Se llama Luz. ¿Qué te parece?

Maxi sonrió —Es muy pequeñita. —Penny cogió a la niña en brazos y Maxi la siguió hasta la cama mirando a la niña con los ojos como platos — ¿Puedo cogerla?

—No. — respondió Penny por ella.

—Ven, Maxi. Sube a la cama— dijo extendiendo los brazos para coger a la niña.

El niño se subió con sus botas llenas de barro sentándose a su lado para mirar a Luz — Es bonita, ¿verdad?

—Sí. —alargó su manita y le rozó con el dedo índice uno de los deditos de los pies— Es muy suave.

—Y mira como huele. — se la acercó y el niño respiró hondo sonriendo después antes de echarse a reír— Huele a caca.

Hannah jadeó y levantó a la niña oliéndola también. Se echó a reír sin poder evitarlo— Tienes razón.

—Voy a cambiarla. — dijo Penny divertida.

Maxi saltó de la cama y siguió a Penny para ver como colocaba a la niña sobre la cama, antes de empezar a quitarle el pañal de gasa blanca. Hannah empezó a comer observando como el niño ponía cara de asco al ver el pañal— Es pequeña, pero caga que da gusto.

Hannah se atragantó de la risa y se tapó la boca. Maxi se acercó corriendo subiéndose a la cama de nuevo para darle palmaditas en la espalda —Gracias. — dijo ella mirando sus ojos azules— ¿Quieres mi postre?

—No. — respondió muy serio—Tienes que comer.

Penny sonrió— Bien dicho. Si quieres postre hay más en la cocina. Ven Maxi que tengo que ir a por otro pañal.

El niño solícito saltó de nuevo de la cama y Penny le cogió de la mano— Vigila que la niña no se caiga de la cama.

Divertida vio como el niño colocaba sus dos manitas a ambos lados de Luz como si la niña fuera a rodar en cualquier momento —No se va a mover, cielo. — dijo ella con la boca llena.

— ¿Ah, no?

—Le pesa demasiado la cabeza.

—Es que será muy lista como tú.

Divertida empezó a comer su postre y la puerta se volvió a abrir. Ninguno de los dos miró a Penny — ¿Sabes qué? — preguntó Maxi.

— ¿Qué?

—Cuando crezca la enseñaré a buscar grillos.

—Muy útil. ¿Y qué más?

—Se lo enseñaré todo. — dijo al fin después de pensar en ello.

—Entonces tendrás que aprender de todo para enseñarla. ¿La enseñarás a luchar?

El niño dejó caer los hombros— No sé hacerlo como tú.

—Yo te enseñaré.

—Tú no sabes tirar al arco, ni usar la espada.

—A eso te enseñaré yo.

Hannah sonrió antes de girarse y Maxi le miró sorprendido. Un segundo después parecía que quería salir corriendo, pero tenía que vigilar a la niña. Se debatió entre quedarse e irse, pero al final Luz inclinó la balanza.

Max se acercó a la cama y no comentó nada sobre las manchas de barro antes de inclinarse para darle un beso en los labios a su mujer.

—Puaj, que asco.

—Ya me lo dirás dentro de siete años. — su marido miró al niño poniendo los brazos en jarras— ¿Qué haces?

—Cuidar al bebé. — levantó la barbilla orgulloso sin mover los brazos un milímetro.

—Es una misión muy importante.

Entonces la niña levantó las piernecitas e hizo pis. Maxi abrió los ojos como platos y puso la manita delante intentando detenerla. Max y Hannah reprimieron la risa al ver su esfuerzo. Cuando Luz terminó, soltó un gorgoteo y el niño se miró la mano con asco.

—Espera. — Max cogió una toalla rodeando la cama y cogió las manos del niño para limpiarlas.

—Me ha meado.

—Sí.

— ¿Tengo que enseñarle a no mearse en la gente también?

Intentando no partirse de la risa Max se agachó ante su hijo mirándole a los ojos—
Creo que eso lo aprenderá sola.

—Uff, menos mal. ¿Y tardará mucho?

—Un poco.

La niña chilló como si haber perdido su atención le fastidiara. Ambos la miraron y Max le cogió las piernecitas para quitarle el paño que tenía debajo—Vamos a quitarle esto para que no tenga frío.

—Salía caliente.

Hannah ya no pudo más. Se partió de la risa y ambos la miraron sonriendo encantados de oírla.

Penny entró en ese momento y asintió satisfecha al ver a la familia reunida.

Capítulo 9

Esa noche abrazados en la cama Max miraba el techo— Es un buen chico.

—Sí que lo es y lo has hecho de maravilla.

—Está encantado con Luz.

—Tenemos que potenciar su relación. Deben estar unidos como hermanos. Es importante para él.

—Mañana le haré una espada de madera.

Hannah levantó la cabeza sonriendo— Le va a encantar. Se muere por aprender.

— ¿Crees que a Tess le molestará?

—No le ha molestado que yo le enseñara a leer. ¿Por qué le iba a molestar que el jefe le enseñe a defenderse?

Se miraron a los ojos —No te fíes de ella para darle de mamar a la niña.

—Eso es distinto. Es como si ella al darle de mamar, me quitara algo a mí. No se explicarlo.

—Te entiendo.

— ¿De verdad?

Él asintió— Estás convencida de que Maxi es hijo mío y si le diera de mamar a Luz te sentirías mal. Es normal.

—Sí, es algo así.

—No es hijo mío.

—Y dale. — se sentó en la cama mirándolo fijamente— ¡Tienes que aceptar que el niño puede ser hijo tuyo! ¡Deja de ser tan cabezota!

—Debe ser mi tío. — dijo pensativo—Se parece mucho a mi padre.

—Urrr... — gruñó exasperada.

—Aunque también puede ser hijo de Bob.

Ella le miró asombrada— ¿Qué has dicho?

—Bueno, Bob no es un santo tampoco. Visitaba a Tess a menudo. De hecho, una vez...

— ¡No me lo cuentes!

Max se echó a reír— Cielo, tienes que entender que...

— ¡No! Entiende tú esto. ¡Es el hermano de Luz! ¡Punto! ¡Me importa una mierda que sea el hijo del panadero! ¡Para mí ya es de la familia y vas a aceptarlo!

—Lo acepto. — dijo asombrado por su reacción.

— ¡Ya era hora! — se volvió a tumbar enfurruñada porque siempre volvía a lo mismo— Y mañana voy a dar clase.

—Y una leche.

— ¡Ya tengo tres alumnos! ¡No puedo dejar que se pierdan más clases!

—Pues que se tomen vacaciones. Mañana te quedarás en la cama.

Hannah se mordió la lengua porque no quería discutir más. Acarició su pecho y sin darse cuenta pasó su uña por su pezón provocando que Max diera un respingo. Divertida le

miró a los ojos— Estás muy sensible. —su marido gruñó dándose la vuelta y sorprendida miró su espalda— ¿Cielo?

—Nena, déjame dormir...

Tenía la voz ronca y ella entrecerró los ojos— ¿Estás excitado?

— ¿Tu qué crees? ¡Me tienes a palo seco desde hace días y encima me tocas!

— ¿Prefieres que no te toque?

Otro gruñido en respuesta la hizo reír. Él se volvió ofendido — ¡No tiene gracia! ¡Recupérate de una vez!

—Hago lo que puedo.

— ¡Bien! — volvió a darle la espalda y maliciosa le tocó el trasero. Max se tensó sin moverse lo que le indicó que le encantaba, así que siguió acariciándose y su mano llegó hasta sus testículos. La espalda de su marido se tensó aún más y ella se la besó.

—Podemos hacer otras cosas. — susurró besando su hombro sin dejar de acariciarlo— Ummm cariño, que bien hueles.

Max no lo soportó más y se puso boca arriba atrapando su boca. La niña se echó a llorar y su marido gimió en su boca antes de separarse. Se iba a levantar cuando la puerta se abrió y Penny entró en camisón abriendo los ojos como platos al ver la excitación de Max que se puso como un tomate— Vengo a por la niña para la toma.

Max carraspeó tapándose con la sábana— Sí, bien. Adelante.

Cogió a la niña en brazos mientras Hannah intentaba retener la risa y Penny dijo — Cuarenta días, ¿recuerdas sobrino?

—No se me quita de la cabeza. — dijo haciéndolas reír.

—Dos por dos, cuatro. Dos por tres, seis...

Mientras recitaban la tabla del dos sus seis alumnos en las mesas del jardín, ella miraba distraída a Marguerite que pasaba ante ellos con un cesto de ropa para tender.

Tenía que volver a hablar con ella. Había pasado un mes y su cuñada intentaba que no sacara el tema cada vez que iba a ver a la niña. Bob estaba hablando con su marido ante la puerta del taller y vio como Marguerite le sonreía radiante. Vio que a Bob que se le caía la baba al ver a su novia. ¿Debería hablar con él?

Los niños se habían quedado en silencio —La tabla del tres.

Empezaron a recitar y siguió pensando en sus cosas. Entonces vio a Peter y apretó los labios disgustada porque su amigo no le hacía ni caso. Le había dicho que le pidiera matrimonio a Rose de una vez, pero el muy idiota quería esperar al cumpleaños de Rose. ¡Y para eso quedaban tres meses!

—La del cuatro. — golpeó la mesa con el dedo impaciente y los niños se miraron los unos a otros sin dejar de recitar. Maxi sentado frente a ella le dio una patada bajo la mesa y lo miró asombrada. El niño sonrió de oreja a oreja sin dejar de recitar.

— ¿Qué?

—Cuatro por diez cuarenta. Estás distraída. Mamá me dice que en clase debo estar atento.

—Niño sabiondo. — dijo haciendo reír a los demás.

Maxi sonrió orgulloso como si le hubiera dicho un gran piropo. Entonces escucharon el ruido. Todos miraron hacia el garaje y varios gritaron de alegría.

—No puede ser. — susurró levantándose de la mesa.

Maxi chilló como todos los demás y corrieron hacia la puerta del garaje. Cuando Hannah llegó hasta allí se encontró con que el coche funcionaba.

— ¡Lo has conseguido! — Max le palmeó la espalda a su amigo que miraba el coche como si no se lo creyera ni él.

—Increíble. — susurró Richard a su lado.

—Niños, apartaros de la puerta. — ordenó Max haciendo un gesto con la mano.

Todos le obedecieron y Bob se metió de nuevo en el coche haciendo que se moviera lentamente al exterior del garaje que estaba lleno de gente. Los ojos de Marguerite se llenaron de lágrimas al ver como su novio sacaba el antiguo Chevrolet del dos mil quince del garaje. Estaba muy orgullosa de él.

Max se acercó a Hannah y le pasó el brazo por la cintura— Es increíble, ¿verdad?

—Sí que lo es.

El coche dio una vuelta por la zona libre del recinto, que en la actualidad no era mucho porque con las cabañas nuevas no quedaba mucho espacio. Sabía que ese era un tema que preocupaba a su marido. El coche se detuvo ante la puerta del garaje y Max frunció el ceño— ¿Qué necesitas para que dure encendido más tiempo? Su amigo salió del coche sonriendo— Un depósito mayor. Mucho mayor.

—Está bien. Poneros a eso. Este tema es prioritario— lo dijo tan en serio que Hannah se tensó.

Max se alejó yendo hacia la herrería y ella le siguió mientras los niños gritaban alrededor del coche. Le alcanzó antes de que llegara— Cielo, ¿qué pasa? —le cogió del brazo intentando detenerle.

—Nada, ¿qué va a ocurrir?

Hannah apretó su brazo y no tuvo más remedio que mirarla — No pasa nada.

No se creyó una palabra y se sintió decepcionada. Él al ver sus ojos la cogió de la mano tirando de ella hacia su casa. Pasaron ante Penny, que tenía en brazos a la niña y les iba a decir algo, pero al ver sus caras serias cerró la boca viéndoles subir las escaleras a toda prisa.

Max cerró la puerta de su habitación y la miró a los ojos— Esto no puedes decírselo a nadie.

— ¿Qué pasa, cielo? —preguntó temiéndose lo peor— Tenemos problemas.

Max sonrió y la cogió en brazos riéndose. Ella se quedó tan sorprendida que sólo pudo agarrarse a su cuello— ¿Qué ocurre?

La tumbó sobre la cama y él se colocó a su lado apartando un mechón de su pelo negro de la frente— Primero júrame que no se lo dirás a nadie.

—Lo juro.

—La radio funciona.

— ¿De veras? ¿Y cómo lo sabes? Porque con nosotros... — abrió los ojos como platos al entender lo que quería decir — ¿Qué?

—Una comunidad a doscientos kilómetros de aquí han dado señales de vida.

No supo por qué, pero eso la asustó— ¿Estás seguro?

—He hablado con uno de ellos. Viven en un refugio antinuclear y aunque salen para buscar comida siguen viviendo allí.

— ¿Son muchos?

—Dieciséis. Pero eso no es lo importante.

— ¿Ah no? ¿Y qué es?

—Hace un año contactaron con una comunidad enorme.

A ella se le cortó el aliento— ¿Cómo de enorme?

—Doscientos mil.

—Una ciudad...— susurró asombrada.

—Lo que pasa es que no pudieron localizar el lugar exacto.

— ¿Son americanos?

—Sí. Marvin, el hombre con el que hablé, cree que son del este, pero la comunicación se cortó antes de que su contacto le dijera el sitio. En este año no han vuelto a contactar. —sonrió encantado— Dice que hay más como ellos. Muchos más, pero nadie tiene la posibilidad de llegar del punto A al punto B sin poner en riesgo a los suyos. ¿Entiendes lo importante que es el coche?

—Sí. — el temor de Hannah aumentó— Cariño, no pensarás ir hasta allí. ¿Y si el coche se estropea...

—No se lo he contado a nadie hasta hoy porque no existía la posibilidad de llegar hasta ellos, pero ahora...

—Seguimos sin tener esa posibilidad. Ese coche no es seguro.

—Si existe una posibilidad de hacernos más fuertes debemos aprovecharla.

—No sabemos cómo viven ninguna de esas comunidades. No sabemos si nos perjudicaría hacerlo y tu deber es proteger a los tuyos.

—A vosotros os ayudamos. — dijo muy tenso apartándose.

—No quiero ser egoísta. Te juro que no. Y hace unos meses ni hubiera pensado en ello, pero ahora pienso en mi hija. En nuestra hija. Aquí tendrá un futuro y no sabemos lo que le espera al otro lado de esos muros.

Max apretó los labios y se apartó sentándose en la cama. Suspiró llevándose las manos a la cabeza y apartando sus cabellos— No había pensado en eso.

Preocupada se sentó acariciándole la espalda— Mi amor, siento ser tan práctica y prudente, pero temo por nosotros.

Él sonrió— ¿Tú?

—Es lo que te hace ser madre. Tienes miedo de todo.

—Eres la persona más valiente que conozco.

Le abrazó por el cuello— Mentiroso. Sí que hay algo que me aterroriza y es que a vosotros os pase algo.

Max apretó los labios y asintió besándola suavemente —Lo pensaré, ¿vale?

Esas palabras la preocuparon y durante los días siguientes vio como su marido cada vez estaba más nervioso porque los trabajos en el coche avanzaban a toda prisa. Ya habían conseguido que el coche se mantuviera encendido durante cuatro horas. El día que consiguieron que estuviera encendido cinco horas la que se puso nerviosa fue ella, porque supo que su marido iría a investigar el lugar.

Estaban cenando en la mesa de la cocina y todas se mantenían calladas porque notaban la tensión que había en el ambiente. Nadie sabía lo que estaba pasando entre ellos, pero no había que ser un genio para darse cuenta. Hannah casi no comió nada y Max apretó los labios al ver su plato.

—Come, Hannah. Estás más delgada que antes del embarazo.

—Estoy bien. —miró a los demás— ¿Lo queréis? No me gusta desperdiciar la comida.

Penny cogió su plato y dividió su comida entre todos los demás. Max se cabreó aún más y se levantó de la mesa saliendo de la cocina furioso.

— ¿Qué diablos os pasa? — preguntó Penny asombrada.

Hannah se mordió el labio inferior y las miró de reojo sin saber qué hacer. Necesitaba hablar con alguien, pero lo había jurado. Y a su marido, además.

Se levantó de la mesa— Me voy a acostar. Estoy agotada.

Penny la cogió por la muñeca deteniéndola— Si sabes algo que nos afecte a nosotras, debes contárnoslo.

— ¿Nos afecta a nosotras? — preguntó Rose dejando de cenar.

—Es por el coche, ¿verdad? — dijo Marguerite poniéndola en tensión.

—Yo no he dicho nada.

Su cuñada apretó los labios.

Penny estaba confundida— ¿El coche? ¿Qué ocurre con el coche?

— ¿Para qué crees que lo quieren? ¿Para dar vueltas por el patio?

Penny miró a su sobrina con la boca abierta y Rose jadeó antes de decir— No hablareis en serio. ¿Van a salir? ¿Con esa chatarra?

—Yo no he dicho nada. Me voy a la cama.

— ¿Por qué iban a salir? — Penny se levantó bloqueándole el paso— ¿Hacia dónde?

Sus amigas la miraron fijamente desde la mesa y Penny se echó a reír— Menuda tontería. No pueden irse a la aventura. Sería un suicidio.

Los ojos de Hannah se llenaron de lágrimas y Penny se alarmó— ¿A dónde van, Hannah?

—No puedo decir nada.

—Dios mío. Van a algún sitio, ¿verdad? — preguntó Marguerite levantándose de su silla y acercándose— Por eso Bob está tan entusiasmado. ¡Dímelo, Hannah! ¡También es mi hombre! ¡Tengo derecho a saberlo!

Hannah se mordió el labio inferior— Lo prometí.

—Bien. — Rose se levantó muy seria— No hace falta que rompas tu promesa.

— ¿Estás loca? — gritó Marguerite alarmada— ¡Qué lo suelte de una puta vez!

—Espera. Ella no tiene que decir nada. Lo adivinaremos— se acercó a ella y la cogió sentándola en una silla— Tú sólo tienes que guiñar un ojo si es que sí. No dirás nada.

—Entiendo. — dijo Hannah aliviada.

— ¡Estupendo! — exclamó Penny— ¿Se van a algún sitio? — Hannah guiñó el ojo y Marguerite se puso nerviosa— ¿Hacia dónde? — las tres la miraron como si fuera idiota y Penny protestó— ¡Vale, nunca había hecho esto!

Rose puso los ojos en blanco y preguntó— ¿La radio tiene algo que ver?

— ¿Cómo has llegado a esa conclusión? — preguntó Marguerite extrañada.

—Porque nadie ha llamado a la puerta y el teléfono comunica.

—Serás idiota.

Hannah se echó a reír. Aquello empezaba a divertirla. Guiñó el ojo y todas la miraron con los ojos como platos. Casi con miedo Rose preguntó— ¿Alguien se ha puesto en contacto con nosotras?

Ella guiñó el ojo— Dios mío. — susurró Penny teniendo que sentarse.

— ¿Hay un grupo ahí fuera que se ha puesto en contacto no nosotras? — Hannah guiñó el ojo— ¿Y van a ir a buscarles? — volvió a guiñar el ojo.

Hannah dijo sin poder evitarlo— Pero yo no quiero que vayan. No sé lo que hay ahí fuera. ¿Y si están peor que nosotros? ¿Y si están enfermos y también tenemos que traerlos aquí?

—Ahora entiendes lo que sentimos nosotros cuando os acogimos. — dijo Penny preocupada.

—Sé que es egoísta, pero tengo que pensar en Luz. Es un bebé y si se ponen enfermos...— todas sabían que los bebés enfermos no solían vivir mucho.

—Y no sólo eso. — dijo Marguerite muerta de miedo— ¿Y si se les estropea ese cacharro por el camino? ¡No llegarán a casa caminando! ¡Y seguro que Bob va a esa excursión!

—Y Peter que se apunta a un bombardeo. — dijo Rose cruzándose de brazos— Tenemos que hacer algo.

Hannah las miró de reojo— Nos estás ocultando algo más, ¿verdad?

Tomó aire. Ya lo sabían casi todo, así que un poco mas no tenía importancia...— Hay otra comunidad en el este que es enorme.

— ¿Cómo de enorme? — preguntó Penny sin aliento.

—Unos doscientos mil.

Las tres la miraron con los ojos como platos.

—Vale, ahora sí que me estoy acojonando. — dijo Rose sentándose a su lado.

Se quedaron en silencio durante varios minutos pensando en el asunto — Esto es demasiado grande para ocultarlo. — dijo Marguerite.

—Max no quiere alarmar a la gente. Por eso lo oculta.

—Seguro que quiere ir a ver lo que ocurre y asegurarse de que no hay peligro. —dijo Penny preocupada.

— ¡El peligro será para ellos! — gritó Marguerite yendo hacia la puerta— Voy a hablar con Bob.

— ¡No! — gritaron todas a la vez levantándose de las sillas.

— ¡No pueden enterarse de que lo sabes! — dijo Hannah asustada— Sino Max no me volverá a contar nada.

Marguerite entrecerró los ojos y puso los brazos en jarras— ¿Entonces qué hacemos? ¡Porque yo tengo que hacer algo!

—Acuéstate con él. A ver si le dejas lelo y así no atina a conducir. — dijo Rose divertida.

Marguerite se lo pensó cruzándose de brazos— Munn. No es mala idea.

Las tres la miraron incrédulas— ¿Tan buena te crees en la cama? — preguntó su tía.

—No es eso. Pero lo de que no atine a conducir...

— ¡No puedes estropear el coche! ¿Y si lo necesitamos? — dijo Hannah poniéndose nerviosa.

—No es estropearlo. — Marguerite se retorció las manos— Es dejarlo algo tocado. Bob terminará por arreglarlo.

—Sólo retrasaremos lo inevitable. — susurró Penny.

— ¡Vamos a quedarnos viudas! — dijo Rose dramatizando— ¡Las tres! Viudas y...— abrió los ojos como platos— virgen. ¡Me voy a quedar virgen toda la vida porque ese idiota se va de excursión!

—Tranquilas. — Penny pensó en el asunto— Puede que sea beneficioso para nosotros.

— ¿En qué os hemos beneficiado nosotros? — preguntó Hannah seriamente— Ser sinceras. No os hemos beneficiado en nada.

—Tengo a Peter. — dijo Rose levantando la barbilla— Y la radio. El generador.

—Enseguida podremos tener luz eléctrica. Me lo ha dicho Bob. — dijo Marguerite— Claro que nos hemos beneficiado. Eres la profesora de los niños y rescataste a los hombres. Sin ti hubieran muerto.

—Nos habéis aportado cosas y conocimientos. — dijo Penny muy seria— De eso no hay duda. Igual nos beneficia unirnos a otra comunidad.

Hannah estaba agotada porque desde que se había enterado de la noticia no pegaba ojo. Se pasó la mano por la frente y suspiró — No quiero que Max vaya.

—Es el jefe. No dejaría que otro lo hiciera, pues no sabe a lo que se exponen. — Penny se volvió— Chicas, recoger y a la cama. Después de una noche de sueño sabremos qué hacer. Nada como consultarlo con la almohada.

Las tres se quedaron en silencio recogiendo. Marguerite tiró el contenido de los platos y se volvió furiosa— Vale. Si voy a perder a mi Bob por un sueño absurdo, ya puede dejarme preñada antes de irse. — decidida salió de allí dejándolas con la boca abierta.

Hannah miró a Rose que parecía que se lo estaba pensando— Vuelvo... cuando vuelva. — dijo su amiga saliendo también de la cocina.

Hannah tiró el trapo sobre la mesa y entrecerró los ojos. Debería aprovechar el tiempo que tenía con Max. Nunca se sabía cuándo se acabaría todo, así que dijo entre dientes— Se acabó la cuarentena.

Cuando su marido llegó a la habitación seguía enfadado— Mira, nena— dijo dando vueltas por la habitación— Sé que estás preocupada y dije que lo pensaría... No te prometí nada.

—Lo sé. — dijo molesta cubriéndose con las sábanas— Lo hiciste a propósito.

Max se sentó en la cama dándole la espalda y ella se destapó totalmente poniéndose de costado mientras él se quitaba las botas.

—Tengo que hacer lo que sea mejor para nuestra comunidad. — se levantó desatándose los pantalones y ella se mordió el labio inferior mirando su trasero— Eres mi esposa, pero cuando tengo que tomar una decisión no puedes influ... — se dio la vuelta perdiendo las palabras.

Ella le miró de arriba abajo— Cielo, no quiero seguir discutiendo. —movió la pierna doblando la rodilla— Y te he echado de menos...

Max sonrió arrodillando una pierna en la cama y acercándose como un felino — ¿Seguro que estás lista? — bajó su cabeza y la besó en el vientre.

Hannah suspiró tumbándose boca arriba y él siguió besándola subiendo por el valle de sus pechos mientras se colocaba entre sus piernas— Nena, yo también te he echado de menos.

Atrapó uno de sus pezones entre sus dientes y lo acarició con la lengua haciéndola gritar. Hannah llevó sus manos a su cabeza para que no se apartara y él sonrió malicioso antes de chupar con fuerza provocando que ella sintiera que la atravesaba un rayo. Arqueó la espalda sin poder evitarlo y él pasó un brazo por su espalda incorporándola hasta sentarla sobre su sexo endurecido, sin llegar a introducirselo. Hannah le miró a los ojos y se sujetó en

sus hombros moviendo sus caderas sobre él. A Max se le cortó el aliento —Preciosa, eres lo mejor de mí.

—No lo olvides nunca. — respondió antes de atrapar su boca besándole como si quisiera fundirse con él. Max la besó desesperado mientras la apretaba a su cuerpo abrazando su cintura. Sus manos bajaron hasta su trasero amasando sus glúteos sabiendo que le encantaba. Muerta de placer, apartó su boca arqueando su cuello hacia atrás y él se lo besó sin que ella pudiera dejar de mover sus caderas sobre su sexo. Max metió una mano entre sus piernas y ella se levantó ligeramente gimiendo de placer cuando él le introdujo su miembro lentamente. Sujetándola de las caderas la bajó poco a poco y Hannah apretó sus uñas en su cuello— Estas tan húmeda y caliente, nena. — dijo contra su cuello— Muévete para mí.

Le miró a los ojos y se elevó lentamente. Le besó su labio inferior sin dejar de moverse y él acarició su pecho con fuerza haciéndola gemir —No me dejes. — susurró ella contra sus labios— No puedo vivir sin ti.

Él la tumbó sobre la cama y la besó con fuerza acelerando el ritmo una y otra vez hasta volverla loca. Su cuerpo se tensó violentamente y rodeó sus caderas con sus piernas necesitando liberarse. Max empujó en ella con fuerza y sintió que su alma se unía a la suya, estremeciéndose a la vez con un placer indescriptible.

Max se tumbó boca arriba a su lado con la respiración agitada. Ambos miraron al techo intentado recuperarse y cuando ella consiguió volver a la realidad le miró —Dame más.

Él levantó una ceja— Sí que estás recuperada.

Hannah le acarició el pecho rozando con su pierna su sexo— No lo sabes bien.

Capítulo 10

Al día siguiente ninguno de los hombres hizo mucho y Penny se reía por lo bajo al verles sentados en los escalones de la casa charlando.

—Les habéis dejado hechos polvo. — dijo la tía mirando a las tres que sonreían de oreja a oreja sentadas en el suelo de hierba mientras tomaban algo el sol en un descanso de sus tareas— Seréis malvadas.

—No creas, es un trabajo arduo. — dijo Rose intentando ponerse seria— Voy a adelgazar con tanto ejercicio.

—Pues no sé tú, pero yo tengo agujetas. — dijo Marguerite haciéndolas reír.

—Novatas. — Hannah puso los ojos en blanco— Si él lo hace casi todo.

—Ya, pero cuando termina estoy agotada. — dijo Marguerite asombrada.

— ¿Y qué vas a hacer? Ahora que estás casada, ¿te irás a vivir con él?

—La verdad, es que hablar hemos hablado poco. — Marguerite miró a su prima— ¿Y tú?

—Oh, yo me voy a la casita de Peter. Ya he llevado mis cosas.

Marguerite entrecerró los ojos— ¿Y a mí por qué no me ha dicho nada? — molesta se levantó y caminó furiosa hasta los hombres.

—Ahí va. — dijo Penny haciendo una mueca— Le va a poner fino.

Fue divertido ver la cara de sorpresa cuando empezó a echarle la bronca ante Max, que al escuchar que se había acostado con su hermana, se levantó apretando los puños mirándole como si quisiera matarlo. Bob dijo que para él estaban casados y Max entrecerró los ojos mientras que Marguerite sonreía de oreja a oreja diciendo— Ah, ¿entonces me mudo o te mudas?

— ¿Y vivir con tu hermano? Te mudas, te mudas.

Las chicas se echaron a reír cuando Marguerite se dio la vuelta y les guiñó un ojo. Bob estaba sonrojado mirando de reojo a Max, temiendo que se le tirara encima en cualquier momento, mientras Peter se hacía el loco y Troy se partía de la risa.

Llegó Raul corriendo y Hannah se tensó al oír llamar a gritos a su marido, que se volvió en el acto. Hannah entregó la niña a Penny levantándose también. Se acercó a ellos a toda prisa y escuchó a Raul decir que alguien había pinchado las ruedas del coche.

Con los ojos como platos se volvió hacia sus amigas que hicieron exactamente lo mismo que ellas.

— ¡Hannah! — gritó su marido señalando la puerta— ¡A tu habitación!

Estaba furioso y ella se sonrojó al ser el objeto de todas las miradas —Yo no he sido.

— ¡Sí, seguro! ¡Sube ahora mismo!

— ¿Se lo has contado? — preguntó Bob asombrado antes de mirar a Marguerite— ¿Lo sabías?

Su mujer se sonrojó— Uff, qué calor hace. Me voy a casa que tengo mucho que limpiar.

— ¡Marguerite! — gritó su hermano furioso antes de mirar a Hannah— Entra en el salón. ¡Ya! ¡Y vosotras también!

Las mujeres entraron en el salón con la cabeza muy alta mientras que Hannah desviaba los ojos de su marido, que la miraba como si le hubiera fallado —No he hecho nada. Lo adivinaron.

Él la cogió por el brazo con fuerza haciéndola subir los escalones— No hubiera esperado esto de ti. — siseó fuera de sí— No puedo explicar cómo me has decepcionado.

Hannah sintió que le daba un vuelco el corazón al escuchar la frialdad de su voz y cuando la soltó al lado de las demás, que esperaban de pie cerca de la chimenea agachó la mirada apretando sus manos.

—Muy bien. ¡Ya podéis decir quién ha sido!

Se miraron las unas a las otras antes de mirar a sus hombres que estaban furiosos.

—Ya decía yo que después de insistir dos años era muy extraño que anoche vinieras a mi casa. ¿Era para distraerme mientras tus amigas hacían esta barbaridad? — gritó Bob a su mujer.

— ¡No! — Marguerite se sonrojó y desgraciadamente pareció culpable— Lo hice por otra razón.

— ¡Sí, la misma que tuvo Rose! — Peter se cruzó de brazos fulminando con la mirada a su mujer — ¡Soltarlo de una vez!

Todos miraron a Hannah, que no sabía qué decir porque se sentía muy culpable.

— ¡Sube a tu habitación! ¡No saldrás de allí hasta que yo lo diga!

— ¡No puedes encerrarla! — exclamó Penny asombrada— ¡No ha hecho nada!

— ¡Traicionarme! ¿Te parece poco? — gritó su marido furioso dando un paso hacia ella intentando controlarse— ¿Qué clase de esposa hace algo así?

Hannah ya no pudo retener las lágrimas y salió corriendo escaleras arriba dejando al grupo con la boca abierta. Cuando llegó a su habitación avergonzada cerró la puerta por dentro deslizando el tablón de madera por la ranura y se dejó caer en el suelo mientras las lágrimas caían por sus mejillas. Le había hecho daño, lo había visto en sus ojos. No se lo perdonaría nunca y no le extrañaba que estuviera enfadado con ella. Le había traicionado. Le había rogado que no contara nada y ella no había tardado en contárselo a sus amigas. Se apretó el estómago sintiendo dolor, porque tenía la sensación de que había roto algo irremplazable. Ya no confiaría en ella jamás.

—Estúpida, estúpida. — dijo para sí abrazándose las piernas, ocultando su cara en las rodillas.

Se pasó llorando toda la tarde. Nadie fue a molestarla y por supuesto Max no pasó por allí, ni para echarle la bronca de nuevo. Cuando llegó la noche nadie le llevó la cena, aunque ella no tenía hambre y le dio igual. Su marido no fue a dormir lo que la deprimió todavía más.

Después de pasarse toda la noche sin dormir, empezó a pensar dónde habría dormido y la imagen de Tess apareció por su mente. No, podía estar enfadado pero no le haría algo así. Intentaría hablar con él y procuraría solucionarlo. Tenía que solucionarlo. ¡No podía vivir sin él!

Cuando llegó la hora del desayuno alguien intentó abrir la puerta— ¿Hannah? Te traigo el desayuno.

Sentada en la cama miró hacia la puerta sorbiendo por la nariz— Penny, no tengo hambre.

—Tienes que comer algo. Ayer casi no...

— ¡No tengo hambre! — se tumbó en posición fetal mirando hacia la pared.

—Abre, por favor. Déjame ver cómo estás.

Ella no contestó. Intentaba descubrir cómo arreglar su metedura de pata, pero no se le ocurría nada. La verdad es que si él la hubiera traicionado, estaría tan dolida que no querría ni verle, así que le entendía perfectamente. ¿Podría olvidarlo? Era poco probable. Su relación ya no volvería a ser la misma. Sin poder evitarlo se echó a llorar otra vez y pasaron varias horas.

Llamaron a la puerta sobresaltándola— ¿Hannah? — la voz de Rose la hizo suspirar mirando al techo— Te traigo la comida.

Sabía que si no abría su amiga insistiría hasta que se diera por vencida, así que se arrastró fuera de la cama y abrió la puerta. Rose la miró muy preocupada y no era para menos. Estaba pálida y tenía ojeras. Eso por no decir que su cabello estaba revuelto como un nido de pájaros y sus ojos estaban rojos de tanto llorar. Hannah se volvió y regreso a la cama tumbándose mirando a la pared.

— ¿Estás bien? — preguntó su amiga tímidamente dejando la bandeja sobre la mesa al lado de la cama.

—Sí. — susurró ella cerrando los ojos para no echarse a llorar de nuevo— Estoy cansada, eso es todo.

—Están enfadados, pero se les pasará.

—Rose, ¿puedes dejarme sola? Necesito estar sola.

Su amiga vio como una lágrima caía por su mejilla y se apretó las manos nerviosa— Sólo quiero que sepas que nosotras estamos contigo.

Al ver que no contestaba, Rose salió de la habitación en silencio. Hannah no probó la comida y cuando Penny fue con la cena miró asombrada la bandeja— ¡No has comido nada! ¡Te vas a poner enferma!

— ¿Sabes dónde está Max? — preguntó angustiada porque su marido no había ido a verla.

—Ha salido a cazar, estará al llegar. Debes comer algo.

—No tengo hambre. —se volvió dándole la espalda.

—Hannah, sé que estás disgustada, pero a Max se le pasará. En cuanto sepa quién ha sido...

— ¿Y quién ha sido Penny? Porque sólo os lo dije a vosotras.

—Bueno, ellos también lo sabían. Puede que se lo dijeran a alguien.

Hannah la miró sobre su hombro— Viste su reacción. ¿Crees que se hubieran puesto así si la información fuera de dominio público? —Penny se sonrojó— Déjame sola, por favor.

Una hora después alguien abrió la puerta y escuchó el gorgoteo de su hija. Se volvió echando un vistazo sobre su hombro y vio que Max la miraba furioso mientras le acercaba a su hija — Cógela. — dijo despótico poniéndole la piel de gallina.

Su marido vio la bandeja sin tocar mientras ella se sentaba en la cama y extendía los brazos— Max, te juro que yo no...

Max la miró con desprecio— Ni se te ocurra jurar...— sin decir nada más salió de la habitación dando un portazo.

Hannah se mordió el labio interior reprimiendo las lágrimas mientras miraba a su hija que estaba dormida. Cuando Penny volvió a por la niña se las encontró a ambas dormidas. Penny cogió a la niña y se la llevó para la toma mirando a Hannah con pena. Max tampoco fue a dormir esa noche, lo que la deprimió aún más sabiendo que aquello ya no tenía remedio. Le dejaba claro que la estaba repudiando.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana abriéndola, sintiendo el calor del sol en su rostro. Entonces mirando la madera de la ventana vio un pelo castaño y cerró los ojos al reconocer el color del cabello de Laura, sabiendo que ella nunca tomaría esa salida. Miró al exterior más allá de los muros, convencida de que su vida allí había acabado. Max no la perdonaría y ella no podía vivir allí sin él. Entonces se le ocurrió que antes de que ellos arriesgaran la vida, podía arriesgar ella la suya, que ya no le importaba nada. Max cuidaría bien de la niña y ella tendría una misión que la obligara a seguir adelante. Al menos durante un tiempo.

Pensó en su hija. Si evitaba que su hija pudiera sufrir algún daño por la llegada de nuevos residentes o evitaba que sus amigas perdieran a sus hombres, habría merecido la pena. Pensó en Max y apretó los labios. Si moría, sería libre para no pensar más en él. Ya no habría más dolor y él la olvidaría tarde o temprano. La mirada que le había dirigido el día anterior, le había dicho que no sólo estaba enfadado, sino que la despreciaba. No sería difícil que la olvidara. La mente siempre procuraba olvidar lo que nos hacía daño. Lo había leído en un libro de psicología.

Maxi pasó por debajo de la ventana y la saludó con la mano. Ella forzó una sonrisa e hizo lo mismo.

— ¡Maxi! — gritó Max sobresaltando al niño— ¿No tienes nada que hacer?

—No, señor. — respondió intimidado— Hoy no tengo que ir al huerto.

— ¡Pues entrena con la espada!

El niño salió corriendo y su marido la miró indicándole con la cabeza que se metiera en la habitación. Hannah apretó los labios reprimiendo el dolor que sentía en su pecho y cerró la ventana lentamente. Detrás del cristal vio como seguía caminando furioso hasta la torre del vigía, gritándole algo que ella no llegó a escuchar. Estaba claro que no quería que tuviera contacto con los de la comunidad.

Sintió tanta rabia por toda aquella situación —Si hubieras mantenido la boca cerrada. — dijo para sí volviéndose y yendo hacía la cama.

Cogió un trozo de pan y masticó sin ganas empezando a pensar como saldría de allí sin que la vieran. También tenía que descubrir dónde estaba la otra comunidad. La localización exacta. Seguro que su marido la tenía apuntada en algún sitio. Entrecerró los ojos porque dónde ocultaría una información tan importante. Tenía que ser un sitio seguro al que accediera poca gente o personas de confianza. Dejó el pedazo de pan sobre el plato y se levantó de la cama mirando a su alrededor. Sus ojos pasaron por la silla, la mesa, el arcón donde sabía que no estaba pues lo abría a menudo, la mesa de al lado de la cama que no tenía cajones y la cama que hacía ella.

Se agachó poniéndose de rodillas y miró bajo el colchón. Al girar la cabeza porque allí no estaba, vio una esquina de papel salir de debajo de la cuna de su hija. Se le cortó el aliento al levantar la cuna y ver debajo el trazado de un mapa. El refugio antinuclear estaba a veinte kilómetros de Austin. Hacia el norte. Había una carretera que llegaba directamente al refugio, pues estaba en una antigua base militar.

Se mordió el labio inferior pensando en cómo llegaría allí. Estaba a unos cien kilómetros. Podría ir caminando, pero no sabía si las bestias la dejarían llegar.

Escuchó ruidos en la escalera y dejó el mapa en su sitio sentándose en la cama a toda prisa. La puerta se abrió de golpe y Max apareció cerrando de un portazo.

—Te alegrará saber que el coche ya está reparado. —dijo con burla.

¡El coche! ¡Podía irse en el coche! — Me alegro.

—Lo dudo mucho. — se acercó a la cama y la señaló con el dedo— ¡Te quedarás aquí hasta que me haya ido, para evitar que vuelvas a hacer una tontería!

—Yo no he hecho nada. — susurró mirándose las manos.

— ¡Y una mierda! Y no te hagas la inocente conmigo porque no eres así en absoluto. No querías que nos fuéramos e ideaste todo esto. ¡Nos llevasteis a la cama para llevar a cabo ese retorcido plan, pero te ha salido como el culo!

Hannah se mordió la lengua, pero al final no pudo evitar decir— ¿Te parece que esta actitud es la correcta? Sé que he metido la pata, pero te estás pasando.

— ¿Pasando? ¡Debes estar de coña! ¡Hasta una bestia es más fiel a su palabra que tú!

A Hannah se le cortó el aliento por el insulto y levantó la vista sin poder evitar mostrar que estaba dolida. Max se tensó— Te quedarás en la habitación y no saldrás bajo ningún concepto. ¿Me has entendido?

—Sí. — le miró a los ojos y sonrió sin ganas— Supongo que ya no te veré más.

Él frunció el ceño— ¡No pienso morirme! ¡Volveré y se te quitarán esas ideas absurdas de la cabeza!

—Puede que no nos veamos más. Es una posibilidad y tienes que reconocerlo.

— ¡Ya estás dramatizando! — exclamó yendo hacia la puerta como si no soportara mirarla.

—Te quiero.

Max se detuvo en seco con la mano en la puerta abierta y la miró sobre su hombro como si desconfiara de sus palabras — Bonita manera de demostrarlo.

—Lo siento. — susurró mientras él salía de la habitación.

Escuchó como Max daba órdenes en el patio y supo que estaba organizando su salida. Se levantó nerviosa y cogió la comida guardándola en un paño. Necesitaba agua. Entonces se abrió la puerta sobresaltándola y el anciano Walter entró en su habitación a hurtadillas. En cuanto vio al viejo supo que había hecho algo. Tenía la misma mirada que cuando reconoció que había estropeado el regulador de radiación.

—Dios...Has sido tú.

—Lo siento. No sabía que te iban a castigar a ti. — dijo arrepentido.

— ¿Cómo te enteraste?

—Lo sabe toda la comunidad. Maxi se enteró escuchando a hurtadillas y se lo ha dicho a todos. En secreto, claro.

—Un secreto a voces.

Walter miró el paño que tenía en la mano y sus ojos brillaron— Te escapas.

—Me llevo el coche y voy a buscar esa comunidad. Pienso proteger a los míos y si hay peligro, me enfrentaré yo a ellos.

—Me voy contigo. — dijo sorprendiéndola— Me queda poco y quiero ver mundo. Llévame contigo.

Miró al viejo y le entendió. Se había pasado casi toda su vida encerrado y acabar sus días allí no le era suficiente — Tienes que lograr abrir las puertas.

—No será difícil. Los hombres se van ahora de caza para dejar reservas durante su ausencia. Cuando vuelvan, el vigía abrirá las puertas. Entonces podremos salir. Será dentro de unas tres horas.

—Busca agua y una brújula. Guárdalas en el coche discretamente.

—De acuerdo. ¿Algo más?

—Algo de comida.

Walter asintió y sonrió mostrando que le faltaban los dientes inferiores— Gracias. Sé que soy un viejo, pero te seré útil.

Fueron las dos horas y media más eternas de su vida. Se comió la comida y el desayuno que le llevó Penny. Tenía que recuperar fuerzas. Su amiga fue a recoger la bandeja y la miró de reojo— Lo siento.

— ¿Qué sientes? — preguntó sorprendida— Tú no tienes la culpa de nada.

—Si no te hubiéramos presionado...

Hannah forzó una sonrisa— Hubiera ocurrido igual. No te preocupes.

Penny sonrió— ¿Sabes? Puede que Max esté enfadado, pero se le pasará. Cuando vuelva lo arreglareis y...

— Si a mí me pasara algo, cuidarías de Luz, ¿verdad? — miró a su hija que ya estaba en la cuna de nuevo.

—Claro que sí. Qué cosas dices. Pero no te va a pasar nada.

—Si a Max o a mí...

— ¡Deja de decir esas cosas! — Penny se puso nerviosa yendo hacia la puerta— No os va a pasar nada.

—Sólo quiero asegurarme que Marguerite y tú os haréis cargo. Nunca se sabe lo que puede pasar.

—Por supuesto que sí. —la miró preocupada— ¿Seguro que estás bien? ¿Te encuentras bien?

—Sí, claro. ¿No me lo he comido todo?

Penny sonrió aliviada —Tengo que ir a trabajar. ¿Necesitas algo?

—No, gracias.

En cuanto salió de la habitación, se levantó y fue hasta la puerta saliendo lentamente. Bajó las escaleras con cuidado de no hacer crujir los escalones y se agachó para ver el salón. Suspiró de alivio al ver que estaba vacío y corrió al exterior. Fuera saludó con la cabeza a varias personas, que como suponía no sabían que estaba castigada. Se acercó a la puerta del garaje y allí estaba Walter sentado sobre una piedra como si estuviera descansando. Le hizo un gesto con la mirada indicándole que entrara y ella lo hizo. No había nadie cerca del coche y abrió la puerta del conductor sentándose tras el volante.

—Vale. — susurró mirando la palanca y las llaves puestas en el contacto— No puede ser tan difícil.

No podía encender el coche hasta que llegara el momento, porque si no todos la escucharían. Walter abrió las puertas empujándolas lentamente como si tal cosa, lo que indicaba que debía prepararse. Llevó su mano al contacto cogiendo la llave y Walter hizo un gesto. Hannah dio al contacto y el motor rugió cuando apretó el pie derecho en el pedal — Vale, acelerador y el otro es el freno.

Walter se subió al coche— Vamos, vamos.

— ¡No se mueve!

Walter bajó el freno de mano y movió la palanca — ¡Acelera!

Ella lo hizo y el coche salió disparado. Varios gritaron al verles y otros les vitorearon como si fuera un juego — ¡Vas muy rápido!

Hannah sólo miraba las puertas abiertas de la empalizada y tocó el claxon para avisar a los que estuvieran al otro lado de qué iba a pasar. Pasaron por la puerta dando un bote por el desnivel y los hombres que llegaban la miraron con los ojos como platos. Pero el más sorprendido de todos fue Max, que frente al coche palideció al verla tras el volante. Hannah dio un volantazo para evitarlo, haciendo derrapar las ruedas traseras sobre la tierra y cuando lo volvió a enderezar miró hacia atrás para ver a Max llevándose las manos a la cabeza.

Hannah miró al frente mientras Walter gritaba de alegría— ¡Lo conseguimos!

—Tenemos que llegar a Austin. Saca la brújula. Tenemos que ir al noroeste.

Increíblemente encontraron una antigua carretera, que cada cierto tiempo les indicaba lo que faltaba para llegar a Austin.

—Esto es increíble. — susurraba Walter mirando a su alrededor alucinando.

Ella no se preocupaba por eso. Lo único que le importaba era llegar a su destino y tener el suficiente combustible. A ambos lados de la carretera había granjas medio destruidas y algunas tenían vehículos.

— Fíjate. Podríamos reutilizar muchas cosas. — dijo su amigo ilusionado— Richard va a estar encantado.

—Sí, eso serviría de mucho si todavía funciona el coche al volver. — dijo para sí. Su amigo la miró preocupado. Volvió la vista hacia atrás hasta el depósito de plástico de cien litros que estaban anclado en el antiguo portaequipajes. Apretó los labios al ver que ya habían gastado un cuarto.

—Mantén velocidad para gastar lo menos posible.

—Entendido.

Al llegar a Austin, se les cortó el aliento al ver los edificios. Muchos estaban casi intactos —Dios mío. ¿Has visto eso?

Ella detuvo el coche y susurró —Es increíble. ¿Habrá alguien viviendo ahí?

—No sé, pero las posibilidades son infinitas. — se echó a reír golpeando el salpicadero del coche— ¡Santa Claus se ha adelantado!

Ella sonrió —Ahora vamos al norte.

—Busca una carretera que vaya hacia allí. Si vamos por tierra gastaremos más combustible.

Encontraron una carretera que iba hacia el norte. Una antigua autopista— ¡Espera, espera! —gritó Walter señalando un cartel.

Hannah frenó en seco y dio marcha atrás para ver el cartel. Era un pequeño cartel que indicaba la desviación a la Base del ejército de tierra Harper. Si antes estaba nerviosa al ver ese cartel su corazón se puso a cien por hora —Es aquí.

Tomó la desviación y siguió la carretera mientras los dos retenían la respiración. Walter miró hacia atrás para ver el depósito—Más de la mitad.

—Al menos llegaremos. —dijo intentando ser positiva intentando olvidar la cara de Max, que la torturaba desde que habían salido.

Entonces llegaron a una alambrada. Había una puerta cerrada y detuvo el coche lentamente.

—Hemos llegado. — dijo su amigo mirando a su alrededor.

Salió del coche antes de que pudiera impedirlo — ¡Walter, ten cuidado!

—No hay nadie. —cerró la puerta del coche y Hannah por precaución sacó las llaves del contacto saliendo del coche tras él. Algo le daba mala espina.

Cerró la puerta del coche mirando la alambrada — ¿Por qué no hay vigías? — preguntó su amigo.

—No lo sé. —se acercaron a través del camino de polvo hasta la entrada y empujaron la verja que sorprendentemente se abrió — Vale, ahora sí que esto tiene mala pinta. ¿Un refugio donde puede entrar cualquiera?

Entonces Hannah lo vio. Un hombre les apuntaba con un arma desde un agujero del suelo que estaba camuflado —Levanta las manos, Walter.

— ¿Por qué?

—Por eso. — se lo señaló con la mirada y su amigo sonrió levantando las manos.

— ¿Quiénes son? — gritó el hombre sin mostrar su rostro. Sólo veían el contorno de su cabeza por la sombra que provocaba la luz del sol.

—Venimos del sur. — dijo ella desconfiando. Su amigo disimuló al oírla, lo que fue un alivio— Nos pusimos en contacto por radio hace unos días y nos hemos acercado para conocernos.

El hombre se levantó saliendo del agujero llevándose con él el camuflaje y el arma en posición. Apartó la lona de camuflaje y a Hannah se le cortó el aliento al igual que a Walter. Sus ojos eran casi transparentes y sus uñas estaban oscurecidas.

—Están mutando. — susurró Walter.

—Ya lo veo. — forzó una sonrisa mientras el hombre se acercaba sin soltar el arma que seguía llevando al hombro.

— ¿Quiénes sois?

— ¿Podemos hablar con la persona al mando?

El hombre gruñó y miró de reojo el coche— Tenéis vehículo.

—Sí, ¿y vosotros?

—No. Nosotros no. — el hombre volvió a gruñir — Y lo quiero.

Walter se tensó— ¿Podemos hablar con tu jefe? Tenéis jefe, ¿verdad?

El hombre miró a su amigo apuntándole con el arma— ¡Cierra la boca, viejo!

— ¿Acaso no queréis que os ayudemos? ¿No necesitáis conocimientos?

Eso pareció convencerlo — ¿Qué conocimientos?

—Tenemos médicos y coches. — señaló el suyo— ¿No queréis ayuda? Podemos ayudaros a llegar a la gran comunidad del este.

El hombre la miró con avaricia y bajó el arma mirando a Walter— ¿Tú eres el jefe de tu comunidad?

—Sí, soy el más anciano y he venido en persona a hablar con el tuyo. ¿Está por aquí?

—Está dentro.

— ¿Me llevas hasta él?

El hombre les indicó con el arma que se adelantaran y Walter negó— Lo siento, pero mi ayudante se queda con el coche. Puedes entenderlo, ¿verdad?

— ¿Y si se va?

— ¿Sin mí? ¿Por qué se iba a ir sin mí? Hemos venido hasta aquí para cumplir una misión y hasta que no la cumpla, ella no se va a ningún sitio.

Hannah tragó saliva sabiendo lo que estaba haciendo. Ya habían cumplido su misión. Se miraron a los ojos y Walter sonrió— Es como mi hija. Haría cualquier cosa por ella, pero debe cumplir la misión. —le hizo el mismo gesto con la mano que cuando le indicó que encendiera el coche— Ve, hija. Cuida el coche. Max se disgustaría mucho si lo máspreciado para él se dañara.

—Walter... — no podía dejarle allí. Se sentía tan culpable.

— ¡Ve y haz lo que te ordeno!

Esa manera de tratarla pareció agrandar al hombre y ella se volvió caminando hacia el coche mientras reprimía las lágrimas. Walter se volvió con aquel hombre mitad bestia hacia el complejo. Hannah al salir cerró la verja mirando la espalda de su amigo, que seguía hablando tranquilamente. Entraron en el edificio y ella corrió hacia el coche encendiéndolo a toda prisa y dando marcha atrás. Un fuerte estallido la sobresaltó y vio que salía humo negro del complejo.

—La granada. — susurró ella acelerando, empujando el pedal hasta el fondo para salir de allí. Miró por el espejo retrovisor y vio como varias personas salían corriendo algunas envueltas en llamas— Llevaba la granada encima.

Hannah se echó a llorar apretando el volante durante el camino de la desviación y al entrar en la autopista el coche derrapó por la velocidad. Intentó calmarse porque su corazón golpeaba su pecho una y otra vez. Tenía la respiración agitada y temió desmayarse.

— ¡Joder, Walter! — gritó furiosa — ¿Por qué no le tiraste la granada y escapaste conmigo?

Golpeó el volante una y otra vez mientras dejaba atrás la ciudad. Entonces la vio. No la había visto a la ida, pero allí estaba. ¡Una gasolinera!

Frenó el coche mirando a su alrededor por si había bestias cerca. Dejó el coche encendido y bajó del vehículo rodeándolo a toda prisa. Entonces vio la tienda y las latas de aceite y mil cosas más que serían muy útiles en su comunidad. Abrió la puerta de cristal y cogió una de las cestas. Era increíble lo bien que estaba todo después de tantos años. Cogió todas las latas de aceite que encontró y varios envases de plástico. Incluso los parabrisas. Para algo servirían. Abrió la puerta de atrás del coche metiendo todo lo que encontraba que podía utilizarse. Entonces encontró latas de gasolina. E incluso bombonas de gas. El coche era una auténtica bomba ambulante. Al pasar vio unas bolsas de caramelos y se detuvo en seco— ¿Se podrán comer? —por si acaso las cogió todas. Ya lo preguntaría — ¡Joder! ¡Chocolate!

Tuvo que empujar la puerta para que se cerrara y abrió la del pasajero para seguir metiendo cosas. Encontró un cuchillo que se guardó en la bota y cosas de primeros auxilios. Se lo llevó todo, incluidas todas las herramientas que se encontró.

Cuando ya no pudo meter más, gruñó por tener que dejar tantas cosas atrás. Se metió en el coche y salió de allí disparada. Chilló de alegría por el botín y después recordó a Walter —¡Amigo, esto te habría encantado!

Cuando salió de la carretera estuvo atenta para no perderse porque ya no tenía señalizaciones. Afortunadamente habían cogido puntos de referencia y suspiró cuando le parecía que ya había llegado. Estaba oscureciendo y se estaba poniendo aún más nerviosa, si eso era posible.

— ¡Vamos, vamos! —gritó al ver que el coche iba más lento hasta llegar a detenerse del todo— ¡Mierda! ¡Ahora no!

Las luces del coche mostraron el valle ante ella y la empalizada en el medio. De repente deseaba llegar a casa y que Max le gritara a todas horas.

Entrecerró los ojos al ver la pendiente. Si dejaba que el coche cayera hacia abajo puede que recorriera la mitad del camino.

Dejó la puerta abierta colocando la palanca en punto muerto y corrió hacia atrás. Empujó con fuerza y el coche se movió un poco —Vamos...

Después de tantos intentos que había perdido la cuenta, se apoyó agotada en el coche.

—Mierda. Voy a tener que ir caminando. — el coche empezó a desplazarse y ella gritó intentando agarrarse a él, pero se hizo una herida en la mano al intentar sujetarse en el borde del capo, que estaba cortado para meter el enorme depósito de plástico. Gimió al ver como el coche bajaba la ladera cogiendo velocidad llegando a detenerse a unos veinte metros de la puerta de entrada. Los gritos se escucharon desde allí y varias flechas encendidas cayeron alrededor del coche para darle luz.

Ella se levantó con esfuerzo y vio como se abría la puerta. Sonrió al ver como Max salía corriendo con una espada en la mano. Intentaría que la perdonara. Haría lo que fuera.

Empezó a bajar la colina y sonrió al ver como los demás salían corriendo para acercarse al coche.

Max miró dentro del coche y gritó— Hannah! — su marido miró desesperado a su alrededor.

— ¡Estoy aquí! — gritó ella moviendo el brazo de un lado a otro.

Max miró hacia ella y aterrorizado empezó a correr en su dirección. — ¡Corre, nena! ¡Corre!

Hannah escuchó un sonido tras ella y sin mirar hacia atrás empezó a correr. Varios gritaron corriendo en su dirección con los arcos en alto. Troy se detuvo para lanzar una flecha que vio que iba directamente hacia ella. Pero no se desvió de su camino porque sabía que estaba dirigida a algo que estaba siguiéndola. La flecha pasó a su lado rasgándole la manga y escuchó que algo caía. Si darse cuenta miró hacia atrás y abrió los ojos como platos al ver a la mujer bestia con el rostro y el cráneo medio quemado corriendo tras ella sin perderla de vista. Estaba tan cerca que podía ver claramente ojos blancos poniéndole los pelos de punta. Chilló cuando alargó la mano hacia ella y arañó su espalda agarrando un mechón de su pelo. Hannah gritó al sentir como le arrancaba el pelo, pero no dejó de correr. Miró a Max sabiendo que no llegaría cuando algo la tiró al suelo provocando que rodaran una sobre la otra. La mujer se colocó sobre ella y gritó sobre su cara antes de que una flecha atravesara su boca de lado a lado cayendo hacia su derecha. Hannah se arrastró hacia atrás, pero otra bestia se tiró sobre ella sujetándola de los hombros. Alargó la mano hasta su bota y le clavó el cuchillo en el costado antes de que consiguiera clavar sus dientes en ella. La bestia soltó un chillido justo antes de perder la cabeza.

Hannah levantó la vista y vio a Max respirando agitadamente con la espada ensangrentada en alto antes de dejarla caer sobre la espalda de la mujer que intentaba levantarse.

— ¡Vamos, nena! — la cogió por el brazo levantándola y ella pudo ver que varias bestias se habían detenido. Debían ser unos veinte y los miraban con la respiración agitada —No les des la espalda. Camina hacia atrás.

Ella hizo lo que le pedía sin separarse de él. Las bestias no se movieron, pero entonces la mujer que todavía estaba viva chilló. Fue como si las bestias recibieran una orden porque echaron a correr en su dirección. Max tiró de ella corriendo lo más rápido que podía mientras las flechas pasaban a su lado en respuesta a su ataque.

Cuando llegaron hasta sus amigos que empezaban a retirarse vio asombrada que varios empujaban el coche hasta el interior de la empalizada. Max tiró de ella hacia el interior y le gritó— ¡Entra en casa!

Ella lo hizo sin rechistar y en cuanto lo hizo, Penny cerró la puerta con cerrojo. Temblando la recriminó con la mirada— ¡Estás loca!

Se abrazaron con fuerza echándose a llorar y Penny la apartó para mirarla de arriba abajo— ¿Estás herida?

—No. —dijo sin aliento.

—Sube con la niña.

Subió corriendo las escaleras y al llegar a su habitación vio que la niña estaba dormida. Necesitando abrazarla la cogió en brazos acercándose a la ventana. El coche estaba casi dentro— Vamos, por favor. — susurró angustiada. Miró el alto de la empalizada donde los hombres seguían disparando flechas lo que indicaba que la batalla no se había detenido.

Se echó a llorar porque no veía a Max, ni a ninguno de sus amigos. Cuando el coche estuvo dentro vio como los suyos se acercaban de espaldas haciendo una barrera, pero no veía a Max —No, no. — miró a su alrededor buscándole desesperada— ¿Dónde estás, mi amor?

Los hombres entraron y empezaron a cerrar las puertas — ¡No! — gritó desgarrada— Dejó a la niña que se había puesto a llorar en la cuna y salió corriendo golpeándose con algo duro que la hizo caer de espaldas.

— ¿Nena? — su marido se arrodilló a su lado pálido de preocupación— ¿Estás bien?

Hannah se echó a llorar abrazándose a su cuello— Lo siento.

La apretó a él con fuerza y pasando un brazo debajo de sus piernas la cogió en brazos — No vuelvas a hacerme esto. — dijo él angustiado— No he pasado más miedo en mi vida. Pensaba que te había perdido.

—Pensaba que te había perdido a ti.

La metió en la habitación sentándola sobre la cama— ¿Estás bien? ¿Estás herido? — preguntó ella apartándose para verle bien.

Él estaba haciendo lo mismo con ella y suspiró aliviado al ver que no tenía heridas— Ahora sí que estás castigada. De por vida.

Se miraron a los ojos y se tiraron el uno sobre el otro besándose desesperados. Max apartó su boca abrazándola— No sé cómo se te ocurren estas cosas.

—Llegué hasta allí. —Max la miró a los ojos y apretó los labios— Están mutando.

— ¡Joder! — se levantó alejándose mientras pasaba las manos por su cabello rubio.

—Walter se sacrificó para que yo volviera y os avisara. Ya tienen los ojos casi blancos y las uñas negras. No son conscientes de ello, Max. Cuando Walter se dio cuenta que querían el coche, dijo que era el jefe de los nuestros y me ordenó que no me separara del vehículo. En cuanto entró hizo explotar la granada del abuelo del señor Peters.

—Dios...

Se miraron fijamente antes de gritarle— ¡Pero aun así hiciste una parada!

Con la boca abierta ni sabía qué decir porque era cierto — Decidido. ¡Estás mal de la cabeza! — fue hasta la puerta furioso— ¡Atiende a tu hija! ¡Está llorando!

— ¡También es hija tuya!

Él se volvió lentamente— Yo voy a ver si hay alguien herido— dijo sonrojándola.

—Muy bien. — se levantó y fue a coger a la niña mientras se oían gritos en el exterior. Max y ella se acercaron por la ventana. Hannah sonrió al ver que estaban sacando las cosas del coche. Marguerite gritó como una loca al ver las bolsas de caramelos— ¿Crees que se podrán comer?

—No tengo ni idea. —su marido levantó una ceja— ¿Chocolatinas?

—Siempre he oído hablar de ellas. ¿Las has probado?

—Pues no.

Ella le miró ilusionada— Cariño, si lo vieras. Hay un montón de cosas al alcance de la mano.

— ¡No! ¡No lo he visto, porque me has robado el coche! — se volvió furioso de nuevo yendo hacia la puerta.

— ¿Y si te hubiera pasado algo? — preguntó ella antes de que cerrara de un portazo.

Hizo una mueca a la niña —Me ha rescatado. — sonrió de oreja a oreja— Me quiere. Me ha besado. Eso significa que me quiere. Me perdonará. Se le terminará pasando el cabreo.

Tres días después Max estaba tumbado en la cama dándole la espalda y ella le miraba sentada contra la cabecera cruzada de brazos.

—Max...

—Mummm.

—Llevas tres días casi sin hablarme.

—Mummm.

—Realicé la misión. ¿Cuánto tiempo vas a seguir con esa actitud? Yo no pinché las ruedas. Has sido muy injusto con tu actitud después de que habías metido la pata. Vale que yo te había jurado que no lo diría. Culpa mía. Lo siento. Ya te he pedido disculpas. — Hannah frunció el ceño— ¡Además me dijiste cosas muy desagradables! ¡Dijiste que no era una buena esposa y soy la mejor esposa del mundo! Y encima me dijiste eso tan horrible sobre que las bestias eran más fieles a su palabra que yo. ¿Cómo querías que me sintiera? — suspiró al ver que Max no se volvía y sus ojos se llenaron de lágrimas al darse cuenta que no le hacía ni caso— Creía que ya no me querías. Que te había decepcionado tanto que ya no me querías más. — Max se volvió mirándola sorprendido y se quedó de piedra al ver que una lágrima corría por su mejilla— ¿Me quieres, Max? Porque si me quieres tienes que perdonarme. Yo lo haría por ti.

— ¿Sabes por qué te reclamé el día que te conocí? — dijo sentándose a su lado y cogiendo la mano que llevaba su alianza. Hannah negó con la cabeza— Porque eras la mujer

más valiente y preciosa que había visto nunca. Tenías que ser mía. Sólo mía. Me enamoré de ti en el instante que vi tus preciosos ojos verdes, nena. Nada podría hacer que dejara de amarte.

— ¿De verdad? — sorbió por la nariz intentando descubrir en su expresión si lo que decía era cierto. Max sonrió. — ¿Me quieres?

—Nena, te quiero porque eres así. Puede que me enfade mucho, muchísimo contigo, pero nunca nada hará que deje de amarte. Eres parte de mi alma y lo serás siempre. — la besó en los labios y Hannah le abrazó con fuerza.

— ¿Soy tuya? —susurró contra su oído.

—Para siempre, cielo. Te amaré siempre.

Hannah sonrió encantada y se apartó para besarle— Está bien. Te perdono.

Max se echó a reír y se tumbó en la cama llevándosela con él. Se miraron a los ojos— ¿Crees que algún día encontraremos a otros como nosotros? — preguntó ella suavemente.

—Puede. Pero de momento cuidaremos de los nuestros y criaremos a nuestros hijos. Puede que hasta dentro de cuarenta y siete años más no aparezca otra morena de ojos verdes.

—Para entonces ya serás demasiado viejo. — dijo haciéndole reír.

—Ni se me ocurriría. — acarició su espalda hasta llegar a su trasero provocando que Hannah gimiera de placer.

—Me alegro de haber salido de esa mina y haberte encontrado.

—No sabes de lo que me alegro yo, preciosa. Me has dado la vida.

—Lo mismo digo. — susurró contra sus labios.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “No me amas como quiero” o “La caza”. Próximamente publicará “Entrega certificada” y “Dueña de tu sangre”

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes sesenta para escoger. También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.

Sophiesaintrose@yahoo.es